

Simenon
**EL DESTINO
DE LOS MALOU**

de



Lectulandia

En una tarde de noviembre, Eugene Malou se dispara con un arma de fuego después de volver de la casa del Conde de Estier, donde ha intentado, sin éxito, solicitar un préstamo. Todo el mundo en la ciudad (una pequeña ciudad en la provincia francesa), cree que lo hizo porque estaba arruinado. Surge entonces una virulenta campaña de prensa que describe hasta los detalles más sórdidos. La familia del empresario imprudente no deja dinero para el funeral. Las tensiones y resentimientos pronto surgen y cada uno sigue su camino. El único que permanecerá en la ciudad será Alain, el hijo menor, que no acepta vivir en París con su madre, o compartir con su hermana, una mujer joven tetona cuya desvergüenza agresiva le molesta y le da vergüenza, el apartamento que alquiló su amante, un conocido cirujano con esposa y dos niñas pequeñas. Alain tiene una tarea difícil: salir de la inconsciencia en la que vivía, y en especial para reconstruir la imagen coherente del hombre que era su padre, armar las piezas dispersas de su memoria. En el curso de lo que será al mismo tiempo una especie de investigación y de iniciación a la vida, el niño descubrirá no sólo que las apariencias pueden ser engañosas, pero ¿cuál es la verdadera razón para el suicidio de Eugene Malou? ¿Será, como su padre, al igual que su abuelo, un auténtico Malou?

Lectulandia

Georges Simenon

El destino de los Malou

ePub r1.0

Titivillus 08-04-2018

Título original: *Le destin des Malou*

Georges Simenon, 1947

Traducción: F. Cañameras

Redacción: «Coral Sands», Bradenton Beach (Florida, Estados Unidos), del 12 al 22 febrero 1947

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

GABRIEL, el camarero, no tenía nada que hacer. Con su servilleta en la mano, estaba de pie mirando a la calle a través de los cristales empañados del café.

Eran las tres de la tarde y la obscuridad era intensa tanto dentro como fuera. Dentro reinaba una penumbra rica de la riqueza del maderamen patinado que recubría las paredes y el techo; de la riqueza del terciopelo purpúreo de las banquetas, con los reflejos de algunas bombillas eléctricas, ya encendidas, en el agua profunda de los espejos biselados.

Fuera, era la calle de Moulins, la gran arteria, demasiado estrecha, con sus autos, su tranvía, sus almacenes y su «Precio único» de agresiva fachada; eran las tres de un día de invierno, sin lluvia, sin nieve, con la fría humedad suspendida en el aire bajo un cielo de crepúsculo.

Gabriel vio como la larga limusina negra se detenía al borde de la acera y reconoció a Arsenio que se apeaba para abrir la portezuela, y a Eugenio Malou, que se apeó, congestionado como de costumbre y que daba órdenes al chofer.

Maquinalmente, Gabriel pasó su servilleta sobre la madera barnizada de una mesa, la mesa de Malou, la mejor, en evidencia, en el rincón de la izquierda, desde el que se dominaba a la vez la calle y el café.

El auto se fue. Malou entró. Era el mismo de siempre. A pesar de lo que se había escrito una vez más acerca de él en el diario de la mañana, se condujo exactamente como los otros días.

—Armagnac, Gabriel.

Puso un fajo de papeles encima de la mesa. Siempre llevaba fajos de papeles en la mano. No se sentó y se echó un poco hacia la nuca su sombrero de fieltro gris.

—Me darás una ficha.

—¿Le pido la comunicación, señor Malou?

Fue el único detalle insólito: ordinariamente, cuando deseaba telefonar, encargaba al camarero que le pidiera la comunicación y no se molestaba hasta que su interlocutor estaba al otro extremo de la línea.

En aquel momento, Gabriel miró qué hora era. Las tres y dos minutos. La cajera hacía ganchillo. El único parroquiano, un viajante de comercio, hacía media hora que estaba escribiendo sin levantar la cabeza.

Se distinguía vagamente a Malou en la penumbra de la cabina telefónica. No habló mucho tiempo. Se oyó el toque de fin de comunicación, y salió, se acercó a su mesa, bebió, de pie, un trago de Armagnac, y luego, sin preguntar lo que debía, dejó una moneda de veinte francos encima de la mesa.

Después, había una falla en el empleo del tiempo de Eugenio Malou. Gabriel le vio alejarse a pie hacia la izquierda. Algunos escaparates estaban ya iluminados. Era la hora más melancólica de las ciudades de provincia, y Gabriel fue a acodarse en el

mostrador para charlar con la cajera.

A las cuatro, Eugenio Malou volvió a encontrarse en la calle Moulins y tomó a la derecha por una calle en pendiente, menos comercial, en la que sólo unas cuantas tiendas estaban como apretadas por casas particulares. Recorrió unos cincuenta metros y levantó la aldaba de cobre de uno de esos palacios de viejas piedras esculpidas al que se accedía por una gradería de cinco peldaños.

Era el hotel particular de Estier. Todo el mundo en la ciudad lo conocía. Su fachada estaba reproducida en un folleto del Sindicato de Iniciativa.

Un criado con chaqueta blanca vino a abrir y, luego, la puerta volvió a cerrarse.

Desde fuera se veían dos ventanas rojas de luz, una en la planta baja y la otra en el primer piso, pero los transeúntes no se fijaban en ellas, porque a medida que se iba haciendo de noche el frío se agudizaba, amorataba las narices, y los hombres hundían las manos en los bolsillos de sus abrigos.

Era el mes de noviembre. En la arteria principal, más arriba, donde desembocaban los tranvías, las puertas giratorias del «Precio Unico», siempre en movimiento, dejaban escapar la música chillona que emitía un altavoz.

Justo delante del palacio de Estier, había una farmacia angosta, antigua, con su fachada negra de dos escaparates deslucidos en los que imperaban un bocal verde de un lado, y, del otro, un bocal amarillo. A veces entraban mujeres, casi todas del pueblo, vestidas de negro; algunas arrastraban un niño por la mano y se las veía hablar con el boticario, que llevaba casquete y una perilla entrecana.

Serían cosa de las cuatro y cuarto, quizás las cuatro y veinte, cuando giró el tirador de la puerta en el palacio de Estier. Y siguió girando sin que la puerta se abriera. Giraba como cuando alguien, con la mano en el pestillo, espera impaciente que su visitante se decida a irse.

Sin duda los dos hombres estaban de pie en el amplio vestíbulo iluminado por una linterna de cristal veneciana. La puerta se entreabrió, se volvió a cerrar, volvió a entreabrirse y alguien que pasó andando aprisa oyó estrépito de voces, pero no se detuvo a escuchar.

Finalmente, la puerta se abrió de par en par y dibujó en la obscuridad de la calle un rectángulo amarillento. Un hombre muy alto, de media edad, retenía el batiente, y otro, más pequeño y más gordo, que hablaba retrocediendo, estuvo a punto de fallar el peldaño y de caer de espaldas desde lo alto de la gradería.

El más alto era el conde Adriano de Estier y el otro Eugenio Malou. ¿Trataba el conde de cerrar la puerta y Malou se lo seguía impidiendo?

Se produjo una detonación que hizo que todos los clientes de la farmacia volvieran la cabeza. Al lado, una mercera que vendía diarios acudió al umbral de su tienda y se asomó ciñéndose el mantón al pecho.

Nadie hubiese podido decir exactamente lo que había sucedido; ni el mismo conde de Estier, que, en el momento del disparo, había ya cerrado a medias la puerta.

No obstante, una de las mujeres de la farmacia afirmó:

—No ha caído en seguida. Ha bajado las gradas retrocediendo, muy inclinado, y sólo cuando llegó abajo se desplomó sobre la acera.

En la esquina de la calle se detuvo gente que esperó para saber si valía la pena de molestarse.

Antes de salir de su casa, el conde de Estier se volvió hacia el interior y llamó a alguien, a su mayordomo sin duda, pues se vio a un hombre en chaqueta blanca descender el primero los peldaños, prudentemente, mientras el conde permanecía de pie en el rellano.

El farmacéutico atravesó la calle y se inclinó a su vez. Cuando se incorporó, había ya a su alrededor un círculo de curiosos.

—Un médico —dijo— Que alguien vaya a buscar al doctor Moreau, que habita diez casas más lejos...

La gente se apartaba, volvía la cabeza, aconsejaba a las mujeres que llegaban:

—No miren.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un hombre que se ha metido una bala en la cabeza.

El revólver había rodado por el suelo. Se abstuvieron de tocarlo. Lo contemplaban en silencio. Llegó un agente uniformado.

—Se le tendrá que transportar a mi casa —sugirió el boticario.

Hubo hombres de buena voluntad que le ayudaron. Los hubo también para recoger de la acera el sombrero gris perla de Malou.

Éste gemía. Producía un ruido monótono, lúgubre, que toda aquella gente no había oído nunca; una queja tan regular que no tenía nada de humana, que hacía pensar en las llamadas de ciertas bestias por la noche, o en los chirridos de algo mecánico.

—¿Erró el tiro?

La puerta de la botica era angosta.

—Hagan sitio —gritaba el agente—. Que todo el mundo salga. ¡Vamos! ¡Hagan sitio, vive Dios! Esto no es un teatro.

No por eso la gente dejó de amontonarse en los rincones. Se tendió el cuerpo en el suelo con la cabeza cerca de la báscula esmaltada. Una mujer que había querido ver se desmayó.

El espectáculo era feo. ¿Estuvo Malou demasiado emocionado para apuntar? ¿Su mano había temblado? ¿Había tratado de errar el tiro? En todo caso, la bala, al penetrar cerca de la barbilla por la comisura de los labios, se había llevado literalmente una parte del maxilar.

Mantenía los ojos abiertos, y esto era lo que más impresionaba. Seguía viendo a la gente que iba y venía a su rededor. La veía de abajo a arriba y uno de sus dos ojos le salía de la órbita casi enteramente.

—¿El médico?

—Fui a su casa, señor. Había salido.

—Que se telefonee a otro... Y al Hospital. Pero, por el amor de Dios, hagan sitio...

El boticario había rasgado envoltorios de algodón hidrófilo con el que restañaba la sangre, que formaba ya un charco pegajoso sobre el polvo del entarimado.

Y Eugenio Malou no se movía. Parecía imposible que viviera en el estado en que se hallaba; y todos deseaban en el fondo de su alma que la cosa fuese rápida para no ver más su mirada, para no oír más su continua queja.

El agente había apartado a buena parte de los curiosos y se mantenía de pie en la puerta, de cara a una multitud cada vez más densa, a rostros que surgían de la obscuridad teñidos de verde y de amarillo por la luz de los bocalos.

Alguien telefoneó, a la derecha del mostrador, a todos los médicos de la vecindad, pero era la hora en que la mayor parte de ellos hacían sus visitas.

—Es Malou —se decía entre la muchedumbre.

—¿Cómo ocurrió la cosa?

—Parece que salía de casa del conde.

El conde de Estier permanecía erguido y solo al pie de su gradería.

Y entonces, por la calle, por todo el barrio donde la noticia se escampaba se produjo una sensación de inquietud.

Todo el mundo había leído los artículos que se publicaban desde hacía días en el «Faro del Centro». Todo el mundo había leído el que, más amenazador y casi triunfante, había visto la luz aquella misma mañana:

«LA MUERTE DE MALOU».

Todo el mundo había aplaudido, porque todo el mundo se apasionaba por aquella batalla, que hacía mucho tiempo que duraba.

—¡Acabarán por dominarlo!

¡Ahora ya lo habían dominado! Eugenio Malou estaba allí, en el suelo de una pequeña farmacia, con media cara arrancada y la espalda de su sobretodo pegada en su sangre. Y, poco a poco, la gente retrocedía. Quería saber pero prefería no ver.

Lo que nacía en la calle y que iba a extenderse lentamente por toda la ciudad era como un sentimiento de vergüenza colectiva, y algunos ya se volvían con reproche hacia la silueta del conde de Estier, que, siempre solo, fumaba un cigarrillo en la acera.

Sucede a veces que chiquillos excitados persiguen a pedradas a un gato roñoso. Y, cuando han llegado a abatirlo, a herirlo sin matarlo, se mantienen a distancia, avergonzados de lo que han hecho, impresionados por la sangre que mana y por los sobresaltos de la agonía de la bestia que ninguno de ellos tiene el valor de rematar.

¡Si por lo menos Malou pudiera morir pronto! Se veía la blusa blanca del pequeño boticario de la perilla ir y venir, agacharse, incorporarse. Se le veía abrir frascos, desaparecer en el laboratorio, volver con una jeringa. Y, a pesar de la puerta

cerrada, se seguía oyendo, o se creía oír, aquel gemido modulado que acababa por poner los nervios de punta.

—¡Ea, muchachos, a jugar más abajo!

Por fin, un auto; el de un médico que se precipitó al interior quitándose el abrigo al entrar.

¿Salvaría a Malou? Sería peor. Se le tendría que volver a ver con su rostro deformado, y sería capaz, tal como le conocían, de pasearse así por las calles, de volver a ocupar su mesa en el Café de París convirtiéndose en una especie de reproche viviente.

He ahí por qué, en el fondo, se deseaba que muriera. Se esperaba que del interior saliera una señal que aportase alivio; la señal de que todo había terminado.

Tres muchachos, tres jóvenes de dieciséis a diecisiete años, daban la vuelta a la esquina de la calle Moulins en aquel momento. Salían del colegio. Llevaban libros y cuadernos en las manos. El del medio era el más alto, el más delgado, y su abrigo oscuro hacía que su silueta pareciera más larga todavía.

Iban hablando y andando a grandes pasos, decididos. Seguían por la acera de la izquierda, la del palacio de Estier. Se oyó una voz que decía:

—Le he dicho al profesor de inglés que puesto que se obstina a me...

Se los reconoció. Era a ellos, ahora, a quienes se miraba; sobre todo al del medio, quien, por su parte, miraba vagamente al gentío aglomerado frente a la farmacia.

Sin duda los tres iban a atravesar la calle para saber, para ver también. La gente, maquinalmente, se apretó como para cerrarles el paso.

—Señor Malou...

Un pedazo de acera oscura, una puerta entreabierta en lo alto de una gradería de cinco peldaños, y el conde de Estier, que tenía todavía su cigarrillo en la mano y que se dirigía al encuentro de los muchachos.

—¿Puedo pedirle que entre un momento en casa?

El joven, sorprendido, miraba ora a su interlocutor ora a la botica.

—¿Permitís? —dijo a sus amigos.

Se vio al conde y al adolescente como subían las gradas. La puerta no se cerró del todo y el asidor esta vez también se puso a girar. Aquello no podía durar mucho. Se contaban los segundos. La gente se preguntaba si no iba a terminar nunca el estertor; se veía al doctor Fauchon incorporarse y pasar a la rebotica para lavarse las manos.

Una ambulancia surgió por la esquina de la calle. No fue difícil adivinar su destinación. ¿Qué hacían enfrente? La muchedumbre subió a la acera para abrir paso al auto de la Cruz Roja.

Por fin la puerta se abrió. El joven bajó las gradas y la gente encontró que no se apresuraba demasiado. Dirigió un signo, vago a sus amigos y para abrirse paso pidió perdón a la gente que molestaba.

Cuando empujó la puerta de la farmacia, de la que se oyó sonar el timbre, el médico fue a su encuentro como para detenerle. Desde fuera podía verse todo: como

el médico le estrechaba la mano y como la mantenía en la suya mientras le hablaba con insistencia. No se oían las palabras, pero se seguía el movimiento de los labios. Se comprendía que el joven quería desasirse para acercarse al cuerpo tendido en el suelo y que, por su parte, el interlocutor trataba de ganar un poco más de tiempo.

Y si precisaba ganar tiempo era por lo excesivamente penoso del espectáculo, porque no estaba terminado del todo y porque quizá era sólo cuestión de unos momentos. La prueba estaba en que se hacía esperar a los dos enfermeros de la ambulancia, que ya habían sacado la camilla.

El doctor Fauchon soltó por fin la mano del adolescente, el cual dio un paso con torpeza y luego otro con rara timidez, mirando al suelo. Se vio como se inclinaba, extendía el brazo, y luego, súbitamente, se incorporó y permaneció allí inmóvil, largo y enjuto, con las dos manos sobre el sombrero que mantenía encima de la barriga.

—Se ha muerto —dijo alguien fuera.

Y le creyeron. Hombres que hasta entonces habían vacilado encendieron su pipa o su cigarrillo; y hubo mujeres que se decidieron a llevarse por fin a sus hijos.

El conde de Estier, solo en su trozo de acera, seguía yendo y viniendo; y un rostro se mostraba tras los visillos de la ventana iluminada del primer piso.

—Ha muerto —anunció a Gabriel un parroquiano del Café de París.

Y los que le oyeron lanzaron una mirada hacia la mesa de Eugenio Malou.

—Ha tardado en morir... Era horrible...

El doctor, en la farmacia, se volvió a poner su abrigo y cogió el brazo del joven. Éste, después de un instante de resistencia, se dejó llevar. Fauchon le hizo salir de la farmacia y le condujo a través del gentío.

Los dos camaradas de colegio estaban allí. El joven Malou los reconoció al pasar porque se mantenían apartados al pie de un farol, y les hizo un signo con la mano.

—Es necesario que prevengamos a su madre antes de que lleven el cadáver...

El doctor parecía que le sostenía, pero el joven no lo necesitaba y andaba aprisa como perdido en un ensueño.

A tal punto que el médico prefirió no tomar su coche. La verdad era que la casa estaba a dos pasos. La calle descendía, cada vez más oscura, porque las tiendas eran más escasas. Al cabo de la calle no había más que una casa de muebles en la que no se tomaban la molestia de encender los escaparates.

Luego se daba la vuelta hacia la izquierda por una calle parecida aunque más estrecha. En aquel momento izaban el cadáver de Eugenio Malou en la ambulancia y el comisario de policía, que no estaba en su despacho cuando se le telefoneó, llegaba jadeante.

—Es necesario que se muestre usted valiente delante de su mamá.

Alain Malou no respondió, quizás porque no escuchaba. No lloró. No había dicho nada todavía.

Y llegaron a una plaza de adoquines redondos en cuyo centro se erguía una delicada fuente de estilo renacimiento. Al mismo tiempo que la noche, tendióse una

fin niebla que daba mayor dulzura a las viejas piedras de los hoteles particulares.

Aquí, las casas, las cinco o seis casas que encuadraban la plaza, tenían todas grandes puertas cocheras, con sus recantones de piedra de la época de las carrozas. Las luces, tras las raras ventanas iluminadas, eran tan discretas que daban la sensación de ser el reflejo de las bujías de antaño. Los pasos resonaban en el suelo y el eco los multiplicaba.

Los dos hombres se detuvieron ante una puerta a la que el doctor llamó, y el joven esperó como si no hubiese sido la puerta de su casa y como si él fuese una visita.

—A lo mejor no hay nadie —murmuró al ver que no respondían en seguida.

El doctor volvió a llamar y por fin se oyeron pasos en la casa, una puerta golpeó, alguien anduvo bajo la bóveda, una cadena rechinó y la pesada hoja de la puerta retrocedió un poco.

—¿Es usted, señor Alain?

El hombre vestía traje negro y la corbata blanca de un mayordomo.

—Perdone... No va solo...

El doctor preguntó:

—¿Está en casa la señora Malou?

—Hace dos horas que salió.

El joven permanecía sin saber qué hacer.

—Creó que no tardará en volver. Fue a casa de su peluquero...

El doctor se ocupó de los detalles materiales.

—Sería mejor que se abriera la puerta de par en par, para que pueda entrar la ambulancia.

—¿Ha sucedido algo?

—El señor Malou ha fallecido.

Ya la ambulancia había llegado a la plaza y otra vez se produjo cierta confusión. De momento se tuvo que abrir las puertas. El doctor le preguntó en voz baja al mayordomo:

—¿Dónde le pondremos?

Debía de haber vastos salones en la planta baja. Una escalera de doble espiral y de madera labrada conducía al piso.

—No se puede dejar abajo —insinuó el criado.

Sólo había encendido algunas luces. No por eso el doctor dejó de ver los sellos rojos aplicados a las puertas.

—¿Arriba?

—El alguacil ha dejado tres habitaciones libres.

Los enfermeros subieron con la camilla que habían recubierto con una tela. La casa parecía vacía, abandonada. El mayordomo iba delante, encendiendo sucesivamente las luces.

Alain y el doctor iban detrás. No era el médico de cabecera de la familia. Había venido a la casa sólo dos o tres veces, por casualidad, para casos de urgencia.

—Lo mejor será dejarlo en su habitación...

¿Su habitación? ¿Lo era todavía? Aquí también sobre los armarios antiguos se desparramaban los sellos judiciales. Amontonados en un rincón había cuadros y toda clase de objetos. Costaba trabajo imaginarse que una familia vivía allí hacía unas pocas horas; en vano se buscaba el lugar en que se mantenía.

—¿Su hermana? —preguntó el doctor.

—Tenía que volver hoy de París.

—¿Y su hermano Edgardo?

—Es verdad... Se le puede telefonar a su oficina, en la Prefectura.

—Si quieren venir por aquí... —dijo el mayordomo.

El cadáver de Eugenio Malou estaba tendido en su cama, recubierto con una sábana. Los enfermeros esperaban algo. El médico estuvo a punto de decir al joven:

—Se les ha de dar una propina.

Pero acabó por sacar un billete de su bolsillo y ponérselo en la mano.

Había otras habitaciones en desorden, como antes de una mudanza, con cestos que debían de contener lencería o vajilla de plata, y baúles, y cajas. En un comedor casi intacto, el criado encendió el lustro.

—Su mamá llegará de un momento a otro. ¿Sabe usted quién es el peluquero?

—Francis...

—¿No sería mejor telefonarle para que la prevenga?

—¿Le parece a usted?

—¿Quiere que lo pruebe?

El doctor telefoneó. Pudo hablarle cuando, sin duda, llevaba en la cabeza un secador en forma de obús.

—¿Señora Malou?... Le habla su hijo.

—¿Mamá?

Su voz era seca, sin calor.

—Sí, soy Alain... Estoy en casa... Mi padre ha muerto...

Se quedó un momento escuchando, colgó y luego miró a su alrededor como si fuese un forastero en su casa y en su familia.

El doctor, que quería hacer las cosas a conciencia, llamó a la Prefectura y llegó a obtener la comunicación con Edgardo Malou, el primogénito.

—Háblele.

—¿Eres tú, Edgardo? Aquí Alain, sí. Papá ha muerto... ¿Cómo dices? ¿Que estás al corriente?... Sí; está aquí. Acaban de traerlo. He telefonado a mamá, que estaba en la peluquería... Si quieres. No lo sé. No me ha hablado.

Un ruido de auto en la plaza. Antes de oír el picaporte, el mayordomo descendió. Se oyeron largos cuchicheos. Los pasos y las voces se acercaron.

—¿Dónde está Alain?

—En el comedor pequeño, señora.

Un perfume que se percibía antes de verla. Un abrigo de pieles echado sobre los

hombros; el pelo cuajado por la permanente.

—¡Oh, perdone, doctor!

—Soy yo, quien le pido perdón, señora. Me llamaron desde la farmacia y me ha parecido bien llegarme hasta aquí.

—¿Cómo estabas allí, Alain?

—De paso. Salía del colegio.

—¿Le viste antes? ¿Te habló?... ¿Dónde lo han metido?

—Está en su habitación, señora. Valdría más que en este momento, no insistiera usted para verle.

La dama parecía endeble, con sus rasgos de mujer de cuarenta y cinco años que sabe cómo cuidarse. No obstante, no dio prueba alguna de desfallecimiento.

Después de una mirada angustiosa a su alrededor, preguntó:

—¿Y qué va a suceder ahora?

—No lo sé, señora. Creo que el comisario de policía no tardará en venir para llenar algunas formalidades.

—¿En dónde se hizo eso?

—En la calle. Mejor dicho, en el umbral del palacio de Estier...

—¿Comprendes tú algo, Alain?

Y luego, nerviosa:

—¿Murió en seguida? ¿No sufrió?

Alain bajó la vista sin contestar.

—Siéntese, doctor. ¿No le ha servido nada José?

—Le aseguro, señora, que no necesito nada.

—¡José!

José comprendió y depositó en la mesa una botella y vasos.

—¿Ha quedado horrible?

La dama había deslizado un cigarrillo entre sus labios y buscaba el chisquero en su bolso...

—Debiera encender un poco de fuego, José.

Estaba muy nerviosa.

—¡Y Corina en París! ¿Has avisado a tu hermano?

Llamaron abajo. Era Edgardo, el primogénito, que había tenido tiempo de pasar, en taxi por su casa a buscar a su mujer. Hubiérase dicho que también tuvieron tiempo de ponerse de luto, porque iban vestidos de negro de pies a cabeza.

También iban hablando mientras subían la escalera, e interrogaban al criado. La misma pregunta:

—¿Dónde le han metido?

Luego, gravemente, Edgardo, que tenía veintisiete años, se dirigió hacia la señora Malou y la estrechó en sus brazos durante un buen espacio de tiempo y en silencio.

—¡Pobre mamá!

—¡Mi pobre Edgardo!

Los ojos de la señora Malou se humedecieron y sollozó dos o tres veces, después de lo cual le tocó el turno a la nuera de precipitarse en sus brazos.

—Animo, mamá... —le dijo.

—¡Si por lo menos supiera cómo ha sucedido!

Edgardo se volvió hacia su hermano Alain.

—¿Estabas allí, tú?

—Llegué cuando todo había terminado. Ha sido el conde de Estier quien me contó...

—Me tendrán que dispensar —murmuró el doctor Fauchon, que se sentía de sobras.

—Gracias. ¿Una copita más de coñac, doctor?

Pero él tenía prisa de marcharse, de respirar el aire de la calle.

—Cuenta —le dijo Edgardo a su hermano.

—¿No lo adivinas?

—No importa. Cuenta. Se dirán luego tantos embustes que nunca sabríamos la verdad.

—¿Permites, mamá? —dijo su mujer quitándose el abrigo.

Alain seguía manteniéndose como alejado.

—¿Qué te ha dicho Estier?

—Papá fue a verle.

—Lo suponía. ¿Y luego, qué?

—Le pidió más fondos.

El labio del primogénito, que era jefe de servicios en la Prefectura, se frunció.

—Evidentemente. ¿Y qué más?

—Le dijo que estaba al cabo de la calle, que todo lo que ocurría era estúpido, que daba asco de ver que la gente no entendía nada y que, puesto que le ponían en un brete, prefería hacerse saltar la tapa de los sesos.

—¿Tú te crees eso? —preguntó irónicamente el primogénito.

Alain, siempre de pie junto a la mesa, se calló. Era el único que no se había quitado el abrigo.

—Vamos, habla... Tú sabes tan bien como yo lo que quiero decir. No es la primera vez que...

—Está muerto.

—También lo sé. ¿Pero cómo?

—Parece que se sacó el revólver del bolsillo...

Alain hablaba de mala gana, con la mirada fugaz.

—El conde le empujó fuera y trató de cerrar la puerta. Papá había puesto el pie... Estier no le veía cuando disparó.

—¡Sí que estamos bien apañados!

—Papá ha fallecido.

—Y todos estáis metidos en un atolladero. Yo mismo me pregunto si en la

Prefectura...

Una mirada de su mujer, encarnada y gordinflona, le impuso silencio. Casi en seguida, prosiguió:

—¿Qué piensa usted hacer, mamá?

—¡Yo qué sé!

—¿Le ha quedado dinero?

—Todos sabéis muy bien que no.

—Sus alhajas...

—Están empeñadas desde hace mucho tiempo.

—Yo me pregunto —dijo entonces Edgardo— cómo nos las arreglaremos para pagar el entierro. Eso cuesta caro, muy caro. Este año, nosotros hemos tenido muchos gastos de instalación. Marta y yo no hemos podido ahorrar nada. ¿Dónde está Corina?

—Se fue a pasar unos días a París en casa de una amiga. Si no lo hace como la última vez, hoy tiene que volver.

—¿Y qué podrá hacer ella?

—¿Y yo? —respondió la madre.

Unos momentos antes habían llamado. José, el mayordomo, vino a anunciar:

—Es el señor comisario de policía, que desea hablar con la señora.

¿Dónde recibirle? ¡Todo estaba sellado! La casa ya no era un hogar.

—Aquí —dijo la dama.

Bebió rápidamente un trago de licor y echó su cigarrillo en la chimenea, donde quemaban algunos leños.

—Le ruego que me perdone, señora.

—Por favor, señor comisario... La cosa ha sido tan inesperada... tan horrible...

—Reciba usted mi más sincero pésame. Para usted y para su familia tan duramente castigada... Tengo la obligación de...

—Lo sé. Estaba en casa de Francis, mi peluquero, cuando Alain me telefoneó... No creo que él se dé cuenta... Es joven...

Alain se sonrojó y volvió la cabeza hacia la chimenea.

—Usted está al corriente de la campaña de prensa que se organizó contra mi esposo. Tenía el hábito de la lucha... Yo estaba convencida de que una vez más vencería.

—¿Sabía usted que llevaba revólver?

—Siempre lo llevó. Por la noche lo ponía al alcance de su mano. En vano traté de quitarle esa manía. Le preguntaba de qué tenía miedo.

—¿Era esta arma? ¿La reconoce?

—Creo que sí. Confieso que nunca le presté mucha atención, porque todo lo que mata me causa horror.

—¿Admite usted la posibilidad y hasta la probabilidad de un suicidio?

—Hubo de haber sufrido un momento de depresión. Desde hacía muchos días estaba inquieto, sombrío...

—¿A causa de la campaña del «Faro del Centro»?

—No sé... Lo supongo...

—Cuando embargaron esta casa...

—Esta mañana, fue... Recuerdo que le hizo cortesías al alguacil y que él mismo fue a buscar a la bodega una botella de vino viejo para ofrecerle un vaso... Le dijo:

«—No es la primera vez y no será, sin duda, la última». Recuerdo que además le dijo:

«—Confiese que, si no hubiese en el mundo gente como yo, usted no se ganaría la vida. En suma, que somos los mejores amigos de ustedes los alguaciles».

—Supongo, que fanfarroneaba. Siempre fanfarroneó. Por eso nunca pude suponer lo sucedido...

Lloró nuevamente, sin convicción.

—Ahora me prohíben que le vea, bajo el pretexto de que el espectáculo es demasiado impresionante para mí. ¿Qué va a suceder, ahora, señor comisario? He quedado, sola con mis hijos. No tengo nada que me pertenezca. Todo está sellado. Ni siquiera dispongo de un céntimo para enterrarle.

El comisario se volvió hacia Edgardo, que le dijo en voz baja:

—Iré a verle. Es necesario que tengamos una conversación.

¿No eran ambos funcionarios? ¿No eran más o menos del mismo tinglado?

—Todavía no sé cómo irán las cosas, señora. De momento, me han encargado simplemente que informara. Créame que estoy confuso de tener que... de tener...

¡Bueno! Éste ya estaba despachado. El comisario se fue, retrocediendo, después de dirigir una mirada de complicidad a Edgardo.

Ahora volvían a estar en familia. Marta, la nuera, declaró:

—Es absolutamente necesario que mamá tome un bocado. Voy a ocuparme de ello con José... La cocinera...

—Julia se marchó ayer...

—Pues voy con José a ver si hay algo...

Eugenio Malou estaba solo en la habitación de los sellos en los armarios; solo bajo la mortaja que le cubría y que tapaba su rostro desfigurado.

—Yo me pregunto, mamá...

—Siéntate. Ya sabes que no me gusta hablar con personas que van y vienen.

—Me pregunto si la póliza de seguros...

—Tu padre la revendió el mes pasado, de manera que no podemos contar con nada.

Alain salió sin hacer ruido. Nadie se ocupó de él. Los otros dos, la señora Malou y Edgardo, estaban sentados delante del hogar y la señora había encendido otro cigarrillo.

Alain atravesó el corredor y entró en la habitación, donde sintió frío porque hacía tres días que por falta de carbón la calefacción central no funcionaba.

No trató de descubrir la cara de su padre. Se sentó en una silla baja, junto al

lecho, cruzó las manos encima de sus rodillas y permaneció inmóvil sin mirar nada, ni el sudario bajo el que se dibujaba la silueta del difunto.

Fue mucho después cuando oyó timbres y pasos. Pero aquello formaba parte de otro mundo y no le prestó atención. Otra voz de mujer: la de su hermana. Le era absolutamente igual. No se daba cuenta de que acababa de llegar en el tren de las siete veinte y de que la ponían al corriente de lo sucedido.

Llamaron, en la casa vacía:

—¡Alain!... ¡Alain!...

Abrieron y cerraron la puerta de su habitación, y su cuñada dijo:

—No está.

Entonces, para evitar que fueran a buscarle donde estaba, se levantó, desdobló su cuerpo enjuto de carnes, permaneció un momento inmóvil al pie de la cama, moviendo los labios como si dijera palabras en voz baja y, luego, abriendo la puerta les lanzó:

—Ya voy...

La cena estaba servida en el comedor y, cuando se producía un momento de silencio, se oía manar la fuente de la plazoleta.

II

— **A**LAIN... Alain...

Tuvo la impresión de que acababa apenas de hundirse en el sueño y, no obstante, sin abrir los párpados, sintió que ya era de día. Supo también que llovía a cántaros, porque no lejos de la ventana de su habitación, y en la parte inferior, había un colgadizo de zinc sobre el que las gotas crepitaban abundantes.

—¿Por qué te acostaste vestido?

Era necesario que se resignara a salir de su limbo para volver a la realidad. Era su hermana la que le había interpelado así y la que se sentó a los pies de su cama y, cuando abrió los ojos, vio con mal humor —lo hubiera apostado sin verlo— que había cruzado las piernas y que llevaba la bata desabrochada. ¿Pero acaso no podía comprender que le incomodaba verla siempre medio desnuda? Era en ella como una manía. No tenía pudor alguno. A veces, por la mañana, salía del cuarto de baño sin cubrirse el cuerpo.

Corina era hermosa. Todo el inundo lo decía, y todos los hombres le iban detrás. No era más que carne y formas. Era una hembra, y Alain hubiera querido tener una hermana, como la tenían algunos de sus compañeros del colegio; una verdadera hermana a la que no se la puede imaginar desnuda.

—José se ha marchado —le anunció.

—Lo sabía.

Comprendió en seguida que había metido la pata y que hubiera valido más que se callara.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo había dicho?

Lo sabía porque casi no había dormido en toda la noche.

Y, en primer lugar, si se acostó vestido, sin quitarse la corbata, fue porque tenía miedo. No hubiera podido precisar de qué, pero tenía miedo. Solo en su habitación, hubiera sido incapaz de desnudarse, y quizás entraba también en su sentimiento una especie de pudor. ¿Acaso no estaba solo el cadáver de su padre a dos habitaciones más lejos, solo y a oscuras?

Se había acostado en su cama de columnas, y ni siquiera en pensamiento se atrevió a denominarla como tenía por costumbre: el catafalco.

Era un verdadero, monumento en negro y oro sobrecargado de esculturas y de blasones. La casa estaba llena de muebles de esa clase comprados en las ventas y, sobre todo, en las ventas de palacios. La chimenea también estaba blasonada, como el armario, en el cual hubieran cabido seis personas y cuyas puertas habían sido lacradas con los sellos del juzgado.

—¿Cómo sabes que se ha ido?

—Le oí.

Era de noche... Tenía los ojos abiertos. La habitación de José, el mayordomo, se

hallaba justo encima de la suya. Oyó durante largo rato cómo el criado iba y venía descalzo, y luego sus pasos llegaron a la escalera. Era seguro que José se iba. Todos los criados se habían marchado uno tras otro a pesar del dinero que se les debía.

Alain había oído más aún: José, que tenía el aspecto de un exclaustro, penetró en la cámara mortuoria donde reposaba el cadáver y permaneció en ella un buen momento huroneando.

Alain no lo había soñado; estaba seguro de ello. La garganta se le contrajo, el sudor le inundó la frente, pero no se atrevió a moverse y se sintió aliviado cuando por fin oyó el golpe lejano de la puerta cochera y pasos sobre la acera.

—No hay en la casa nada que comer. Será necesario que vayas a comprar algo.

¡Siempre él, evidentemente! Siempre era el nombre de Alain el que se gritaba por la casa cuando se tenía que hacer alguna comisión desagradable.

Se levantó, cazurro.

—¿Tienes dinero? —preguntó.

—Se lo pediré a mamá. Está muy cansada y se ha quedado en cama.

Como siempre, también. Por la mañana siempre estaba infaliblemente cansada, y se quedaba en cama hasta las doce. En las épocas en que había criados en casa, le gustaba hacerlos desfilar ante ella.

Alain entró en la habitación de su madre después de haberse peinado y lavado la cara. Su traje estaba ajado y su corbata torcida.

—José se ha ido —le anunció también su madre.

—Ya lo sé. Me lo ha dicho Corina.

—No hay en la casa nada que comer. Justo un pedazo de pan seco.

—¿Tienes dinero?

Esa pregunta era sabida en la familia. ¡Se había repetido tantas veces! ¡Hasta por su padre mismo, que a menudo le pedía a Alain que le prestara sus economías por algunas horas!

—Debe de haber en la cartera.

Comprendió lo que su madre quería decir, porque dirigió una mirada hacia la cámara mortuoria.

Comprendió también que ni su madre ni su hermana habían querido ir ellas solas.

Tuvo que hacer un esfuerzo. No era lo mismo que la víspera por la noche, en la semiobscuridad, con la lluvia que se escurría por los cristales. Estuvo a punto de pedir a Corina que le acompañara, pero el respeto humano se lo impidió.

Se acordó de la visita que José había hecho por la noche en aquella habitación y se tranquilizó al ver al cadáver en su sitio bajo el sudario. La chaqueta estaba encima de una silla, y cacheó los bolsillos sin encontrar el billetero, que divisó, un instante después, abierto sobre la alfombra.

Lo recogió y, saliendo rápidamente, fue a echarlo encima de la cama de su madre.

—Creo que está vacío.

—¿Por qué?

—Porque estaba en el suelo. Me apostaría a que ha sido José.

Y era verdad. ¿Había José encontrado dinero en la cartera? En todo caso, si lo encontró, se lo había llevado.

—Tengo algunas monedas en mi bolso. ¡Dámelo! Compra pan, mantequilla, leche. Cuando Edgardo vuelva le pediré un poco de dinero. Por otra parte, será necesario que encontremos antes... ¿Sabes quién llamó?

—¿Llamaron?

—A las ocho de la mañana y luego otra vez, media hora más tarde...

Era el momento en que por fin se durmió, y no había oído nada.

—Mira a ver si no han dejado nada en el buzón. Me pregunto lo que vamos a hacer sin nadie...

Pero no se levantó.

—Conviene, de todos modos, que se ocupen de...

Una mirada hacia la habitación del difunto. Que se ocupen del entierro, era evidente. Alain se puso el abrigo, descendió, franqueó el pórtico, siempre glacial, y abrió el portillo insertado en la puerta grande. Estuvo a punto de salir sin llave, olvidándose de que ya no había servidumbre para abrirle. La encontró colgada de un gancho.

En la calle, se levantó el cuello de su largo gabán. Iba sin sombrero. No lo llevaba nunca. Sus cabellos rubios se aljofaraban de lluvia, y gotas de agua le temblaban en la punta de la nariz. Había una lechería a menos de cien metros, en una callejuela, pero la lechera ya le injurió una vez delante de todo el mundo porque hacía varios meses que no le habían pagado.

Fue algo más lejos. Estuvo a punto de comprar un diario en el que sin duda se hablaba de su padre. Entró en una tienda en la que se dio cuenta de que le miraban con pena y curiosidad al mismo tiempo.

Pan, media libra de mantequilla y una botella de leche, como las amas de casa pobres. Volvió con la compra al brazo, andando aprisa.

Cuando subió al piso, las dos mujeres se estaban disputando. Corina no estaba más vestida que cuando despertó a su hermano. Iba y venía alrededor de la cama de su madre.

—Yo no puedo de ningún modo pedirle eso. No sé en qué piensas ni por quién me tomas.

—Podría tomarte por lo que eres.

—¿Lo cual quiere decir...?

—¡No te hagas la imbécil! Pero esta vez se trata de todos nosotros... Ya no se trata solamente de un abrigo de pieles, ¿no es eso?

—Te prohíbo hablar de...

—No grites, ¿quieres?

—¿Por miedo de los criados, acaso?

—Simplemente porque estás hablando con tu madre.

—Mi madre, que quisiera que yo le fuera a pedir dinero a un hombre.

—¿Queréis hacer el favor de no disputaros más? —murmuró Alain, que se limitó a colocar las vituallas en el tocador de su madre.

—Tu hermano acaba de telefonarme...

—¿Qué ha dicho?

—Que se ha informado acerca del entierro; que eso subirá por lo menos veinte mil francos y que él no tiene dinero... Vendrá luego, al salir de la oficina, porque dice que tiene la obligación de pasar por allí. En pocas palabras: despabilaos. He pedido a tu hermana que telefonara a Fabien.

Alain se sonrojó y volvió la cara hacia la ventana. ¿No hubieran podido no hablar de eso en un día como aquél? ¿Acaso las mujeres no tienen sentido alguno del pudor?

Fabien era un cirujano; el cirujano más importante de la ciudad, que poseía una suntuosa clínica particular. Era un hombre joven, de unos cuarenta años, bien plantado y amante de la buena vida. Estaba casado y tenía tres hijos, pero nunca se le veía con su esposa.

En el teatro, en los conciertos, era Corina quien le acompañaba, y cuando, casi todas las semanas, se iba a operar a París, era seguro que se los veía subir al mismo tren. La víspera, Corina también estaba en París. En casa de sus amigas Manselle, al decir de ella. Fueron también sus amigas Manselle, que eran muy ricas, las que le habían cedido por una bagatela el abrigo de visón del que tan orgullosa estaba.

—Si Fabien es verdaderamente un amigo, y deseo creerlo...

—Basta, ya, mamá —interrumpió Corina.

Y Alain encareció asqueado:

—Basta; sí.

—¿No habrá nadie para prepararme una taza de café?

El hermano y la hermana se miraron. Corina abrió la boca, pero vio bien, por el talante obstinado de Alain, que esta vez no se dejaría mandar.

—No sé ni cómo se enciende la cocinilla de gas —murmuró alejándose.

—Dame el teléfono, Alain.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Se ha de enterrar o no, tu padre?

Una vez más se fue a la ventana, apartó los visillos de tul y permaneció sumido en la contemplación de la plazuela.

—¡Oiga! ¿Es la casa del conde de Estier?... ¡Oiga!... La señora Malou habla... Sí, Malou.

Se impacientó; repitió malhumorada:

—Le ruego que tenga la bondad de decir al conde de Estier que la señora Malou está al aparato y desea hablarle...

Corina, con una cafetera en la mano, se había plantado en el cuadro de la puerta y escuchaba.

—¡Oiga!... ¿El conde de Estier?... La señora Malou, sí... Comprendo... Sí, sí...

comprendo perfectamente...

Alain empezó a morder un cigarrillo que no había encendido todavía.

—Creo que, por su parte, debe darse cuenta de la situación... Es más dramática de lo que se piensa, porque en este momento ni sé cómo me las voy a arreglar para que mi marido tenga un entierro decente... Para colmo de desgracias, nuestro mayordomo se ha marchado esta noche llevándose el contenido de la cartera... Le escucho. Sí... oigo bien...

El conde estuvo hablando mucho tiempo, y la señora Malou permanecía inmóvil, con el receptor en una mano y el aparato encima de la cama.

—Estoy perfectamente de acuerdo con usted y es evidente que ya no voy a hacerle otra petición... ¿Cómo?... No lo sé todavía... No sé absolutamente nada... Póngase en mi lugar... Y hay los hijos... Sí... Muchas gracias... En mi nombre y en el de ellos.

Volvió a colgar y apartó el aparato.

—Ya está —concluyó.

—¿Cuánto va a enviar? —preguntó Corina.

—No me lo ha dicho. Me hará traer un cheque esta mañana, a condición, bien entendido, de que sea la última vez... ¡Como si no hubiera ganado bastante dinero con vuestro padre!... Llaman, Alain...

—Ya lo he oído...

Pero se olvidaban de que ellos mismos tenían que ir a abrir.

—El café, Corina.

—El agua se está calentando.

Alain bajó, abrió la puerta y se encontró frente a una viejecita que llevaba en la mano un paraguas mojado, uno de esos paraguas como los que llevan los campesinos que van en carricoche al mercado, iba vestida también como una campesina, con sayas y un extravagante gorrito de seda negra con cintas enlazadas en la garganta.

—Desearía hablar con la señora Malou.

—Mi madre no se ha levantado todavía.

—Es urgente y vengo de lejos...

—Me temo que a causa de lo sucedido...

—Justamente... Dígale a su madre que soy la señora Tatin. Me sorprendería que no hubiese oído hablar de mí... En todo caso, seguramente me conocerá de vista si ha estado en casas mortuorias..., Vea, en casa del coronel Chaput, era yo quien velaba... En casa de la baronesa de Beaujean, también... Estoy acostumbrada, ¿comprende?... En las familias, la mayor parte de las veces no se sabe... Velar muertos es mi especialidad, porque no hago otra cosa desde hace cuarenta años.

¿No fue más que una idea? A Alain le pareció que la mujer olía a muerto, que arrastraba en los pliegues de sus sayas husmos de agua bendita, de boj y de crisantemos.

—Entre un momento...

No la dejó en el porche, donde reinaba una corriente de aire glacial. La vieja permaneció en pie sobre la estera del vestíbulo mientras Alain subía los escalones de cuatro en cuatro.

—Es una vieja que vela cadáveres...

La señora Malou no comprendió en seguida.

—Parece que está acostumbrada y que lo ha hecho en todas las grandes casas de la ciudad... Me ha citado nombres...

—Haremos bien en tomarla... Hazla subir... Voy a hablarle...

Y la viejecita esperó mientras la señora Malou se vestía. Discutieron largo rato ambas en voz baja; luego la vieja fue introducida en la cámara mortuoria, de la que tomó posesión inmediatamente.

—Tendré necesidad de varias cosas...

—Pídale a mi hija lo que necesite...

Seguía lloviendo y la plazuela estaba desierta, con su fuente en medio y las ventanas como agujeros negros en todas las casas.

—Ayúdame, Alain... Búscame el número de las pompas fúnebres... Dice la vieja que es sorprendente que no hayan venido por propia iniciativa, porque suelen ser ellos mismos los que se preocupan de todo...

Telefoneó y dijo luego que aquellos señores iban a venir.

—Sera preciso que vea al notario, al abogado... Una cosa me pregunto: ¿debemos avisar a María?... No sé dónde vive...

María, la primera esposa de Eugenio Malou, la madre de Edgardo, era una mujer de la que no se hablaba nunca. Pertenecía a un pasado lejano, mal conocido y al que se prefería no hacer alusión.

Era, por añadidura, una mujer del pueblo que había vivido Dios sabe cómo y de qué, que había escrito varias veces en papel de estraza con una caligrafía de fregona y faltas de ortografía basta en la dirección.

Debía de vivir en Marsella o en algún lugar del Mediodía de Francia.

—Edgardo lo sabrá, sin duda...

—Edgardo preferirá que no venga...

El nombre de Edgardo se pronunciaba en la casa de una manera particular. Era ciertamente un Malou, puesto que era el hijo, y precisamente el primogénito, de Eugenio Malou.

Pero Eugenio Malou nunca lo consideró tampoco como a los demás miembros de la familia.

En primer lugar, era un poco afeminado, un mocetón afeminado y eternamente serio. Después de los estudios de grado medio, su ambición se cifró en seguida en obtener una colocación descansada.

Las truhanerías financieras de su padre le asustaban. Entró en los servicios administrativos, Se casó con la hija de su jefe de oficina y se convirtió en jefe de oficina a su vez.

Habitaban en un barrio tranquilo de los suburbios de la ciudad, donde sólo había casitas de empleados, de oficiales y de clases pasivas. Su casa la pagaba por anualidades, y debía de hacer economías que imponía en las libretas de la Caja de Ahorros de sus tres hijos.

Sin duda, hoy, se daba vergüenza, temía por su situación, por la consideración de que gustaba rodearse; vergüenza también frente a sus suegros, que eran gente muy severa.

En la cámara mortuoria, la vieja Tatin iba y venía como por su casa y hablaba sola en voz baja. De vez en cuando abría la puerta para pedir trapos, o bujías, o fósforos.

La siguiente llamada del timbre fue la del representante de las pompas fúnebres, que la señora Malou recibió en el comedor, donde había aún tazas de café y pan encima de la mesa.

—Mamá —llamó Corina desde el rellano.

Corina, que seguía a medio vestir y a la que le importaba poco enseñar los muslos gordos y blancos. Detrás de la puerta cuchicheó:

—Sería prudente esperar a que trajeran el cheque antes de decidir nada... Puesto que no sabes de cuánto será...

Otra vez el timbre, y siempre era Alain el que estaba de servicio. Siempre, también, la lluvia, la plazuela desierta, una silueta sombría que se encuadró en el portal. El hombre se quitó la gorra mojada, porque no llevaba paraguas.

—Perdone que le moleste, señor Alain...

—¡Ah, es usted, señor Foucret!...

—Hubiese venido antes si mi mujer no me hubiese hecho notar que no era correcto...

—Entre, por favor.

Un hombre de unos cincuenta y cinco a sesenta años, alto y huesudo, que debía de sentirse más a sus anchas en un taller que allí.

—¿Es con mi madre con quien desea hablar?

—Preferiría hablar con usted, señor Alain, puesto que le conozco de cuando era niño...

No se podía subir al comedor, que estaba ocupado. La mayoría de las habitaciones estaban selladas por el Juzgado.

—Venga a mi cuarto.

El hombre tenía miedo de ensuciar con sus grandes zapatos. Pasó respetuoso, ante una puerta que adivinó era la de la cámara mortuoria.

—¿Está ahí? —musitó—. ¿Sabe que no acabo de creerlo? No me quitarán de la cabeza que han sucedido cosas que ignoramos. Mire, señor Alain, él a mí me hablaba con franqueza. Usted sabe cómo era. La gente se creía conocerle y se engañaba. En primer lugar, era el mejor hombre del mundo, y al que osara decir lo contrario...

—Gracias, señor Foucret.

—Los hay que trataron de insinuar muchas cosas... Que yo no era más que un

imbécil, un inocente, que se burlaban de mí... Sabe usted de alguien que como él me hubiese pagado una casa, sí, señor Alain, que me la hubiese regalado, así, diciéndome:

—Mi viejo Foucret, tu idea vale dinero... Dinero, por el momento, no tengo, pero tendré, porque tomaré las patentes necesarias y me dirigiré a los americanos, y entonces seremos ricos... Eso exigirá el tiempo que sea necesario... Entretanto, aquí tienes una casa para tu mujer y para ti, puesto que tus hijos ya están casados... Te instalo cerca de los talleres, pero no para que trabajes... Harás lo que te plazca, vigilarás si te gusta, irás a pescar con caña si el cuerpo te lo pide y, a fin de mes, no por eso dejarás de pasar a cobrar tu sueldo...

Eso es lo que me dijo, señor Alain; y usted quizás no lo sabía... Y cumplió su palabra... Y hasta cuando no tenía dinero para pagar, siempre lo encontraba para mí, unas veces poco, otras veces más...

Yo sabía que lograría tener éxito y que cuando la patente empezara a dar fruto, no me olvidaría, como algunos trataron de darme a entender...

He ahí por qué he venido... Para decirle a mi vez a usted:

Conocía a su señor padre... Pasan ustedes, sin duda, unos momentos difíciles. No poseo mucho dinero, pero siempre puedo hipotecar la casa.

El hombre miraba la habitación, la cama de columnas, los sellos de los muebles.

—Es preciso que las cosas vayan de una manera decente, ¿no es verdad? Los hay que estarán contentos de haberse librado de él... Me pregunto si no empezarán a darse un poco de vergüenza... El mismo diario infecto que le atacaba cada mañana, y que le trataba de todo ayer, ya no sabe qué escribir hoy. Vea.

Sacó de su bolsillo un diario mojado.

—«El penoso accidente que...». Pues bien, señor Alain, tengo algo más que pesa en mi pecho y que he de sacar... Cuando he leído la palabra accidente, me ha sorprendido... Porque, entre nosotros sea dicho, yo no creo que su padre se baya suicidado... Perdóname... Le conocía demasiado... ¡Si usted supiera cómo amaba la vida!... Tenía preocupaciones serias, aceptado... Pero, en mayores dificultades se había visto, ¿no es verdad?... Usted sabe muy bien que esas historias de dinero sólo le hacían sonreír... He oído a la gente... He leído el diario...

Seguramente fue a pedir fondos al conde... Éste hubiera obrado mejor dándoselos... Porque, en fin, sin su padre de usted, ¿cuánto le hubieran dado por su palacio y por sus bosques?... Ni siquiera un millón, ¿quizás medio?... Al paso que con la parcelación de Malouville, a pesar de los tropiezos actuales, ha cobrado ya tres millones por lo menos... ¿Es verdad sí o no?...

Siendo así, lo que yo creo es que quizás su padre quiso darle miedo... Yo le he visto alguna vez pedir dinero. Adoptaba un aire trágico, pero cuando no le miraban me guiñaba el ojo, y cuando el otro se había marchado soltaba la carcajada.

Quizás creyó que el revólver no estaba cargado. O bien no quiso apretar el gatillo... O quizás, y esto es lo que creo, en el fondo, sólo quiso herirse... Pero estoy

aquí importunándole cuando acaso tenga usted muchas cosas que hacer... Por si acaso, le he traído esto...

Y le tendió un sobre que contenía algunos billetes de mil francos.

—Gracias, señor Foucret... No olvidaré su gesto, pero en este momento tenemos lo que necesitamos.

—¿Es verdad eso?... ¿No es por orgullo?

—Se lo aseguro...

Foucret abrió la boca para formular una pregunta, pero no se atrevió, y Alain adivinó que la pregunta era:

¿A quién han pedido ustedes?

Acompañándole por la escalera, vio que su hermana le dirigía signos enérgicos que no trató de comprender. Llamaron en el momento en que iba a abrir la puerta. Era un ayuda de cámara que le entregó una carta diciendo:

—Para la señora Malou... Urgente...

¿Había Foucret reconocido al ayuda de cámara del conde de Estier? Agachó la cabeza afligido.

—Bueno... Hasta la vista, señor Alain... Si en algo puedo servirle, disponga usted de mí sin cumplidos.

Corina, desde arriba, acechaba, espiaba el sobre.

—¿Cuánto?

—No lo he abierto.

—Dame...

Lo rasgó, diciendo:

—¡Sí que te has pasado de listo con el viejo Foucret!... ¿Por qué no aceptaste? ¿Crees que nos vamos fácilmente a zafar de la situación?... Bueno... Cincuenta mil... Voy a avisar a mamá...

Pasó al comedor e interpuso el cheque entre la mirada de su madre y los catálogos de pompas fúnebres que ésta estaba examinando. El empleado vio también el cheque; trató en vano de leer la cifra al revés, pero quedó tranquilo.

Hubo otras idas y venidas, aquel día. La señora Malou salió hacia las once para ir a cobrar el cheque después de haber telefoneado encargando un taxi. Corina tuvo una larga conversación telefónica que Alain prefirió no escuchar, y dos o tres veces oyó como un leve cloqueo que parecía una risa.

El notario Carel, pequeño y gordo, encarnado y reluciente, de veinticinco alfileres, tuvo que esperar mucho rato en el comedor que regresara la señora Malou.

—¿Qué vamos a comer, Alain? Porque será necesario que comamos.

—Ya fui por las comisiones esta mañana. Ahora te toca a ti.

—Eres muy galante. Tengo una idea. Voy a pedirle a la vieja...

Y así fue como, cuando la señora Malou volvió con el dinero, la vieja Tatin se deslizó a lo largo de las casas para ir a la compra. Iba hablando siempre sola y sólo Dios sabe lo que ella se explicaba de aquella familia que tan poco se parecía a las

demás.

—¿Quieres dejarnos un instante, querido Alain?

Desde que tenía dinero en su bolso, la señora Malou había recobrado al mismo tiempo que su aplomo su vitalidad. Siempre había sido así. Hubo períodos en los que todo el mundo estaba a las últimas, sobre todo las mujeres, y los criados, porque no había un billete de mil francos en la casa, y ya no se sabía adónde ir a comprar fiado lo que se necesitaba. En aquellos momentos, la señora Malou se pasaba en la cama la mayor parte de su tiempo, quejándose siempre de su salud, y Corina encontraba la manera de desaparecer.

Pero, apenas se ingresaba dinero, cesaban de morderse, de gemir y de pelearse.

—Hemos de hablar seriamente el notario Carel y yo. Si viene el abogado Desbois, hazlo pasar. No estará de más su presencia.

¡Siempre en el comedor, con las tazas sucias y la luz de la araña que se habían olvidado de apagar desde la noche anterior!

Alain tuvo que volver a bajar para abrir la puerta a los tapiceros de las pompas fúnebres. Por falta de habitaciones en la planta baja, que seguían selladas, no hubo otro remedio que montar la capilla ardiente en la habitación del muerto, en la que empezaron a martillar.

Había ya en el buzón algunas cartas de pésame. El coche del abogado se paró junto al bordillo de la acera y animó la fachada.

Ahora, bajo los paraguas, pasaba gente, no mucha, que debía de haber dado un rodeo, puesto que la plazuela no conducía a ningún lado, para venir a ver la casa. Se veían también visillos que se movían en las ventanas y rostros que desaparecían vivamente.

Se discutía en el comedor. Se oyó la voz baja y confusa del notario, la voz un poco más aguda del letrado Desbois y, en fin, de vez en cuando, para una pregunta precisa, la de la señora Malou, que salió un momento, en busca de papel y lápiz.

Cuando se fueron, algo después de las doce, la señora tenía los ojos irritados y pasó revista de inspección a la casa.

—¿Qué esperas tú para prepararnos la comida? —preguntó a su hija, que había abierto un libro y que se había sumido en el fondo de un butacón.

—Que la vieja Tatin vuelva con las vituallas.

—¿No hubieras podido ir tú misma?

—¿Y encargar un taxi como tú has hecho para ir al Banco, que está a dos pasos?

—Será necesario, de todos modos, que te acostumbres a no ir siempre en coche... Prefiero decírtelo en seguida: cuando se habrá hecho el entierro no nos quedará absolutamente nada...

—¿Y qué quieres que le haga?

—Tú te dices que, de un modo u otro, te saldrás de apuros, te despabilarás. Estoy segura de que no será trabajando.

—¿Y tú?

—¿Es eso todo lo que sabes responderme?

Volvió a lloriquear y fue a encerrarse en su habitación para seguir llorando mientras Alain erraba sin saber dónde meterse.

Recibió una visita personal; la de un muchacho pelirrojo, Peters, uno de sus dos camaradas de la víspera, cuando, volviendo del colegio, fueron detenidos por la aglomeración delante de la farmacia.

Estuvo a punto de no verle, porque Peters no se atrevía a llamar. Estaba frente a la casa, bajo la lluvia, con los libros debajo del brazo, y miraba a las ventanas con la esperanza de ver a su compañero.

Alain bajó y le abrió la puerta, pero el otro no quiso entrar. ¿Quizás tenía miedo a la muerte?

—Escucha, Alain, vengo de parte de los compañeros. No nos atrevíamos a molestarte hoy, pero queríamos decirte... decirte que...

—Gracias.

—También nos hemos preguntado si seguirías viniendo al colegio. Es el último año y...

—No lo sé... No lo creo...

—De todos modos, te volveremos a ver, ¿verdad?... Se dice que os vais de la ciudad...

—¡Ah!

—¿Es verdad?

—Yo no pienso irme.

—¡Entendido! Eres un chico estupendo...

Ambos, en efecto, parecía que se habían entendido. Permanecían de pie en la corriente de aire, ante la puerta, y tuvieron que hacerse a un lado para dar paso a la señora Tatin, cargada de paquetes.

—A ésta la conozco. Vino por una de mis tías que murió el año pasado. ¿No te da miedo a ti?

Alain sonrió levemente. ¿Tenía miedo todavía? Tuvo miedo por la noche. Y también un poco por la mañana.

Ahora, ya le había pasado. Se sentía mucho más viejo que Peters, a pesar de tener ambos la misma edad.

—No; ella no me da miedo —dijo no sin un punto de orgullo y de condescendencia.

¡Si sólo se hubiese tratado de la buena Tatin!

—Vendremos todos, ¿sabes? Pediremos fiesta.

—Sí; para el entierro.

—Hasta la vista, Malou.

—Hasta la vista, Peters.

¿Por qué sintió frío esta vez al volver a cerrar la pesada puerta? Ya no era una puerta de roble macizo, sino una muralla que levantaba él mismo, lentamente, con

pleno conocimiento de causa, entre él y los demás.

Peters se fue a su casa, liberado, sí, liberado como queda uno siempre después de una diligencia tan penosa. ¡Y sin duda fue sacando la lengua, como solía hacerlo, para zamparse gotas de lluvia! Y pensó en la comida que le esperaba, y en las tradicionales palabras que pronunciaría desde el umbral de su casa:

—¡Tengo apetito!

El zaguán, y su escalera de doble espiral, aquella escalera tan dura de subir... Seguían claveteando. Algo se freía en la cocina, y un olor de cebolla se esparcía por la casa.

—¿Quién era?

Corina, que por fin se había vestido, le interrogaba.

—Un compañero de colegio, Peters...

—Eso me hace pensar en que nadie ha venido todavía a verme. Quizás es demasiado temprano. No tardarán en llegar las visitas.

Y empezaron, en efecto, casi en el momento en que cesó la lluvia, a eso de las tres de la tarde. En aquel momento todo estaba dispuesto para recibir a la gente. Había una capilla ardiente y cirios que quemaban a ambos lados del cadáver, que habían vestido, un ramito de boj en un vaso de agua bendita, y la vieja Tatin, arrodillada en la penumbra y que movía los labios pasando las cuentas de un rosario.

El muerto se había convertido en un verdadero cadáver.

III

LA mañana del entierro, en la capilla ardiente, los hombres se mantenían en un orden casi jerárquico. Primero estaba Edgardo Malou en su calidad de primogénito. No obstante, no se le había visto durante tres días, pero aquella mañana llegó, cuando todo el mundo dormía todavía, con el deseo de asegurarse de que nada claudicaba. Si no se había encargado ropa negra desde que se casó hacía cinco años, no había llevado mucho su ropa vieja, y además era muy cuidadoso con sus prendas; de todos modos, como había engordado algo —se había vuelto un poco más fofo—, su traje, demasiado apretado por todas partes, parecía salir de un almacén de confección barata.

Cosa curiosa, aquella mañana Edgardo tenía los ojos irritados y se los entretuvo así durante toda la ceremonia. Fue el único que se llevó continuamente el pañuelo a la cara. Estaba verdaderamente pálido, deshecho y fatigado, y cuando miraba a la gente que le daba la mano parecía como si apenas los reconociera; les daba las gracias con la efusión de alguien muy desgraciado para quien el menor consuelo es un bálsamo.

A su lado, Alain parecía más alto y más delgado que nunca en su traje de cheviot negro; y luego venía el marido de su tía, Julio Dorimont.

Los Dorimont habían llegado la víspera y se les tuvo que montar camas en la casa. Juana, la hermana de la señora Malou, se pasó una buena parte de la velada llorando al mismo tiempo por las desgracias de su hermana y por las suyas propias.

Si se las examinaba de cerca, las dos mujeres se parecían en todos sus rasgos, con la sola diferencia de que en Juana todo era más espeso, más denso, más vulgar, lo que hacía de ella como una caricatura de su hermana.

Por ejemplo, el pelo de la señora Malou era ligeramente de color de caoba, mientras que el de Juana tenía un tinte cobrizo feo, con algunos mechones blancos. Ambas tenían los ojos grandes, pero los de Juana le salían de la cara. Lo que en una era simplemente una leve gordura, en la otra se convertía en una papada y, en fin, nunca se pudo comprender cómo se las arreglaba Juana —tía Juana, como la llamaban los chicos— para maquillarse tan mal, pintarse una boca sangrienta cuyos contornos no correspondían con sus labios, y dibujarse dos medias lunas de un encarnado raro encima de los pómulos.

Tía Juana se lamentaba eternamente y compadecía a todo el mundo. Tenía un marido minúsculo que parecía un bibelot de tan delicado como era, con su cara sonrosada y delgada de mujer y su pelo sedoso de un gris plateado. Era un antiguo tenor de opereta. Habían recorrido la provincia juntos en la época en que Dorimont todavía no había perdido la voz. Después de lo cual, Eugenio Malou le tomó consigo.

En cierta época, cuando Alain era pequeño y vivían en Burdeos, vivían y comían junto con los Dorimont, Eugenio Malou acabó por fatigarse de los lamentos de la cuñada. Y, como entonces estaba bien de fondos —eran los tiempos del palacio de

Dordogne—, dio dinero a su cuñado para que se comprara una librería con gabinete de lectura en París.

Tuvieron un hijo, Beltrán, nueve meses más joven que Alain, que se mantenía en cuarto lugar de la fila, delante del féretro iluminado por los cirios. Tenía una cabeza caballuna, y toda la ropa le sentaba mal. No le habían vestido de nuevo para la circunstancia y llevaba un traje gris al que le habían cosido un brazal negro.

Cuando los Dorimont estuvieron allí, uno se daba cuenta de que los Malou eran casi unos aristócratas. Y lo mismo ocurría en el comedor donde estaban las mujeres.

Cuando Francisco Foucret, el contraamaestre, llegó para dar su pésame. Alain se le acercó, le habló en voz baja y Foucret inició un gesto de protesta pero a pesar de todo se fue a colocar al extremo de la fila.

Sólo las mujeres podían saber lo que sucedía fuera, porque les era posible echar a veces una ojeada por entre las hendeduras de los postigos. Lloviznaba. Se habían formado en la plazuela pequeños grupos de hombres que fumaban su pipa o sus cigarrillos mirando la casa y esperando ser varios para desfilar. Cuando se reunían un cierto número de amigos, se les veía apagar sus cigarrillos, arreglarse la corbata, ir gravemente hacia el portal, y luego se oía su pisoteo por la escalera.

El dueño del Café de París fue uno de los primeros en llegar y se excusó de marcharse en seguida. Un cuarto de hora más tarde, una vez su patrón había vuelto, compareció Gabriel y permaneció hasta que se llevaron el cadáver.

Hubo también proveedores, hasta de aquellos que no se habían pagado y que no cobrarían nunca. Formaban un grupo aparte en la plazuela, un grupo de gente próspera, acostumbrada a ceremonias de aquel género.

El conde de Estier también llegó en el último minuto. Su coche se detuvo en la plazuela. Atravesó la multitud, penetró con dignidad hasta la capilla ardiente, estrechó largamente la mano de Edgardo y se excusó de no poder llegar hasta el cementerio, porque tenía que tornar un tren a las once.

Tuvo que cruzarse con la mujer en la escalera. No se la esperaba. Nadie la había avisado. Entró en la cámara mortuoria que llenó inmediatamente de un perfume violento y barato. Alain, que jamás se había encontrado con ella, la vio con sorpresa precipitarse hacia Edgardo y darle besos.

Edgardo, por su parte, no sabía qué continencia adoptar. Era su madre, la primera mujer de Eugenio Malou, que llegaba del Mediodía de Francia y que decía en voz baja:

—Tengo necesariamente que hablarte luego.

Y luego, mirando a su alrededor:

—¿Dónde están ellas?

Iba vestida de una manera chillona, con colores violeta alrededor del cuello; y los polvos que usaba para su cara también eran del mismo color.

Edgardo prefirió llevarla al comedor, cuya puerta se cerró.

Los empleados de las pompas fúnebres subieron para llevarse el ataúd. Acababa

de llegar el coche de los muertos, pesado y suntuoso; la gente empezó a agruparse para formar el cortejo.

Alain miraba fijamente los clavos plateados del féretro de roble bruñido, y mientras se atareaban en torno de él trató de recordar la cara de su padre.

¿Alguien de los que estaban allí pudiera haber creído que no lo lograba? Ciertamente, veía con vaguedad una frente, mejillas, una nariz, una barbilla familiares y oía aún la voz algo ronca, siempre algo ronca, de Eugenio Malou.

Veía también su silueta corta, casi gorda, pero siempre vivaracha. Porque Malou era un hombre eternamente apurado, al que se sentía deseos de retener por un botón de su chaqueta.

Pero, verlo vivo, de algún modo... Volver a ver su mirada, por ejemplo, y acordarse del hombre que fue...

¿Qué clase de hombre fue? Su hijo, que había vivido tantos años cerca de él, no sabía nada y hasta ahora no hacía ese descubrimiento.

He ahí por qué miraba con verdadera desolación el féretro que se llevaban por la escalera mientras que en el comedor se oían los sollozos de las mujeres.

¿Se había dado cuenta Alain hasta entonces de que vivía en una familia rara? Estaba tan acostumbrado a ella que no se había fijado.

Por no hablar sino de aquella mujer que parecía salir de un lugar malo, que había sido la primera esposa de su padre, y que era la madre de Edgardo...

¡Había tantas cosas que él ignoraba, tantas preguntas que jamás tuvo la idea de formular! Apenas si se acordaba de la vida que hacían en Burdeos, y, no obstante, no databa de ocho años, y él era ya casi un mozo en aquella época. Habían habitado un vasto alojamiento y luego toda una casa. Allí también tuvieron servidumbre y un auto; y dos autos en un momento dado. Pasaban los fines de semana y las vacaciones en un antiguo palacio en el que siempre trabajaban obreros. Invitaban a mucha gente. Sus padres salían casi cada noche; su madre, con todas sus joyas, y su padre, de *smoking* o frac.

Se hablaba mucho de dinero. Su falta se dejaba sentir a menudo, pero su padre acababa por encontrar en el último minuto. Se recibía a diputados, a senadores, a personajes importantes.

Luego, de golpe, se produjo la bancarrota, y se mudaron; no tuvieron mucho que trasladar, porque todo, quedó embargado. Vivieron quince días en un hotelito de Nantes. ¿Era verdad que se fueron sin pagar? Edgardo lo afirmó un día que se disputó con su hermano por algo referente a su padre.

También vivieron en París, algunas semanas solamente, en un piso amueblado del barrio des Ternes, y luego vinieron a instalarse aquí en una casa nueva. No en seguida en el prestigioso, hotel particular, sino, primero, en una casa burguesa como la que habitaba Edgardo.

¿Sabía algo más? Apenas. Todo el mundo en su casa vivía a su antojo. En el momento de sentarse a la mesa para comer en familia, llegaba Eugenio Malou con

cinco o seis invitados y se bajaba al gran comedor.

La señora Malou tenía joyas. Adoraba las alhajas. A menudo se hablaba de ellas; demasiado a menudo, últimamente, sobre todo, desde que la situación se puso tan tensa que empezaba exactamente como en Burdeos, con los alguaciles y los ecos en los diarios.

¿Se había negado ella a venderlas para permitir que su marido aguantara el golpe algunas semanas más? ¿Las había logrado Eugenio Malou? Ella afirmaba que sí y que ya no poseía nada. Pero, súbitamente, Alain lo puso en duda.

El maestro de ceremonias colocó a la familia en una fila detrás del coche fúnebre y, después de una pausa, se pusieron en marcha hacia el cementerio, porque Eugenio Malou, que se había suicidado, no tenía derecho a pasar por la iglesia.

Iban lentamente; se detuvieron a causa de un tranvía; luego, de pronto, el cortejo tuvo que avanzar durante cierto tiempo a un paso acelerado que espació las filas y alargó la cola. Edgardo volvió la cabeza.

—De todos modos, hay mucha gente —observó con satisfacción—. Mucha gente que no esperaba ver.

Los hombres primero, luego sus mujeres, y al final las personalidades que ni siquiera se conocían de vista. Discretamente, Francisco Foucret se había retirado de la fila de la familia y andaba con los obreros y los proveedores sin hablar con nadie.

Se anduvo así durante media hora por calles cada vez menos animadas. Se pasó no lejos del domicilio de Edgardo, que se inclinó para ver su casa, que siempre miraba con satisfacción; luego se empezaron a divisar insignias de marmolistas, de tiendas de coronas que anunciaban el cementerio.

Por las grandes avenidas había arena, pero también se tuvo que chapotear en la arcilla mojada y resbaladiza. Como un charco barraba todo el camino, algunos saltaron tomando impulso, y otros prefirieron andar por encima de las tumbas. Y, finalmente, se llegó a la fosa recién cavada, la gente se apretujó y el féretro se hizo resbalar por una cuerda que se subió luego.

Edgardo lloraba. Julio Dormont se sonaba. Alain tenía los ojos secos, pero estaba más pálido que los otros y su mirada buscaba la de Foucret, que se acercó para estrecharle la mano sin aparentarlo.

—Ánimo, señor Alain.

Y, en voz más baja, furtivamente:

—Usted no se va, ¿verdad?

Hizo signo de que no. Quería quedarse en la ciudad. Le parecía que irse como los demás sería una especie de traición. ¡Había tantos detalles que tenía necesidad de conocer!

Sin que se lo dijeran, cogió unas flores que estaban al alcance de su mano y las lanzó en la losa; luego, bruscamente, se separó de la multitud y se fue. Foucret le alcanzó. Su hermano le miró, descontento, porque no era así como se tenían que hacer las cosas.

—No sé si ha pensado usted en lo que le dije, señor Alain...

Hacía frío. Alain sentía en sus narices un cosquilleo precursor de un resfriado.

—He sabido otra cosa por casualidad... Porque hace un momento he hablado con Gabriel, el camarero del Café de París... Pues bien, aquel día, después de haber despedido su coche, su padre entró en el café para telefonear... Gabriel era quien solía pedir los números, pero aquella vez su padre no lo quiso... Salió a las tres y algunos minutos, a pie, y el accidente no se produjo hasta las cuatro...

Aquella vez, a las tres, era la última que Eugenio Malou se servía de su automóvil, y él lo sabía, porque el mismo día tenían que llevarlo al depósito judicial. Estaba embargado como lo restante, y a Arsenio, el chofer, se le había despedido.

Salieron del cementerio. Les seguían algunos grupos hablando en voz alta de sus negocios. Algunos entraron en un cafetín de cristales empañados en el que debía de hacer calor y el aire, sin duda, olería a aguardiente.

—¿No quiere tomar el tranvía, señor Alain?

Lo esperaron y, en aquel momento, Peters, el pelirrojo, se acercó a su compañero.

—Los otros me han encargado que les excuse —dijo—. Ha sido imposible dejar la clase todos juntos. Te volveremos a ver, ¿verdad? ¿Tú no te vas?

El resto de la familia llegó adonde él estaba y todo el mundo subió al tranvía, por el que pasaba una corriente de aire helado. Alain se quedó en la plataforma con sus dos amigos. Contemplaba a su tío, a su hermano y a su primo, a quienes las sacudidas del coche hacían balancear las cabezas de un modo raro.

Era su familia y la examinaba curiosamente como si no la hubiese visto jamás. ¿Era todavía su familia? Ciertamente hubo un lazo entre él y aquella gente, pero aquel lazo no existía ya.

Muerto Eugenio Malou, cada cual se iría por su lado. ¿Quién sabe? Aquella misma noche, sin duda, la casa se quedaría vacía. Se había hablado de ello los dos días anteriores y la víspera en particular. Se había discutido el asunto hasta las dos de la madrugada, bebiendo una botella de buen aguardiente encontrada en una alacena.

Corina y su madre se habían vuelto a disputar. El tío Doiámont trató de calmarlas y pronunció palabras de conciliación. Tía Juana lloró.

Beltrán, que no era huérfano, miraba sin cesar a su primo como envidiándole. Apenas si los dos jóvenes se habían dirigido la palabra, pero Alain no dejó de sentir la mirada del otro clavada en él de una manera insistente.

—Debo decírselo, señor Alain. Si me hubiese atrevido, le hubiera propuesto llevármelo conmigo, a casa. Se lo dije a mi mujer. Sin duda es imposible y usted tiene que quedarse allí... Se dice que todos se van...

Era probable. Cuando se acostaron, a las dos de la madrugada, no se había tomado decisión alguna. Siempre ocurría lo mismo cuando se reunía la familia. Todos hablaban y no llegaban a ponerse de acuerdo.

—Con su permiso, señor Alain, iré a verle al atardecer... En el caso de que haya gente, no le molestaré.

—Gracias, señor Foucret.

—Yo me apeo aquí.

No quedaban en la plataforma más que Alain y el pelirrojo.

—¿Vas a trabajar, tú? —preguntó Peters también con una especie de envidia—. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

—No lo sé.

—Yo, en tu lugar, probaría de entrar en el diario.

Se mordió la lengua recordando los ataques de que había sido objeto Eugenio Malou por parte del «Faro del Centro».

—La verdad es que no tiene tanta importancia como parece.

Se apearon. Tomaron como por casualidad por la calle donde se desarrolló el drama y pasaron delante de la farmacia. Edgardo debía de explicar a su tío cómo se produjo el hecho, puesto que señalaba ora la botica, ora la acera y la casa de los Estier.

—Te dejo, chico. Tengo que irme.

Y sólo quedó un grupo sombrío que desembocó en la plazuela de la fuente. Estaba otra vez desierta. No había en ella nada. Todo estaba concluido.

—¿Nadie tiene la llave? —preguntó Edgardo.

Nadie la tenía y tuvieron que llamar. Fue tía Juana quien bajó a abrir.

—¿Ya estáis aquí? —exclamó, acostumbrada como estaba a los entierros con misa de réquiem—. ¡Sí que ha ido aprisa!...

Había pétalos de flores esparcidos por el zaguán y por los peldaños de la escalera.

—He aquí, Julio, lo que mi hermana y yo hemos decidido.

Nadie había pensado en entornar la puerta de la cámara mortuoria, y fue Alain quien se encargó de ello. Durante un momento, estuvo a punto de encerrarse en su habitación esperando, que terminaran las conferencias que volvían a empezar, pero se decidió a seguir a los demás al comedor, en donde se acodó a la chimenea.

—Tú, ¿estás bien decidido a quedarte?

Dijo que sí con la cabeza.

—Observa que tu madre tendría el derecho de obligarte, a seguirla. ¿Qué esperas, exactamente, con quedarte aquí?

—No lo sé.

—Aquí encontrarás más difícilmente una colocación que en cualquier otra parte. Hoy la gente ha venido al entierro como si tal cosa, pero mañana volverán a ser lo que fueron.

—Tanto me da.

—Déjale que haga lo que quiera, Juana —suspiró la señora Malou.

—Bueno; de todos modos, nos llevamos a tu madre. Vivirá con nosotros hasta nueva orden. Hay que darle tiempo para que se recobre. No es que dispongamos de mucho sitio, ni que los negocios vayan bien, pero es nuestro deber. Queda por solventar el problema de tu hermana.

—Es absolutamente inútil insistir —interrumpió tajante Corina, sumida en lo más profundo de un butacón, con las piernas cruzadas y un cigarrillo en los labios.

—No hubieras hablado así de vivir tu padre.

—Mi padre no se ocupó nunca de mis asuntos.

Y era verdad. La frase sorprendió a Alain. Fue para él una revelación. ¿Acaso su padre se había ocupado de ellos alguna vez? Para llevarles regalos, sí, los más bellos y los más caros. Ningún niño, que ellos supieran, había tenido juguetes tan ricos. Y, cuando la familia contaba con fondos, ellos tenían tanto dinero en el bolsillo como querían.

Pero ¿se ocupaba de saber si Alain estudiaba o no? Él mismo firmaba, con la firma de su padre, los cuadernos de notas, y su padre lo sabía. En cuanto a Corina, ésta siempre vivió a su antojo. ¿Quién no vivía a su antojo en aquella casa donde la misma servidumbre, cuando la había, hacía lo que le daba la gana?

Y he ahí que Alain, por primera vez en su vida, se preguntaba: ¿Por qué?

Se preguntaba qué clase de hombre era su padre. Recordaba, por ejemplo, la manera como en ciertos momentos le ponía la mano en el hombro diciendo:

«¡Chiquito...!».

Aquello era afecto. Era más que afecto. Había tenido que amar mucho a su mujer para soportarle como le había soportado su humor y su fantasía.

¿Qué clase de hombre era?

—¿Se fue mi madre? —preguntó Edgardo al cabo de un rato.

Vaciló al articular la palabra madre.

—Sí; se fue, y espero no volverla a ver jamás. Debe de estar en la notaría a estas horas. Está persuadida de que hay un testamento y de que tu padre le deja algo. Parece que siempre se lo prometió. No serviría de nada, puesto que no hay nada a repartir. Estaba furiosa. Me ha lanzado a la cara puñados de injurias. Juana tuvo que ponerla en la puerta de una manera violenta.

—¿Qué se ha hecho de las joyas? —volvió a preguntar Edgardo.

—Ya sabes bien que hace tiempo que se vendieron.

—¿Todas?

—¡Claro que sí! ¿Quieres acaso registrar mis cosas?

—¿El collar de perlas también?

Edgardo lo había visto unos días antes y ella lo sabía.

—Son falsas. El verdadero collar fue empeñado en París y tu padre me dio esta copia. Si tienes empeño en...

Vaciló. Era claro que dudaba de la palabra de la señora Malou, pero no se atrevía a reclamar un collar que se le afirmaba que era falso.

—Por otra parte, creo que es a ti a quien corresponde el solitario de tu padre. Te lo voy a traer en seguida. Si estáis de acuerdo, Alain tendrá el aderezo y los gemelos. En cuanto al alfiler de corbata con el rubí, que siempre llevaba, he pensado, si no oponéis reparos, dárselo a vuestro tío como recuerdo.

Julio Dorimont fingió que protestaba.

—¿Qué podría darle a Beltrán? Salvo una boquilla de ámbar y plata... ¿Fumas, Beltrán?

—Un poco, tía.

Procedían al reparto. La madre fue a buscar cajitas a su habitación y vertió el contenido encima de la mesa.

—Había aquí un estuche de oro, pero lo vendió hace quince días. Éste, de plata, tiene por lo menos veinte años.

—Me lo quedaré —dijo Edgardo.

—Ahora me acuerdo, hijos míos: hay también su ropa, que no fue incluida en el embargo. Edgardo es demasiado alto. Alain también. Pero Julio, haciéndola arreglar...

—¿Y si comiésemos? —se impacientó Corina.

—No hay nada preparado. Juana propone, y tiene razón, que vayamos a tomar un bocado al restaurante...

—El tren sale a las cinco y media.

—Queda el problema de Corina...

—¿Queréis dejarme en paz? —suspiró ésta.

—Observa que no sé lo que yo liaría contigo en París. No hay sitio en el bulevar Beaumarchais para alojarte.

—¡Ya lo veis!

Bulevar Beaumarchais quería decir la librería y el alojamiento de los Dorimont.

—Sin contar —intervino Julio— con que para encontrar trabajo en este momento... Y, a propósito, ¿qué clase de trabajo vas a buscar?

—¿No os parece que valdría más que no os ocuparais de mí? Soy bastante mayorcita para despabilarme sola.

—Me da pena, de todas maneras, dejarte aquí. A menos de que vivas con tu hermano...

Edgardo creyó que era de él de quien se hablaba y estuvo, a punto de declarar que su casa no era bastante grande. Pero de quien se trataba era de Alain.

—Vosotros dos no os entendéis mal del todo. Puesto que Alain estará ocupado todo el día y comerá en el restaurante...

—Si os empeñáis... Ya lo veremos... En todo caso, ya me han encontrado un pisito amueblado...

No le preguntaron quién. Se evitó citar el nombre del doctor Fabien, quien, quizás para no dejarse ver en el entierro, se había ido a una población vecina para intervenir en una operación, según dijo.

—¿Te conviene, Alain?

Éste se encogió de hombros. ¡Tenía tanta prisa de no ver más a ninguno de ellos! No se cansaba, no obstante, de observarlos, de escudriñar el sonido de su voz. Hubiera deseado, formularles montones de preguntas.

¿Sabía de dónde procedía su padre? Jamás se habló de ello en la casa. Lo poco que sabía lo había aprendido en los diarios.

Según éstos, sobre todo el «Faro del Centro», el más venenoso, ni siquiera eran franceses y su verdadero nombre parece que era Malow o Malowski. Siempre según los ecos, su abuelo, el abuelo de Alain, el padre de su padre, llegó un día, nadie sabía de dónde, del Este en todo caso, sin saber leer ni escribir, hablando una jerigonza incomprensible, sin papeles, y sin una identidad cierta.

¿Era verdad que había trabajado como peón cuando se horadó el túnel del Saint-Gothard?

No se poseía ni una sola fotografía suya. Fue muy tarde, a los cincuenta años o más, cuando trabajaba como cantero en un pueblecito del Cantal, que tuvo su hijo de una mujer con la que no estaba casado. Debía de haber fallecido, ciertamente, puesto que tenía más de cincuenta años cuando nació su hijo. Pero ¿y la mujer? ¿Cómo se llamaba? ¿Lo sabía la señora Malou?

Los diarios añadían que, en sus comienzos, Eugenio Malou había frecuentado los círculos anarquistas, primero en Marsella, luego en Lyon y en París.

Fue en Lyon donde debió de casarse con la madre de Edgardo, una obrera de fábrica, según se decía en la casa. Una mujer pública, según insinuaban los periódicos.

Y de todo eso, él, el hijo de Malou, el nieto de Malow, o de Malowski, no sabía nada.

Y he ahí que su padre se había suicidado metiéndose una bala en la cabeza. Todos se dispersaban, tiraban de lo que podían. Edgardo escogía las camisas y los calzoncillos que todavía podían servir. Se ocupaba también de los zapatos, porque tenía el pie pequeño. En cuanto a los negocios y, en particular, a la partición de los terrenos de Malouville, el notario aconsejó la víspera que no se mezclaran en ello. Estaban en manos de los síndicos y la liquidación arrojaría un gran pasivo.

Y, aun en el caso de que hubiese una herencia a cobrar, valía más no aceptarla a causa de las posibles sorpresas.

—¿Vamos a comer, sí o no?

Se decidieron. Fueron en busca de los abrigo y de los sombreros; las mujeres se plantaron delante de los espejos.

—No hay que olvidar la llave.

La casa quedó vacía, completamente vacía por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—¿Adónde vamos?

—Convendría ir a un restaurante tranquilo.

—¿Para que parezca que nos escondemos?

—Corina tiene razón.

Fueron al «Chapón Fin», pero pidieron uno de los saloncitos del primer piso. Alain pensó que hubiera podido almorzar en aquel momento en la casita de los

Foucret y continuó sin decir nada, observando y escuchando.

—¿Has encontrado una colocación? —le preguntó su primo por encima de la mesa.

—Todavía no, pero, la encontraré.

Cualquiera. Estaba dispuesto a hacer de cualquier oficio, hasta de mandadero. ¡Finalmente, a partir de entonces, sería como los demás! No protestó cuando se dijo que viviría con su hermana, pero estaba decidido a no hacerlo. Solamente algunos días si era indispensable.

¿Qué necesidad de hablarles de ello? Se producirían nuevas escenas que le causarían náuseas. Los conocía bien; conocía a la familia; gritaban, se injuriaban, se daban órdenes contradictorias y, a fin de cuentas, cada cual hacía lo que se le antojaba.

¡Que se vayan! Era todo cuanto deseaba. Y empezó a contar los minutos. Miraba de vez en cuando el pequeño reloj eléctrico empotrado en la pared. Comió maquinalmente.

Su madre también estuvo casada antes de conocer a Eugenio Malou, Había sido la esposa de un diputado del Loire que recientemente fue ministro durante algunos meses.

Ella lo había abandonado por Malou. Una vez que madre e hija se disputaban como solían hacerlo periódicamente, Corina profirió, porque se le hacían reproches acerca de su conducta:

—¿Y tú? Si no te hubieran cogido en flagrante delito, ¿hubieses sido la mujer de papá?

¿Era verdad?

Lo que pasmaba a Alain era haber vivido hasta entonces sin meditar esas cosas, sin tratar de conocer la verdad. ¿Tan niño era que a los diecisiete años viviese todavía en una especie de embotamiento?

Había sido un niño y, luego, un colegial como los demás. Algo más tímido que los demás, precisamente porque a su alrededor ocurrían cosas que no comprendía o que no quería comprender.

Algunos colegiales evitaban jugar con él. Uno de ellos llegó a decirle francamente:

—Mis padres me lo prohíben.

No obstante no se había replegado en sí mismo. Jamás tuvo aquel aire cazurro que, por ejemplo, veía en su primo. Su padre era un padre, su madre una madre, su hermana una hermana, Edgardo un tipo a quien no amaba mucho, pero a quien juzgaba más débil que malo.

Súbitamente, desde hacía tres días, sentía un deseo apasionado de saber. Un deseo, sobre todo, de conocer aquel hombre que fue su padre y del que jamás se ocupó cuando vivía.

Confusamente se dio cuenta de que no sería por su familia que sabría algo.

Por instinto, su pensamiento se inclinaba hacia Foucret, y era a éste a quien tenía deseos de interrogar, era con éste con quien deseaba profundizar tantos misterios.

Terminado el almuerzo, Julio Dorimont inició el gesto de sacar la cartera de su bolsillo, pero —ya lo sabía— la señora Malou se lo impidió.

—No, Julio. A mí me toca. Puesto que no hubo ceremonia en la iglesia y no se tomaron coches, el entierro, costó menos de lo que me pensaba. Me quedan cerca de treinta mil francos. Dejaré diez mil a Corina y a Alain. Es todo cuanto puedo hacer por ellos, porque no quiero seros una carga y yo no tengo su edad. En París me despabilaré...

Rara mujer, pensaba Alain, que ya no la miraba como a su madre. Estaba persuadido de que hacía trampa, de que siempre había hecho trampas. Si Edgardo había hablado de las joyas, él, que sabía lo que se decía, era porque tenía más que sospechas sobre el asunto.

Corina las abrigaba desde hacía tiempo, quizás porque también era mujer. Hacía más de dos años que un día le soltó a su madre:

—¡Anda, que te veo el juego! ¡Te quejas sin cesar de la miseria, pero no dejas por eso de hacer tu agosto!

¿Tenía razón? Y entonces, ¿era de creer que si su mujer le hubiese ayudado los últimos días, Eugenio Malou no hubiese tenido necesidad de desaparecer?

Hacía demasiado calor en el saloncito. Los camareros esperaban para levantar la mesa, porque era tarde. Se pidieron, no obstante, licores que se saborearon lentamente.

—¿Tu equipaje está preparado?

—En una media hora lo estará. ¡Por lo que los del Juzgado me dejaron!

Salieron en fila india, y todo el mundo los miró. Alain iba el último, algo avergonzado de formar parte del grupo, y le chocó ver que su hermana dirigía signos con la mano a dos personas que al parecer conocía.

Y otra vez en la casa, que ya no ocuparían más que algunas horas.

Se hurgó por todos los lugares donde se pudo para, no olvidar nada.

—¡Los papeles! —exclamó la señora Malou al ver una maleta verde llena de cartas y documentos.

Edgardo abrió la boca, pero Alain habló el primero y, por primera vez, con una autoridad que le sorprendió.

—Yo me encargo de ella —dijo.

—¿Qué vas a hacer con esos papeles? Sería más sencillo quemarlos. Son correspondencia de negocios, facturas...

Mostró tanta firmeza de decisión que su madre cedió.

—¡Si te empeñas!...

No tardó Edgardo en eclipsarse bajo el pretexto de una visita que había prometido hacer a la oficina.

—Te digo adiós en nombre de Marta y de los niños...

Y, como cuchicheaba, Alain comprendió que Marta estaba otra vez encinta, lo que hasta entonces había ignorado.

—Hay que excusar a mis suegros por no haber venido. Su situación era muy delicada.

—Sí, sí.

Besó a la señora Malou compungido y estrechó todas las manos.

—Espero que saldrás del atolladero —le dijo a Alain— pero harías bien tratando de entrar en la administración. Hay en este momento buenos destinos en las colonias, al pasó que aquí se tropieza con hostilidades. Yo, que sufro todas las penas del mundo para mantenerme en mi sitio, lo sé muy bien.

¡Vamos, pronto, despachemos de una vez! ¿Es que las mujeres no acabarán nunca de embadurnarse con polvos y coloretes? ¿Está segura la señora Malou de tener en su bolso la llave del maletín que no confía a nadie?

—¿Vienes a la estación?

Corina dijo que sí. Alain también tuvo que decirlo.

—En ese caso se tendrán que encargar dos taxis. Supongo que volveréis aquí en seguida a recoger vuestras cosas. ¿No dormiréis esta noche en la casa?

Alain se hubiera quedado de buena gana, pero solo. Ya no hubiera tenido miedo desde el momento que los demás ya se habían ido.

—¡Oiga! ¿Hace el favor de enviar dos coches a casa del señor Malou?...

Corina se había equivocado y había hablado del señor Malou, del señor Malou, que había fallecido.

—Vienen al instante.

Se consultaron los relojes. Se bajaron las maletas y los baúles.

—Cuento contigo, Corina, para evitar a toda costa... En fin, ya me comprendes.

—Sí, mamá.

—En cuanto, a ti, Alain...

Lloró un poquito al besarle y tuvo que rectificar su maquillaje.

Y Beltrán Dorimont miraba sin cesar a su primo, con igual envidia; a su primo, que iba a quedarse solo, o casi solo.

Llegaron los taxis.

Se metieron en ellos. La estación no estaba lejos. Julio Dorimont fue a la taquilla a comprar los billetes, sin olvidar los de andén para los que se quedaban.

—He vivido nueve años en esta población —murmuró la señora Malou al pie del vagón—. Espero que jamás volveré a poner en ella los pies.

Y eso fue todo. Besos en las mejillas. Se vio, por los cristales, como se instalaban lo mejor que podían en el compartimiento, y luego el tren arrancó.

—¡Ya está! —dijo Corina.

Miró a su hermano, y arqueó las cejas al verle tan grave y tan pálido. Luego, se encogió de hombros.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volver a casa?

No lo sabía.

—Tengo que hacer una comisión que me ocupará cosa de media hora. Ve a arreglar tus cachivaches. Esta noche dormiremos en el hotel. Reservaré dos habitaciones. Mañana por la mañana, espero, nos instalaremos en mi piso amueblado.

Atravesaron la sala de espera.

—Cuento contigo, para no empezar siendo desagradable. No sé lo que te ocurre desde hace algunos días que miras a la gente de una manera rara.

—Voy a casa —se limitó a responder.

En tranvía. Solo. En la plataforma. Veía desfilar las aceras, las tiendas, los faroles, y todo aquello constituía un mundo del que jamás tuvo conciencia de formar parte.

Cosa curiosa: cuando llegó a la plazuela y quiso introducir la llave en la cerradura, le cogió pánico, no se atrevió a entrar solo en la casa vacía, se quedó rodando y acabó por esperar, de pie en un rincón, mientras la lluvia caía finamente.

Transcurrió una hora, y otra hora. Un coche se paró; no era un taxi, sino un coche amarillo que ya había visto varias veces. Corina se apeó, y el automóvil se fue silencioso. Alargó la mano a la campanilla.

Hasta entonces no salió Alain de su rincón de sombra y se adelantó. Ella se sobresaltó al verle de pie tras sí.

—¿Estabas aquí, tú?

No le explicó que no se había atrevido a entrar solo. No le dijo nada. Dió vuelta a la llave en la cerradura y buscó el interruptor.

—¡Me has asustado!

La cosa no tenía importancia.

Subió la escalera con su hermana.

IV

No tuvo en primer lugar idea alguna de la hora ni sólo del sitio en que se hallaba. No comprendió tampoco, en seguida, la naturaleza de lo que le había despertado. En realidad, era un ritmo que le había alcanzado en el fondo de su sueño, algo como cuando en una calle lateral a la calle por donde discurre una charanga militar, uno se pone a marcar el paso a pesar suyo.

En torno de él, la obscuridad. Estaba en el hotel; ahora se acordaba; en el «Hotel del Comercio», frente a la estación, en el que se había instalado con su hermana por una o dos noches. Habían cenado juntos, en el comedor de mesitas blancas, donde un gigantesco aparador de caoba tenía la solemnidad de los grandes órganos. Recordaba los manteles almidonados, las camareras vestidas de negro y blanco, con cofia, las botellas de vino tinto y las servilletas dobladas en abanico y puestas dentro, de las copas. Recordaba el olor, el tictac del reloj con su gran borde negro, y el gesto de Corina para empolvase después de la cena.

—Me voy a acostar en seguida —anunció Alain.

No eran más que las ocho y media, pero había dormido poco las noches precedentes.

—Yo también —replicó su hermana.

Eilla, no obstante, se llevó un diario para el caso de que no lograra dormirse. Se dieron las buenas noches en el corredor. Alain estaba ya acostado cuando su hermana quiso abrirle la puerta.

—¿Qué pasa? Corrí el cerrojo y estoy en la cama.

—Siendo así, nada. Buenas noches. Venía a ver si estabas bien.

Se había sumido en la obscuridad y ahora veía una raya luminosa del mismo lado que el ruido. No alargó la mano para alcanzar la pera del interruptor en la cabecera de la cama. Recordaba. Un tabique separaba su habitación de la de su hermana. Ella tenía el número 7, y él el 9. No había visto puerta de comunicación, en seguida, porque estaba tapada por un armario. Pero el cuerpo del armario no llegaba hasta el suelo. Entre sus pies, debajo de la puerta, había un buen par de centímetros. De allí procedía la luz.

Era la primera vez que aquello le sucedía, pero Alain comprendió el sentido del ritmo y se sonrojó al pensar que procedía de su hermana.

Hubiera querido taparse los oídos y en vano hundió la cabeza en la almohada; el ritmo le perseguía. Y he ahí que surgió la voz de un hombre.

—Es algo fastidioso, ése, con su obstinación en quedarse. ¿No se hubiera podido ir a París con su madre? ¡Cuando todo iba tan bien y estábamos, por fin, tranquilos!

—No se nos pegará mucho tiempo; ya verás. Lo conozco. Estoy segura de que en cuanto encuentre trabajo querrá vivir solo.

—¿Y entretanto?

—Vendrás a verme en su ausencia. Y luego, ¡con enviarle, por las noches, al cine! ¿Hay teléfono en el piso?

—Lo hice instalar. También pensé en ello. ¿Las alhajas?

—Estoy convencida de que mamá las tiene, pero no se lo he podido hacer confesar.

—Es para morirse de risa. ¿No te ha preguntado lo que ibas a hacer?

—Apenas. Lo sospecha, pero prefiere no oírlo decir.

Alain no se movió. Permaneció acostado, rígido, con los nervios en tensión y respirando apenas.

Desde hacía mucho tiempo que había pensado, o más exactamente, había sentido que Corina era así.

¿Por qué era necesario que fuese hermana suya? ¿Había muchas otras como ella? No quería creerlo. Ello le chocaba por el concepto que tenía de la vida, de los hombres, de las mujeres y de las relaciones entre los seres.

¿Acaso su madre también era así? Se formuló la pregunta súbitamente. Prefería responder que no, pero, se acordaba de las palabras que había oído, de la historia de su primer marido, de su nuevo casamiento.

Si hubo flagrante delito, como pretendía Corina, era que ella se encontraba con Eugenio Malou de escondidas. ¿En un hotel como aquél?

Hacía esfuerzos para no pensar en ello y pensaba a pesar de todo. Se puso a clasificar a la gente que conocía, a sus allegados sobre todo, en «los que son así» y los otros.

Su padre, por ejemplo. Él no tenía la mirada fogosa ni la sonrisa sensual del cirujano Fabien. Era un hombre que sólo se preocupaba de su trabajo.

Y, no obstante, cuando Alain pensaba en la primera mujer de su padre, en aquel ser que surgió del pasado, se veía forzado a corregir su juicio.

¿Su padre también? ¿Todo el mundo, pues? No era posible. Era ya demasiado sucio. Aquello, le dolía.

Cuando, sus condiscípulos, en el colegio, con la mirada encendida y una sonrisa extraña en los labios —una sonrisa que no era franca—, se reunían para contarse historias de aquella clase, él se apartaba, asqueado. No estaba lejos de pensar que aquello no existía, que se lo inventaban, que las cosas no ocurrían del aquel modo.

Y ahora descubría que no mentían, que era verdad, que su hermana lo era, que quizás lo era su madre, y también su tía Juana. ¿Por qué no, si seguía maquillándose a los cincuenta años?

Sentía deseos de huir, de estar solo.

¿Y Francisco Foucret?... No, éste era demasiado honesto, sólido. Alain iría a verle lo más pronto posible. Pero no antes de haber encontrado una colocación, porque Foucret querría ayudarle y él ponía su empeño en arreglárselas solo.

Era indispensable encontrar una colocación en seguida. No iría a dormir a casa de su hermana como ésta quería.

—Confiesa —decía ella, al lado, fumando un segundo cigarrillo— que todo se ha arreglado maravillosamente para nosotros...

¿La muerte de su padre, sin duda? Alain no quería ver más a Corina. Pronto, cuando habrían acabado, cuando Fabien se habría ido, Alain se levantaría sin hacer ruido y se marcharía. Quizás le dejaría dos palabras escritas, por ejemplo:

—Lo he oído todo.

¿Pero por qué? Corina no se preocuparía por él. Mejor para ella si no estaba allí. Todo eso habría ganado.

No lloraba. No lloró en toda la noche. Estaba terriblemente fatigado y, por fin, no supo si soñaba o si se había quedado despierto.

¿A qué trabajo mental se entregó? Hacía partes: ponía a un lado a cierta gente y a otro lado a las personas que le parecían distintas. Pero eso no era bastante. La cosa era más complicada. Descubría muchas especies.

Los Malou, por ejemplo. Eran, con toda evidencia, diferentes de los demás. Su padre no se parecía a nadie que él conociera; era de una raza aparte. Toda la casa estaba marcada de su carácter. Su madre, Corina, él mismo, formaban parte de un mundo que era el mundo Malou.

La prueba, que la hermana de su madre, la tía Juana, que tenía el mismo rango que su madre, que había recibido una educación idéntica, era muy diferente y a todos les parecía una extranjera, una extraña.

¿Y su hijo Beltrán? No existía ningún punto común entre él y Alain. Esto era tan cierto que Beltrán, durante dos días, lo había mirado con curiosidad y con envidia.

Pero Alain, por su parte, era netamente distinto de Corina.

La cosa era muy complicada. ¿Estaba acaso medio dormido? Tenía la sensación de un lento y penoso avanzar, de un descubrimiento necesario, y se esforzaba en ir siempre más lejos en la comprensión.

¿Por qué no se había encarado nunca con esos problemas tan esenciales? ¿Cómo había podido vivir tantos años entre sus parientes sin haberse tomado el trabajo de mirarlos? Ya no era un niño. Sabía puñados de cosas, pero era como si no las hubiera conocido, porque se había contentado con registrarlas maquinalmente.

—¿Te vas ya?

—Es la una —respondió el hombre.

Así fue como Alain supo que casi no había dormido y que Fabien había llegado cuando él apenas acababa de acostarse.

—¿Me enviarás tu coche para el equipaje?

—¿No temes que acaso tu hermano...?

—No te preocupes por él. O bien se acostumbrará o bien...

Se vestía. Se oyó como se vestía, el roce de la ropa, el ruido de los zapatos. Luego se besaron. Corina anduvo descalza hasta la puerta para correr el cerrojo mientras Fabien buscaba a tientas el interruptor del rellano.

La luz permaneció encendida un rato. Corina, sin duda, leía su diario fumando el

último cigarrillo.

—Me iré antes de que se levante.

No tenía dinero. Era su hermana la que guardaba los diez mil francos que su madre había dejado para ellos dos. Hubiera debido reclamar antes su parte.

¿Qué haría mañana, sin dinero, en la calle? No poseía para vender más que unas ropas sin valor. ¿Habían oído los otros inquilinos los gemidos de Corina? Quizás los encontraría mañana abajo y le mirarían con insistencia.

Le asaltaban imágenes que se esforzaba por rechazar. Luego, las imágenes se formaron, se hicieron grotescas, prueba de que dormía; y cuando llamaron a su puerta, hacía rato que ya era de día.

—Alain... Alain.

Refunfuñó.

—Abre. ¿Qué haces?

Abrió maquinalmente antes de acordarse de sus resoluciones de la víspera. Corina no estaba vestida. Iba en bata.

—Me has asustado —dijo.

—¿Por qué?

—Hace cinco minutos que estoy llamando. Me preguntaba si ya te habías ido.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

En efecto, se oía ruido en todos los pisos del hotel; choques de vajilla abajo, una camioneta en el patio, una criada que manejaba el aspirador eléctrico sobre la alfombra del corredor.

Alain se había vuelto a meter en la cama para no dejarse ver en pijama, pues su pudor era quisquilloso. Se preguntó un instante si su hermana, después de lo sucedido, se atrevería a sentarse en su cama, cosa que hizo lo más tranquilamente del mundo. ¿Por qué Alain se sonrojó? ¿En qué pensaba exactamente cuando desvió la vista?

—Vendrán a buscarnos en coche a las diez.

—A mí, no.

—¿Qué dices?

—Que yo no iré.

—¿Estás loco? ¿Qué piensas hacer?

—Quiero que me des una parte del dinero que mamá te dejó para nosotros. La mitad o lo que tú quieras, me es igual. Encontraré una habitación en alguna casa de huéspedes y...

—¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

Corina miró maquinalmente el tabique y debió de tener una sospecha. Luego, prefirió rechazar los pensamientos desagradables.

—Como quieras, mi pobre Alain. No nos hubiéramos entendido mucho tiempo, ¿verdad?... ¿Cuánto quieres?

—Tanto me da.

—¿Tres mil?

Corina hacía trampas. ¿Por qué no partir equitativamente?

—Un muchacho tiene menos gastos que una mujer. Tú encontrarás una colocación más fácilmente que yo...

Alain miraba, obstinado, la rendija brillante entre las cortinas. Le pareció que en la calle hacía sol.

—Voy a buscártelos.

Para acabar de una vez. Y volvió, en efecto, con los tres billetes, que depositó encima del lavabo.

—Te he escrito mi dirección. Ven a verme cuando gustes. Tenme al corriente. Si necesitas un golpe de mano, no vaciles.

Corina estaba de pie y le miró súbitamente a los ojos con cierta ternura, quizá por remordimientos. Se inclinó hacia él, le rozó con sus senos y le besó en las mejillas y en la frente.

—¡Pobre hermanito!

Porque Corina se dio cuenta, sin duda, de que no era como ella, como ellos. Y le dio lástima.

—En casa encontrarás siempre una cama.

Alain ya no se movía. Con los ojos cerrados, esperaba impaciente estar solo para llorar a sus anchas.

* * *

A mediodía ya había encontrado una colocación en la que empezaría a trabajar desde el día siguiente. ¿No era un milagro?

Milagro también fue, primer milagro, aquel sol fresco pero brillante que le acogió en la calle, y milagro aquella vida alegre, rumorosa, que le rodeaba, le ceñía cada vez más a medida que se acercaba al centro de la ciudad. Aquella vida de las diez de la mañana, él casi no la conocía, porque a aquellas horas solía estar en el colegio. El vaivén de los camiones, de los coches de distribución; la agitación de las amas de casa en las tiendas le causaban, a pesar suyo, una especie de alegría que parecía el gusto de vivir. Hasta la visión de un mozo de café que frotaba con blanco de España los cristales de una cervecería le interesó tanto, que permaneció un buen momento parado en la acera.

Anduvo al azar sin objeto preciso. Si bien sabía que buscaba una colocación no tenía la menor idea de a qué puerta llamaría. Varias veces pensó en Francisco Foucret. Le agradecería ir a verle y hablar con él extensamente. Pero no antes de haber salido de apuros.

A cien metros del Café de París, en la calle del tranvía y en donde la acera era más estrecha, unos hombres que izaban un piano le obligaron a detenerse un instante.

En aquél, lugar había un aparador sombrío con un letrero que decía:

«Jaminet, Hermanos. Impresores».

Detrás de los cristales empañados se veían recordatorios, libritos, tarjetas de visita y, en un rincón, un rótulo manuscrito:

«Se necesita joven principiante para despacho».

Sabía que funcionaban dos grandes imprentas en la ciudad. No le había preocupado nunca, pero lo sabía. La otra, la regentada por el señor Bigois, era la mala. Porque imprimía el «Faro del Centro», que tan duramente atacaba a su padre en los últimos tiempos. Era una casa en la que, sobre todo, se hacía política. El señor Bigois, un hombre gordo y desaliñado, era concejal y había presentado dos veces su candidatura para diputado.

La imprenta Jaminet era la de la gente moderada y la del obispado.

La cosa era curiosa, porque Eugenio Malou fue más bien un hombre de izquierdas, un anarquista, si se daba fe a los ecos. ¡Y era la gente de izquierdas la que se encarnizaba con él!

—¿El señor Jaminet, por favor?

El despacho estaba poco iluminado. Casi no entraba el sol en el patio, donde bajo un sotechado se veían carretillas y balas de papel. Una mecanógrafa, que tecleaba junto a la ventana, no le prestó atención. Un hombre delgado, que conocía de vista, pero del que apenas se acordaba, le miró con cierta sorpresa. Sólo luego Alain pensó que le había reconocido y que mucha gente que él no conocía sabía que era el hijo de Eugenio Malou.

—¿De qué se trata?

—Es para la colocación.

Un destello de sorpresa, una vacilación.

—¿Me permite? Eso concierne a mi hermano. Voy a ver si está en el taller.

Estuvo mucho rato fuera. Sin duda —... y más tarde Alain lo imaginó— discutían qué era lo que tenían que hacer. Los Jaminet eran dos que apenas se distinguían uno del otro, aunque hubiese tres años de diferencia entre ellos. Los dos estaban delgados, con la tez amarillenta de los hepáticos. Los dos estaban casados, tenían hijos y vivían en la misma casa, de la que compartían las habitaciones.

Jaminet el joven entró sin el hermano que Alain acababa de ver.

—¿Hace usted el favor de salir un instante, señorita Germana?

Estaba visiblemente turbado.

—Siéntese, señor... señor Malou, ¿no es eso?

—Sí. Alain Malou.

—Mi hermano me ha dicho que...

—He visto que deseaban un empleado.

—Evidentemente... Evidentemente.

—Como tengo que abandonar mis estudios para ganarme la vida...

—Lo comprendo, señor Malou. Lo comprendo.

—Acabaré el bachillerato el año que viene. No sé si eso le basta...

Un gesto con la mano que significó que no se trataba de eso.

Por el cristal de una ventanilla se divisaba un taller grande, de paredes de una blancura cruda, en el que se alineaban unas máquinas negras que se destacaban, como dibujadas con tinta china. Y la mayoría de esas máquinas, con un hombre silencioso inclinado sobre ellas, funcionaba con un leve ronroneo de engranajes bien untados.

—Creía que su familia se iba de la ciudad...

—Decidí quedarme. Claro está que a condición de que encuentre trabajo.

—Ya comprendo.

De los dos, Jaminet era el que estaba más turbado, sobre todo porque su interlocutor le miraba con calma y candidez.

—¿No cree usted que este nuevo género de vida le va a parecer muy penoso?

—Ya me hago cargo.

—Su padre fue cliente nuestro.

No dijo si había pagado sus facturas. Verosíblemente no las pagó todas.

—Me complacería mucho poderle ser útil. No obstante, no le ocultaré que...

Estaba confuso. Se estiraba maquinalmente los dedos.

—Ya verá usted, señor Malou; es una colocación de principiante. Y añadiré que es una colocación en la que no hay mucho porvenir. Mi hermano y yo nos bastamos para todo lo importante. La secretaría la lleva la señorita Germana, que trabaja en la casa desde hace ocho años. El empleo para el que buscamos un joven...

No parecía que Alain escuchara. Desde hacía unos instantes, tenía la voluntad firme de obtener aquel empleo fuese lo que fuese. No hubiera sabido decir por qué. Aquel despacho sombrío, aquellas paredes cubiertas de carteles y de calendarios, aquel olor de tinta y de aceite caliente, de papel, de cola, aquellas máquinas negras en el taller enjalbegado y hasta aquellas carretillas del sotechado, todo aquello constituía a sus ojos un mundo tranquilo y confortante al que sentía la imperiosa necesidad de integrarse.

—Permítame que ante todo le explique en pocas palabras en qué consiste el trabajo. Supongo que no tiene ninguna noción del oficio.

Hizo signo de que no, francamente. En su espíritu ya había clasificado a Jaminet, a los dos Jaminet, con su timidez, su buena voluntad, sus trajes no muy bien cortados, las dos familias viviendo en la casa —se oía a los niños que corrían por el primer piso—. Ya los había clasificado en una categoría diferente de aquéllos en quienes pensara la noche anterior mirando el trazo de luz bajo la puerta de su hermana.

¡Éstos, no, seguramente!

Su casa le recordó la paz de los templos, en los que sólo había entrado en casos de bodas o de entierros.

—En primer lugar, hay lo «corriente», de lo cual no se tendrá que ocupar.

¿Era una manera de hablar o era una promesa? Para Alain aquello fue como si ya fuese uno de los suyos y toda su vida debiera agradecer a Jaminet, el joven, aquella frase.

—Hablo de los pequeños trabajos de impresión, de las tarjetas de visita, recordatorios, prospectos... Son de la clientela local, y la señorita Germana se ocupa de ello muy bien. Hay también los carteles para las compañías teatrales de paso y los dos cines. Lo más importante son nuestros diarios, nuestros boletines y nuestros almanaques. Tenemos dos linotipias que trabajan todo el día...

Alain ignoraba lo que eran linotipias, pero la palabra le gustó. Todo cuanto allí descubría le gustaba.

—Por curioso que le parezca, nosotros trabajamos para una clientela muy lejana. Por ejemplo, imprimimos cada semana un periódico que sale en La Rochelle y que cuenta con unos tres mil suscriptores. Tenemos otro diario de Orleans, sin contar con cierto número de boletines diocesanos y parroquiales. Somos nosotros también los que imprimimos el boletín semanal de la carnicería francesa, porque nuestros precios son muy inferiores a los de París y a los de la mayoría de las grandes ciudades. En total, una treintena de publicaciones, a las que cabe añadir los almanaques periódicos y, sobre todo, las peregrinaciones.

Mostró, en las estanterías, cajas llenas de fichas.

—Para los suscriptores, la expedición de las publicaciones se hace aquí mismo. Por lo tanto, hay listas que se deben llevar al día, y luego los diversos cambios de dirección, los boletines de renovación de suscripciones que se han de expedir a fin de año, y ahora es el momento. Ese trabajo de fichas es algo monótono, no se lo negaré y, no obstante, exige un cuidado minucioso, porque los suscriptores son susceptibles, y el menor error es causa de reclamaciones.

—Claro que podré hacerlo —dijo Alain.

Jaminet seguía vacilando. Entonces, Alain creyó comprender que el hombre se preguntaba si él era como los otros Malou. He ahí, en suma, lo que le inquietaba. ¿Acaso, aquel trabajo era un trabajo para alguien que se hubiese pasado toda su vida en la casa Malou y que fuese también un Malou?

—¿Sabe usted, señor? Yo soy muy minucioso. Puedo permanecer horas seguidas haciendo el mismo trabajo. Si usted se informa cerca de mis profesores, le dirán que...

¡Tenía miedo de soltar una palabra que aniquilara todas sus esperanzas! ¡Y un deseo tan grande de formar parte de la casa Jaminet!

—En cuanto al sueldo...

—Iba a hablarle de eso.

—Ahora estoy solo. No tengo muchas necesidades. Pienso instalarme en una

pensión de familia y, como me queda bastante ropa, me basta con ganar lo suficiente para pagar mi comida y mi habitación.

—¿Está aún aquí su mamá?

—Se fue ayer.

Se sonrojó. Temió que le hablara de su hermana Corina.

—¿No ha preferido usted probar fortuna en París?

Era curioso. Hubiérase dicho que comprendía. No obstante, era un hombre que llevaba una vida apacible y sin complicaciones.

—¿Me permite un instante?

Abrió el ventanillo y llamó.

—Emilio...

Era su hermano, el que Alain había visto en primer lugar, que no tardó en entrar en el despacho.

—El señor Malou está decidido a hacer un ensayo. Tiene buena voluntad. Le he puesto al corriente del trabajo que habrá de hacer.

Alain sospechó un peligro. Sin duda, el hermano mayor, a sus espaldas, le hacía al otro signos de descontento.

—Ven un momento —dijo el más joven—. Perdone, señor Malou.

Y se fueron al taller, donde Alain les vio discutir, de pie ante una gran mesa de metal. El más joven volvió solo después de algunos minutos. Había ganado la partida, pero no parecía muy satisfecho.

—Le ruego que comprenda nuestra vacilación. Los empleos de esa clase se suelen dar a jóvenes que salen de familias muy modestas y que están acostumbrados a cierta disciplina y a una vida austera...

—Yo le aseguro que...

—Le creo, señor Malou. Mi hermano y yo hemos decidido tomarlo a prueba. Es usted, sobre todo, quien tendrá que darse cuenta de sus posibilidades de adaptación a ese género de vida. Usted trabajará conmigo, porque mi hermano se ocupa más particularmente de la fabricación. ¿Cuándo estará dispuesto a empezar?

Estuvo a punto de responder:

—Ahora mismo.

Porque tenía miedo de que mudaran de opinión en cuanto hubiese vuelto la espalda.

—Mañana... —balbuceó.

—Bien, pues mañana. El despacho se abre a las nueve. Los comienzos quizá le desanimarán a causa de la renovación de suscripciones, porque es el período más pesado del año. ¿Tiene usted buena letra?

—Bastante buena.

—¿Sabe escribir a máquina?

—Un poco.

Para las últimas Navidades pidió, y la obtuvo, una máquina portátil, y durante los

últimos meses se había servido de ella para escribir sus deberes y sus composiciones.

—Pues así, hasta mañana, señor Malou.

¡Ya estaba! ¡Ya lo había logrado! ¡Ya era un hombre! ¡Se ganaba la vida! Todavía no había empezado a ganársela, pero se la ganaría mañana. Un gran triángulo de sol se dibujaba en el patio que atravesó. Toda una mitad de la calle del tranvía estaba bañada de sol. Anduvo a paso ligero y estuvo a punto de ir al colegio, de donde sus compañeros no tardarían en salir, para comunicarles la noticia.

Pero probablemente ellos no comprenderían su alegría, su liberación. Para que comprendieran les hubiera tenido que explicar muchas cosas, incluso lo de Corina.

No sabía a punto fijo adónde dirigirse para encontrar una pensión. Ése era un mundo que desconocía. Mas he ahí que de pronto, andando entre las gentes, llegaron hasta él, a ráfagas, olores, sonidos, imágenes. A menudo, cuando por las mañanas se dirigía al colegio, solía dar una vuelta, sobre todo en primavera, para pasar por la plaza, siempre animada, del mercado.

La plaza era antigua y las casas algo inclinadas. Casi todas eran cafés, posadas, que a las ocho de la mañana rebosaban de carreteros y de campesinas: rodeadas de canastos de legumbres, de frutas, de jaulas llenas de volatería cacareante.

Se percibía el olor del café y del vino blanco hasta de la acera. La casa de la esquina, techada de pizarra, era más antigua que las otras, con su gran patio siempre abarrotado de carretas y sus carricoches y sus cuadras, en cuya penumbra se oía el ruido de los cascos de los caballos.

«Las Tres Palomas», decía el rótulo.

Se bajaban dos peldaños. El suelo estaba embaldosado. Robustas mozas iban de una a otra mesa. Sin manteles encima de las mesas, se comían las vituallas traídas del campo, pero, más allá de un corredor, que olía a campo también, había otra sala enjalbegada, con visillos en las ventanas, una mesa redonda en el centro y mesitas alrededor.

¿Por qué había soñado siempre en comer en aquella sala, en dormir en una de aquellas habitaciones cuyas sábanas y colchones se ponían a airear en el antepecho de las ventanas?

Era como si fuese un lujo que se iba a pagar. Le dio tanta alegría que casi se avergonzó, al día siguiente del entierro de su padre, y mentalmente le pidió perdón.

En aquella hora del día, la animación de «Las Tres Palomas» era menor. La mayoría de los hortelanos y de los campesinos se había vuelto a marchar. Los que se habían quedado estaban ya saturados de vino y de aguardiente.

—Quisiera hablar con la dueña, si me hace el favor.

Una puerta abierta dejaba ver la cocina, a la derecha, con sus chirridos y sus olores fuertes, las mozas atareadas, y una mujer gorda de prominente barriga bajo su delantal, que preguntó con voz aguda:

—¿Qué pasa?

—Un joven que desea hablarle.

Tenía una sartén en la mano. La soltó, se secó los dedos con el delantal, enderezó su moño y se colocó detrás del mostrador.

—¿Qué se le ofrece para su servicio, joven?

Arqueó las cejas. También debió de preguntarse dónde le había visto.

—Perdone, señora. Quisiera saber si puede tomarme a pensión.

—¿Para cuánto tiempo?

—No lo sé. Sin duda para varios meses, por mucho tiempo.

—¿Viene de París?

—No.

—¿Está en algún servicio público? ¿En el Tribunal quizá? Tenemos a uno de esos señores del Tribunal que toma aquí sus comidas.

—Trabajo en la imprenta Jaminet.

La mujer llamó:

—Desiderio.

Y un hombre ya viejo, blando, con el pantalón que se le caía de la cintura, se levantó de una mesa en la que bebía con unos parroquianos.

—Este joven quisiera tomar pensión en casa. ¿Crees que la habitación número 13 estará libre?

—No escribió, ¿verdad?

—No; pero avisó que volvería.

—Pero desde el momento que no ha escrito...

Y dirigió una mirada de indiferencia a Alain.

—¿Le has dicho el precio?

—Todavía no.

—¿Y le has dicho que no nos gusta que vuelvan tarde a casa?

Porque se tenían que levantar de madrugada a causa del mercado. Alain se volvió a encontrar en el mismo estado de ánimo que en la imprenta. Le pareció que era necesario que a toda costa obtuviera aquella habitación número 13 y que no podría vivir en otra parte más que en aquella casa.

—No retiro tarde nunca.

—¡A su edad sería una lástima! ¿Hace mucho que se ha separado de su familia?

—Mi padre ha fallecido.

—¡Ah, ya comprendo! Le advierto, para que lo sepa, que aquí no se mete la olla grande en el puchero chico. Aquí a la buena de Dios. Yo misma hago la cocina y respondo de ella. Pero en cuanto a exigencias...

El dueño había vuelto a su mesa en la que se sirvió vino y reanudó la conversación que sostenía con un par de campesinos.

—¿Tiene usted equipaje?

—Lo traeré luego. Dentro de media hora.

—¿Están en regla sus papeles?

—Ya se los enseñaré.

—En cuanto al precio será el de treinta francos por día, con un cuartillo de vino a cada comida. Se le servirán entremeses, un principio, carne, queso y postre o fruta. Si desea ver su habitación...

Dijo que no. Tenía demasiada prisa de instalarse en la casa con sus cosas. No sabía todavía si el precio correspondía a lo que iba a ganar. El señor Jaminet se había olvidado de decirle su salario.

—Vuelvo en seguida —dijo febrilmente.

—¿Vive usted aquí?

—Sí. Dentro de media hora...

Corrió más bien que anduvo hasta el Hotel del Comercio. Detuvo un taxi delante de la estación y metió en él sus maletas.

—A «Las Tres Palomas»...

No había visto a Corina. No quería preocuparse por ella. A partir de aquel momento tenía su vida propia y tal era su prisa para entrar en aquella vida que un embrollo de coches que le detuvo algún rato en un cruce de calles le pareció como una amenaza. ¿Y si en su ausencia habían alquilado la habitación número 13? Aquella gente no sabía su nombre. Podían pensar que no volvería.

Se apeó del coche precipitadamente.

—Aquí estoy —dijo.

—¡Caramba! ¡Sí que ha ido aprisa! ¿Quiere comer primero o empezar a subir sus cosas? Esos señores no han llegado todavía. Dispone usted de algunos momentos. Aquí se suelen sentar a la mesa a las doce y media. ¡Julia! ¡Ven acá! Lleva al joven al número 13. Mira primero si la habitación está arreglada.

Todo estaba bien, la vieja escalera con sus olores, el corredor raro, arriba, con sus revueltas imprevistas, de peldaños aún más imprevistos, con los números en las puertas pintadas de color verde claro, y la luz que se vertía del techo por un linternón.

La habitación era mayor de lo que se imaginaba, mayor que la del Hotel del Comercio; en el suelo, de pequeños ladrillos encarnados, había dos alfombras tendidas. Había una cama de hierro con un crucifijo encima, una chimenea negra, un tocador sin agua corriente y la ventana era tan baja, tan cerca del suelo, que uno casi tenía que agacharse para asomarse a ella.

—¿Tiene todo lo que necesita?

Una mesa redonda, de caoba, dos sillas dispares, una de ellas con asiento de anea, y un butacón Voltaire. En cuanto a la ropa, se colgaba de la pared y se cubría con una cortina de cretona floreada.

Era claro. Alegre. Demasiado alegre. Le sabía mal estar tan contento. Se acordaba de las miradas de su primo Beltrán, que parecía envidiarle; de las miradas de Peters, el pelirrojo, que también parecía pensar que tenía mucha suerte.

Le daba vergüenza. Mientras vaciaba sus maletas, cuyo contenido depositaba encima de la cama, se iba murmurando:

—¡Perdón, papá!

Mañana por la mañana trabajaría cerca de la señorita Germana, que apenas había entrevisto, pero que ya amaba porque formaba parte del mundo en que él entraba. Y el domingo iría a visitar a Francisco Foucret.

Ni un solo momento pensó en su madre ni en su hermana. Bajó la escalera, a la que no se había acostumbrado todavía, y que daba vueltas raras, y sintió una manó que se le ponía en el hombro.

—¡Por aquí, joven! Tome a la izquierda por el corredor. Esos señores acaban de sentarse a la mesa.

Se sonrojó al franquear la puerta del comedor, porque en el momento de entrar en la vida se dio cuenta de todas sus torpezas y de toda su ignorancia. ¡Tenía la impresión de llegar con las manos tan vacías!

V

ALAIN había tomado el tranvía número 3 poco después de las dos, casi frente al Café de París. Era domingo. Hacía un poco de sol, pero la brisa, en ciertas encrucijadas, mordisqueaba la nariz y las orejas. Aquella mañana, por la ventana de su habitación, había visto por primera vez en aquel invierno un ligero vaho que exhalaba la boca de la gente que se apresuraba para ir a misa; y los adoquines resonaban secamente bajo los tacones.

No había pensado en que el tranvía número 3 conducía también al cementerio y frunció un momento las cejas al ver a tres o cuatro familias que llevaban crisantemos.

No iba al cementerio. Iba más lejos. La calle, en cierto punto, se ensanchaba, se convertía en carretera sin dejar de estar adoquinada y bordeada por ambos lados de casas de un piso, grises la mayoría y algunas de ladrillos encarnados.

A la derecha se veía, por encima de los tejados, la colina a la que las casas estaban adosadas, y de todas las chimeneas salía humo que dibujaba volutas, y a veces torbellinos, sobre el sombrío declive despojado de verdor durante el invierno.

A la izquierda, por lo contrario, la hilera de casas estaba como suspendida al borde del valle, de manera que el cielo parecía allí más profundo que en cualquier otra parte.

Fue más allá del cementerio, donde se apearon la mayoría de las familias. La gente que se quedó en el tranvía llevaban paquetes, y Alain comprendió, cuando la vio apearse delante del hospital, que era día de visita. Enfrente había una posada con mesas y bancos pintados de verde en la terraza y reclamos transparentes en los cristales.

El tranvía iba todavía cien metros más lejos y allí daba media vuelta, se cambiaba el trole y la vía se acababa. Las casas empezaban a escasear. Había espacio entre ellas, muros bajos, setos con jardincillos detrás. Se veían conejeras construidas con tablas viejas, gallinas aglomeradas detrás, del gallinero y, sobre la tierra negra, algunas coles de un verde oscuro y algunos puerros de hojas amarillentas.

Alain andaba con las manos en los bolsillos, y las casas se iban haciendo cada vez más raras. Los autos le dejaban atrás. Era la primera vez que recorría aquel camino, a pie, y observaba que la calle era verdaderamente larga, que la ciudad no se acababa y que los arrabales mordían muy lejos en el campo.

Después de una bomba de bencina y cuando la ruta dibujaba una curva, vio un tablero gigantesco, cinco o seis veces mayor que los que anuncian los aperitivos o las marcas de neumáticos a lo largo de las carreteras de Francia:

«EN MALOUILLE ENCONTRARÉIS EL SITIO Y LA CASA DE VUESTROS SUEÑOS».

Una flecha de varios metros de largo indicaba la dirección que Alain siguió. La

colina, a su derecha, estaba cubierta de árboles. Pasó un corral de madera, luego una verdadera granja. Llegó a una encrucijada y la carretera de París continuaba hacia la izquierda, descendía suavemente por el valle, en el que se deslizaba un río, y él tomó hacia la derecha, por el flanco de la colina. Poco a poco, el paisaje se iba transformando.

Ahora, grandes bosques alternaban con los prados, en los que pacían vacas blancas. Muy lejos, entre los árboles, se destacaban dos torres sobre el pálido azul del cielo; eran las del castillo de Estier al que todas esas tierras pertenecieron antaño.

«MALOUVILLE: 1 Km».

Y su corazón palpitó. Hacía mucho tiempo, muchos meses, que no había estado por aquí. En una revuelta del camino se descubrió Malouville a su vista, y era, en el sol de aquel domingo, un espectáculo alucinante.

En el flanco derecho del camino y en una ancha curva, la colina se aplastaba un poco, no dibujaba más que leves declives y vista de lejos era un barullo claro de casas blancas, rosadas y rojas lo que surgía entre el verdor.

No era un pueblo como los demás. No era una ciudad. Anchas avenidas dibujadas por árboles que, plantados sólo hacía unos años, eran aún endebles; y las avenidas llevaban los nombres de esos árboles: Avenida de las Acacias, Avenida de los Tilos, Avenida de los Pinos, Avenida de los Robles...

A la izquierda, antes de llegar, se pasaba por delante de vastas construcciones, que encabezaban las palabras «Eugenio Malou y Cía.» en letras monumentales. Eran las oficinas, los talleres. Durante años, había reinado allí una vida intensa, pero actualmente todas las puertas estaban selladas y una copia de la sentencia de embargo estaba pegada a uno de los cristales.

Siguió andando con su paso largo y llegó a las primeras casas, que en nada recordaban las que acababa de ver en la carretera grande. Eran más bien chalets, juguetes, hasta el punto de que uno podía preguntarse si se las había construido para ser habitadas o para recreo de la vista.

Estaban espaciosamente separadas unas de otras por prados, por jardines, y todos los colores del arco iris, los más vivos, se encontraban allí, y también todas las formas que los niños se ingenian en construir con un juego de cubos.

Salía humo de algunas chimeneas. Algunos visillos se movían a su paso. Unas cuarenta casas, por lo menos, estaban habitadas, casi otras tantas permanecían vacías; algunas, sin terminar, sin puertas ni ventanas; y por todas partes, entre ellas, terrenos ya jalonados esperaban comprador.

Las avenidas, las calles, estaban trazadas, asfaltadas, con sus aceras, sus postes eléctricos y telefónicos. Algunas que todavía no contaban con ninguna casa llevaban, no obstante, una placa con su nombre.

Dio un rodeo para pasar por la plaza central que hacía pensar en una exposición

universal, con su gran estanque de mosaico, su césped, sus macizos, su surtidor que no funcionaba, sus bancos demasiado nuevos y su quiosco de música.

Alain fue allí un día con su padre. Eugenio Malou le paseó por aquellas avenidas, y se detuvo delante del estanque, donde, en aquella época, nadaban peces de colores.

Alain había señalado un zócalo de mármol que se erguía, en medio del estanque.

—¿Qué es lo que se va a poner aquí? —preguntó.

Entonces su padre le puso, una mano en el hombro con un gesto que le era familiar. Y dijo, medio en serio, medio irónicamente... no se podía saber nunca cuando él hablaba así:

—Un día, sin duda, pondrán aquí mi estatua.

Anduvo de nuevo, llegó al barrio sur de Malouville y llamó a la puerta de la única casa habitada en aquel sector-.

Fue la señora Foucret la que vino a abrirle, en delantal y llevando en la mano una sopera que estaba enjugando.

—¡Señor Alain! —exclamó—. ¡Qué alegría va a tener mi marido! Figúrese usted que mientras estábamos almorzando me ha dicho que no le extrañaría que usted viniera a vernos hoy.

—¿Ha salido?

—¡No! Por eso no ha querido ir a pescar. Está aquí.

Y, señalando la habitación vecina, hablaba bajo a pesar suyo.

—¿Duerme?

—No importa. Hace la siesta como todos los domingos. Yo le hago enfadar a veces. Ahora, ¿verdad?, puede hacer la siesta todos los días. Pero entre semana no la hace. No importa que disponga de su tiempo. Ello no le cambia en nada. No se acostaría por todo el oro del mundo. ¡Ah, pero los domingos!...

Y llamó, abriendo la puerta:

—¡Foucret!... ¡Foucret!... Es el señor Alain... Quítese el abrigo, señor Alain, no se vaya a enfriar al salir. Estoy algo en retraso con mi vajilla porque hemos tenido una visita esta mañana y almorzamos tarde.

La radio, en un rincón, tocaba en sordina. La casa, en el interior, tenía el mismo aspecto de juguete que por fuera, con sus habitaciones combinadas para obtener el máximo de comodidad y de alegría. Las ventanas eran anchas, la cocina toda blanca, sus utensilios esmaltados.

Francisco Foucret se presentó en el cuadro de la puerta con su pelo gris un poco enmarañado, una guía de su bigote cayéndole sobre los labios y, mientras iba hablando, alcanzaba sus tirantes, que le colgaban de la espalda, y los pasaba sobre su camisa blanca.

—Precisamente le decía a mi mujer...

—Ya se lo he explicado.

—Perdóneme que le reciba así. Los domingos...

—Ya lo sabe. Acabamos de hablar un momento...

—¿Una copita para calentarse, señor Alain?

—Gracias. No bebo nunca alcohol.

—Siéntese. Póngase con comodidad. Tome la butaca. ¿No le ha parecido demasiado largo el camino?

Encendió una pipa de espuma con tubo de cerezo.

—¡Y decir que es, sobre todo, a causa de esto que le vencieron! ¡Con sus consagrados cuatro kilómetros de carretera! Al principio, cuando todo el mundo estaba con él, a ese problema no se le daba importancia.

Nada tan fácil —decían— como prolongar los raíles del tranvía. En vez de pararse en la Genette irá hasta Malouville.

Le prometieron un autobús; todo lo que quisiera.

El Consejo Municipal lo ha deliberado diez veces, veinte veces. Y cada vez su padre untaba las ruedas. Los hay, entre aquellos señores, que se llenaron la alcancía, se lo juro.

Y, un día, se dieron cuenta de que aquello no les competía, de que Malouville no estaba en los territorios del Municipio y de que era necesario, dirigirse al Consejo departamental.

Y venga pasar meses, por no decir años. Siempre untando poleas, dando banquetes, ofreciendo regalos, prestando pequeños servicios de todas clases.

—Dentro de algunas semanas tendrá usted su línea de autobuses, señor Malou. ¡Cuenta con ella!

Y se iba construyendo. Y se terminó la carretera, que costó millones.

Y, luego, he aquí que aquello no competía ya al Departamento, sino a «Puentes y Calzadas», y que el asunto dependía de París...

¡Valientes canallas!... ¡Bah! Su padre volvió a empezar en París, visitó diputados, ministros, que le costaron más caros aún y que, a cambio de su dinero, sólo le daban bellas palabras.

Entonces, como la gente de aquí se enfadaba, cosa comprensible, porque para quien trabaja es muy pesado ir dos veces cada día a la ciudad a pie y regresar ya caída la noche, entonces, digo, su padre quiso acabar con eso y compró un coche para asegurar él mismo el servicio.

No sé si se acuerda del escándalo que se promovió. Se le negó el derecho de transportar viajeros. Se le denegó la licencia. La compañía de los tranvías y la de los autobuses intentaron un proceso.

Me creará si lo quiere, pero su padre no se amilanó.

—¿Me niegan el derecho de ser empresario de transportes? —respondió—. ¡Sea! No haré pagar. Transportaré a los pasajeros gratis.

Y todavía encontraron no sé qué artículo de ley para impedírselo.

Yo me pregunté si finalmente no iba a ser más fuerte que ellos.

—¿No queréis que los transporte en mi coche? ¡Sea! Ya no tengo coche. Ya no me pertenece. Lo he vendido a los habitantes de Malouville y cada uno de ellos posee

una acción. Ellos tienen el derecho de reunirse para comprar un autocar y viajar en ese vehículo que les pertenece.

Hubo litigio. Fue su padre quien finalmente tuvo culpa.

¿Sabía usted esa historia?

—No conocía los detalles.

No se atrevió a decir que no sabía casi nada de los negocios de su padre, ni de su padre mismo. Aquel hombre que tenía delante, sólido, apacible, que fumaba su pipa a pequeñas bocanadas, sabía más de Eugenio Malou que su propio hijo.

—Parece que ahora está usted solo.

—¿Se lo han dicho?

—La gente habla mucho. Y ahora los hay hasta entre los que más se encarnizaron que lamentan... Según lo que me han dicho, ¿su madre está en París?

—En casa de tía Juana, sí. Yo trabajo desde el viernes.

—Si no fuera tan lejos, yo tenía la intención de pedirle que viviera aquí, donde hay sitio. Pero hasta en bicicleta el camino resulta pesado y muy frío en invierno.

—Estoy empleado en la imprenta Jaminet y vivo a pensión en «Las Tres Palomas».

Foucret y su mujer se miraron. Alain se preguntó lo que pensaban. Parecían compadecerle y no comprendía por qué, cuando nunca en su vida había sido tan feliz.

—El señor Jaminet es muy amable, y el más joven sobre todo, el señor Alberto. Su secretaria también, la señorita Germana.

Se llenaba la boca con sus nombres. Los pronunciaba como un niño que acaba de entrar en la escuela y cita los nombres de sus profesores.

—La señora Poignard igualmente; la dueña de «Las Tres Palomas» es muy amable conmigo y me cuida bien...

—Melania —precisó la señora Foucret desde su habitación, en la que estaba arreglándose y cuya puerta había dejado entreabierta.

—Todo el mundo la llama así. Me ha dicho que yo también la llamara así, pero no me atrevo.

—Es una buena mujer. Si su marido bebiese un poco menos... Pero es el comercio que lo exige.

Y Alain era feliz hablando del viejo Poignard que estaba algo bebido desde la mañana. A medida que avanzaba el día se iba poniendo más encarnado, más blando, los ojos le saltaban un poco más de la cara, pero sólo un ligero balbuceo delataba su embriaguez.

—¿Comerá un pedazo de bizcocho con nosotros? Voy a preparar café.

—No se moleste por mí, señora Foucret.

—Ninguna molestia. Ya ha visto lo práctica que es la cocina. Es de lo mejor que hay en...

Se calló, y Foucret se apresuró a hablar de otra cosa. Olvidando que hablaba al hijo de Eugenio Malou, poco se le faltó para que dijera:

—Es lo mejor que hay en la casa...

Alain comprendió. Tanto más cuanto que un leve malestar había hecho presa en él desde que entró. En verdad la casa era bonita y elegante. Pero no dejaba por eso de darse cuenta de que le faltaba algo. Por ejemplo, el sillón en que estaba sentado, un sillón de mimbre con cojines encarnados, no tenía en ningún lugar un sitio determinado, como sucedía en las casas que había visto por el camino. Se le hubiera podido poner en cualquier lugar.

Los muebles viejos de los Foucret parecían también extraviados en aquel ambiente. Foucret mismo lo parecía con su camisa blanca sin cuello, sus tirantes y sus zapatillas.

Alain se acordaba de los jardincitos detrás de los setos, de los bancales de coles, de las conejeras, de las gallinas y de los estercoleros. Se acordaba de haber visto, las noches de verano, a los hombres cómo cavaban y a las mujeres como regaban los arriates en que brotaban las legumbres precoces.

¿Era admisible el construir tales cabañas alrededor de las casas de Malouville? ¿Se podía acaso salir fuera con zuecos y en mangas de camisa?

Había cerca de la plaza, en lugar de las tiendas sombrías de los suburbios, de las viejas vendedoras de legumbres y de las abacerías que olían a canela y a petróleo, con bocales de bombones aglutinados en el aparador, había aquí una cooperativa vasta y luminosa en la que las mercancías estaban ordenadas en anaqueles de madera clara.

—¡Cuando pienso en todas las zancadillas que le hicieron!

—¿Cree usted que la gente que vive aquí está contenta?

Algo confuso, algo vacilante, Foucret respondió:

—Se acostumbran. Se acostumbrarán. Su padre de usted se anticipaba. Por ejemplo, cuando se le objetó que el parcelamiento estaba a cinco kilómetros de la ciudad, cogió un papel y un lápiz. Citó cifras, el número de autos que se venden cada año, y probó que dentro de poco tiempo habría muchos menos matrimonios sin coche que matrimonios con coche...

Y entonces, ¿no es verdad?, cuando se posee un auto uno desea servirse de él.

Se le decía que a la gente, sobre todo a los pequeños rentistas —y son pequeños rentistas los que vinieron a vivir aquí—, les gusta tener un jardín con legumbres, animales...

Él replicó que los huevos salen más caros que en el almacén, que los conejos son una preocupación y no rinden, y que dentro de unos años nadie se tomaría la molestia de plantar legumbres.

Parece que le estoy oyendo cuando exclamaba:

—¿Y el cine? ¡Olvidan el cine! No se puede ir al cine y regar un jardín. Ahora bien, el cine...

Y daba más cifras, el número de salas, la cantidad de gente que a ellas acude cada noche. Quería construir una sala en Malouville. Hay ya juegos de bolos, dos campos de tenis...

—Habría una piscina —afirmaba—, y la gente preferiría bañarse las tardes de verano que ir a recoger hierba para los conejos.

Se adelantaba, ¿comprende?...

Pero Francisco Foucret, ¿no le ponía buena cara al pan duro? ¿No hubiese preferido también una de esas casas al borde de la carretera, no lejos del tranvía y de la ciudad, con un jardinucho y las barracas de madera?

—Al principio todos estaban con él, todos sin excepción. Usted es demasiado joven para comprender. Su padre podía decir más cosas que el alcalde y que el diputado, que estaban muy orgullosos de dejarse ver con él. Me acuerdo de los grandes banquetes, especialmente cuando un ministro vino de París para imponerle la Legión de Honor. Yo estuve allí, no en la mesa oficial, pero estuve porque su padre siempre quiso que su personal participase en todos los regocijos. Se afirmó entonces que Malouville sería la ciudad modelo en la que todas las otras vendrían a inspirarse...

La señora Foucret puso encima de la mesa un mantel a cuadros encarnados y sacó vajilla del bufete.

—Las dificultades sólo empezaron a los dos o tres años, cuando se dieron cuenta de que la cosa iba a costar más cara de lo que se había previsto. Fue la historia de las cloacas lo que promovió las primeras campañas. Sería muy largo de explicar.

Luego hubo gente, concejales entre otros, que habían recibido parcelas gratuitamente y las vendieron a cualquier precio para especular y con ello hacer dinero.

Bigois se puso de la partida, no sé por qué, puesto que durante cierto tiempo pretendía ser el mejor amigo de su padre y era en su casa donde éste se hacía editar los impresos antes de encargarlos a Jaminet.

¡Es mucha la canalla, señor Alain! Me parece que a mi mujer le gustaría que nos sentáramos a la mesa...

¿No le resulta demasiado pesado su trabajo en la imprenta?

—Por el momento soy muy feliz.

—Su padre me hablaba mucho de usted.

Su mujer le miró como para llamarlo al orden. ¿Qué hubiera podido decir que no debiera?

—¡Como que le amaba mucho! Usted quizá no se daría cuenta, porque él era un hombre que tenía el pudor de esas cosas. Vea. Cuando me dio esta casa... No se había hablado de nada. Me encargó que dirigiera los trabajos y añadió:

—Hazla a tu gusto.

Porque tuteaba casi a todo el mundo.

—Es justo que te hagas una a tu gusto. Ya veremos lo que resulta.

Pues bien, cuando estuvo terminada la vino a ver.

—¿Crees tú que está bien?

—Creo que sí, señor Malou.

—¿Te gusta de veras?

—Si el que compre esta casa no está contento, será muy exigente.

—Pues bien, no has de hacer sino traer aquí tus muebles y yo vendré a inaugurarla con una comida.

Luego, cuando vino a romper la botella de champaña, puso encima de la mesa, una escritura de cesión con todos los requisitos legales.

Yo estaba aún más contento cuando, los días que venía a darse una vuelta por los talleres, se paraba aquí y se sentaba en este sitio en que ahora está usted. Reclamaba un vaso de vino tinto, de peleón, porque no le gustaban los vinos embotellados que le servían en sus recepciones.

—¡Un trago de peleón, Francisco!

Lo han vencido, señor Alain, pero eso no significa que todo haya concluido...

Otra mirada de la mujer.

—Pruebe el bizcocho que hace mi esposa. Más de una vez lo comió su padre. Si me lo permite, yo también voy a echar un trago de tinto, porque el café no me dice nada a esta hora. Si el corazón se lo pide...

El ambiente era suave; reinaba en él un perfume azucarado. Alain casi olvidaba que su padre había fallecido. Tenía la impresión de que iba a verle, a hablarle; al mismo tiempo estaba un poco celoso de que los Foucret le hubiesen conocido mejor que él.

—¿Qué edad tiene usted, señor Alain?

—Cumpliré diecisiete años dentro de un mes.

Otra mirada de la señora Foucret a su marido. Una mirada que significaba:

—¡Ya lo ves!

¿Acaso le ocultaban algo? ¿Acaso no lo podían decir todo delante de él?

—Sólo que —añadió Alain— desde hace algunos días tengo la impresión de que soy mucho mayor.

—Tendrá que venir a vernos a menudo. Un domingo daremos una vuelta por Malouville y le contaré la historia de cada piedra. No sé lo que van a hacer ahora. Parece que la mayor parte de las acciones están en manos del conde y de Bigois. Se dice que obtendrán sin dificultades una línea de autobuses y que el año que viene construirán una cincuentena de casas. Como se dice aquí, siempre ha de haber quien pague el pato, ¿comprende? De todos modos, de no haber venido su padre esto seguiría siendo el parque del señor de Estier...

Hay un detalle que quizá usted no sepa y que es necesario que le diga. ¿Sabe cómo se hizo conde? Yo lo sé por un sobrino mío que es pasante en una notaría de la ciudad. Su familia, antes de la Revolución, era simplemente una familia de traficantes en ganado y se llamaban Patard. Recorrían las ferias chalaneando. Aderezaban los caballos. Cuando vino la Revolución compraron bienes nacionales y el castillo, que pertenecía a los condes de Estier. Se cuenta que fueron los mismos Patard los que denunciaron a éstos, que estaban escondidos en una granja, y los hicieron decapitar.

Ocuparon su residencia y luego, cuarenta años después, se las arreglaron para cambiar de nombre y hacerse dar su título. Su padre se rió mucho cuando se lo expliqué. Aquel día, estoy seguro de que le divertí.

—¿Un poco más de bizcocho, señor Alain?

Tenía la boca llena de aquella pasta crujiente, azucarada, perfumada, que se deshacía en la boca, y la cabeza se le iba un poco en el dulce calor de aquel hogar.

—¡Otras cosas, le contaré, ciertamente! Comprendo ahora perfectamente que su padre, ocupado como estaba, no pudiera decírselo todo. Los hay que le darán la mano, cualquier día de éstos y que son unos crápulas. Hay otros que...

Mirada de la señora Foucret. Acababa de pasar una sombra por los visillos. Fuera, un hombre se sacudía los zapatos antes de empujar la puerta. Entró con una caña de pescar en la mano y en la otra un saco en el que había algunos pescados.

—Dispensen —dijo al ver al invitado.

Y Foucret:

—¡Entra! Supongo que le conoces. Es el hijo de Eugenio...

Se mordió los labios y añadió rápidamente:

—De Eugenio Malou. Es Alain...

—¿Va usted a tomar un bocado con nosotros, señor José?

¿Por qué se produjo cierto malestar? Se sentía que aquel incidente no había sido previsto. El hombre depositó los pescados en el vertedero de la cocina, se enjugó las manos con una toalla ribeteada de rojo que allí colgaba y dio la mano derecha a Alain.

—Encantado, joven.

Se corrigió, también él.

—Encantado, señor Malou. Le pido que me perdone que vaya tan sucio. Estuve en un lugar fangoso y resbalé.

—Ve a mudarte —le dijo Foucret.

Porque su pantalón de pana tenía barro hasta la altura de las rodillas.

—Date prisa y ven a comer un bocado.

De modo que el recién llegado ocupaba una habitación allí, a la que se dirigió como si estuviera en su casa. La señora Foucret puso otro cubierto y cortó un pedazo de bizcocho.

En voz baja, Foucret explicó:

—Es un hombre magnífico, señor Alain, un hombre a quien su padre también quería mucho.

Su mujer era decididamente la guardiana de los secretos de la casa, puesto que dirigió a su marido otra mirada severa. En cuanto a Francisco Foucret, éste tenía deseos de decirlo todo. Sus miradas significaban:

—¡Pero si ya es un mozo, si es un hombre, si es el hijo de Eugenio y delante de él se puede hablar!...

Ella, no obstante, apretaba los labios para invitarle al silencio y él no sabía qué

hacer.

—¿De modo que su madre se fue? —dijo el recién llegado a quien habían llamado José, al entrar en el comedor con un pantalón limpio.

Tenía una mirada recta que no vacilaba, y la voz algo recia. Las palabras que acababa de pronunciar cayeron de sus labios como una acusación.

—Está en París, en casa de tía Juana.

—Y tu...

Se corrigió:

—¿Y su hermana Corina?

Alain se calló, avergonzado. ¿Por qué le parecía, de pronto, que aquella gente tenía tantos títulos como él para ocuparse de su familia? A pesar de las precauciones que tomaban, a pesar de las reticencias, parecían ser tanto como él los herederos de Eugenio Malou.

—Con Fabien, supongo.

Observaba al joven. Había algo de dureza y, no obstante, de simpatía en su mirada.

—¿Por qué no acompañó a su madre a París?

Alain tenía casi deseos de llorar. Hubiera deseado tanto decir:

—Porque mi deber era el de quedarme aquí con mi padre. Porque alguien debió quedarse aquí para...

No hubiera podido decir más. Prefirió declarar no sin orgullo:

—Trabajo.

—En casa de Jaminet —interrumpió Foucret.

—¿Vive usted con su hermana?

Alain quería permanecer tranquilo.

—Vivo en «Las Tres Palomas».

Ahora, los otros dos se iban reemplazando para hacerle signos al llamado José.

Era un hombre más bien bajo, muy delgado, que, a causa de eso parecía joven. Cuando se miraba de cerca su cara, se veía que estaba surcada de arrugas finas y profundas como las que se suelen ver más en las viejas que en los hombres.

Se daba uno cuenta de que su cuerpo era duro como el hierro. Tenía los ojos pardos, pequeños también y brillantes.

—¿No ha probado su hermano Edgardo de hacerle entrar en la administración?

Lo sabían todo. Lo adivinaban todo. Y había en la voz del tal José algo de agresivo y de tierno al mismo tiempo.

Alain se sentía, ante él, helado, pero atraído. Le parecía que no era más que un niño que por primera vez se encontraba con hombres, y hubiera deseado probarles que también era un hombre en el que se podía confiar.

No eran enemigos. De haberlo sido no hubieran conocido a su padre como le conocían.

—¿Eugenio...?

Se volvió a corregir otra vez. Los tres pasaban el tiempo enmendándose, lo que indicaba que fuera de su presencia hablaban otro lenguaje.

—¿Su padre de usted pudo retener sus papeles?

—Soy yo quien los tiene. Hay una maleta llena de ellos. Me los llevé al hotel. Y los leeré. Quiero leerlos...

Tenía deseos de gritarles:

—¿Por qué no tienen confianza conmigo? Ustedes saben cosas que yo no sé. Soy joven. Mi padre hablaba poco de sus negocios en casa. Evitaba el hablar de ellos delante de mí. Sólo de vez en cuando me ponía la mano en el hombro y entonces tenía la impresión de darme cuenta de su afecto; y me decía que contaba conmigo, que un día...

Francisco Foucret, cargando una pipa que había cogido de un anaquel, dijo lentamente:

—Mire, señor Alain, José Bourgues es un viejo amigo de su padre... ¡Déjame en paz, María! Este muchacho ya es bastante mayor para que lo sepa todo...

Sin duda su mujer había tratado otra vez de hacerle callar.

—José Bourgues conoce mejor que nadie a su padre. Es todo cuanto puedo decirle. Él hará lo que quiera; en cuanto a mí...

No terminó, y su frase fue seguida por un largo silencio. Bourgues comió un pedazo de bizcocho que regó con vino tinto. Seguía observando al joven.

—¿Qué edad tiene usted?

—Cumpliré diecisiete años dentro de un mes.

María Foucret parecía decirle:

—¡Es joven!

—¿Y está contento de trabajar?

—Aunque alguien se ofreciera a pagarme los estudios, me negaría a volver al colegio.

—¿Por qué?

La pregunta cayó tajante, como todas las palabras de aquel hombrecito flaco.

No hubiera podido explicarlo. Porque tenía la impresión de vivir como los demás, de no seguir andando al margen de la multitud, sino entre la multitud. Porque en «Las Tres Palomas»... ¡Pero no! Era más complicado que eso. Era incapaz de explicar lo que sentía y tenía ganas de llorar, al darse cuenta de su impotencia.

¡Hubiera querido tanto estar situado en el mismo plano que ellos y obtener su confianza!

—En suma, que ha preferido estar solo.

Balbuceó sin comprender bien el sentido de las palabras que pronunciaba:

—Sí. Con mi padre...

—Siendo así, tendrá que volver a verme.

—Con mucho gusto.

—Porque tengo muchas cosas que contarle.

Alain le creyó. Tenía confianza en él a pesar de su tono tajante. Los dos Foucret, ahora, marido y mujer, pasaron a segundo término, como si cedieran la plaza a aquel hombrecito flaco, como si éste fuese el único que tuviera derecho a hablar.

—¿No tiene usted miedo?

—¿De qué?

—De cualquier cosa.

—Yo quiero...

Las palabras no le salían de la garganta, por respeto humano. Iba a afirmar:

Quiero conocer a mi padre. Quiero hacer lo que a mi padre le hubiera gustado que hiciera. A los demás, los detesto.

¡A su hermana, sí! ¡A su hermano, sí! ¿A su madre? Estuvo tentado a decir que sí, se dio cuenta de ello por primera vez. Se avergonzaba de ello, pero no podía evitarlo. ¡Y a su tía Juana, y a su tío, y a su primo! Se acordaba de aquella huida inmediatamente después del entierro, y él se agarraba a aquel hombre, a Eugenio Malou, que fue su padre, que tan poco conocía, que conocía apenas, y con el que todo el mundo se encarnizó.

Las lágrimas se le asomaban a los ojos.

—Los detesto... —dijo cerrando los puños.

—Tendrá que venir a verme. Yo no tengo el derecho de ir a la ciudad, de modo que será preciso que usted se moleste. Vale más no pronunciar mi nombre ante nadie.

Vaciló, y con la mirada clavada en los ojos del chico, dijo:

—Recuérdelo bien: José Bourgues. Diez años de presidio. Diez años de doblamiento^[1]. Evadido de Cayena gracias a Eugenio... quiero decir gracias a Eugenio Malou... Diez años en La Habana... Ya se lo contaré otro día... Después de todo lo cual Eugenio encontró manera de hacerme venir aquí...

Su mirada era intensa, intensa.

—¿No es demasiado fuerte para usted?

—No comprendo lo que quiere decir.

—¿No le entran ganas de dejarnos?

—No.

—¿No tiene miedo?

—No.

—Entonces nos veremos a menudo, Alain.

Su nombre, de golpe, su nombre no precedido de la palabra señor, fue para Alain una especie de consagración que le produjo un gozo inolvidable. Su corazón le palpitó en el pecho vivamente.

—Si mi padre...

—¡No hable de Eugenio antes de saber! —atajó José Bourgues, levantándose y encendiendo un cigarrillo.

Empezaba a oscurecer. La señora Foucret estaba sentada a la mesa, con las dos manos sobre la barriga. Pensó que ya era el momento de levantar los cubiertos y

suspiró.

—Eugenio era un gran tipo —prosiguió Bourges como si buscara en torno suyo una contradicción, para tener la ocasión de saltar.

Repitió:

—¡Un gran tipo! ¡Ya lo verá usted!

Y, con un gesto seco, pulsó el interruptor eléctrico, que disipó la penumbra.

VI

ERA su hora preferida. No antes de que se hubiesen encendido las luces del despacho y del taller, porque no le gustaba ver entonces cómo el día se arrastraba fuera, sobre todo la claridad grisácea del patio, y a menudo se tenía que encender más pronto, y a veces durante todo el día. El comienzo de su hora, como él la llamaba en su pensamiento, era el momento en que los niños volvían de la escuela.

Hacía ya cierto tiempo que las bombillas eléctricas estaban encendidas. La estufa de hierro colado ronroneaba. Era una estufa de modelo antiguo como ya no las había en ningún lado, y hubiérase dicho que tenía vida propia, que era un personaje y no el menos importante del despacho. Había logrado que se le confiara su cuidado. La señorita Germana, antes que él, era quien la cargaba de vez en cuando y sacudía las cenizas con la punta del atizador.

Los primeros días la miraba hacer con envidia, como un niño. No se atrevió todavía a ofrecerse. Se sentía demasiado novato. Pero una vez que el cubo del carbón estaba vacío y fue a llenarlo bajo el cobertizo, dijo, abriendo la tapa de la estufa:

—¿Me lo permite?

Había, al lado del despacho, una escalera que conducía al primer piso, en el que se encontraban frente por frente los alojamientos de los dos hermanos. El corredor comunicaba directamente con el patio, pero la puerta del despacho que daba al corredor estaba casi siempre abierta, de manera que se oían los ruidos de la casa, los mil ruidos habituales de las dos familias.

¿Por qué era Alberto Jaminet, el joven, su preferido, el que tenía una mujer pequeña y delgada, trigueña y enjuta, que padecía siempre de jaquecas, que estaba siempre doliente y de mal humor, al paso que la esposa de Emilio, el mayor, era una mujer cortés, de aspecto joven, sonrosada y alegre?

Eso le chocaba. Diez veces cada día la mujer de Alberto se asomaba a la baranda, llamaba a su marido desde arriba con voz agria y éste se precipitaba como si tuviese miedo de ser sorprendido en una falta. Se les oía cuchichear. La mujer necesitaba un golpe de mano, o algo la preocupaba, o también lo enviaba a hacer alguna comisión por el barrio. Jamás él se quejó. Volvía en seguida a su sitio, sonriendo, satisfecho de haber cumplido con su deber.

Poco después de las cuatro de la tarde, y era el buen momento, que empezaba para Alain, los niños volvían de la escuela: los dos hijos de Alberto tenían nueve y once años, su hija quince y siempre parecía como si fuera a detenerse en el corredor para echar una ojeada al empleado nuevo. Emilio tenía dos gemelos, de doce años, y un hijo de más edad que estudiaba en París.

Se les oía ir y venir, arrastrar los pies y las sillas por el piso; el olor del chocolate de su merienda descendía hasta el despacho y luego se producía el gran silencio de la hora sagrada de los deberes; se les adivinaba a todos bajo la lámpara, chupando el

extremo de sus lápices o de sus mangos de pluma, mientras la cena se cocía a fuego lento, en las dos cocinas.

La señorita Germana tecleaba. Tecleaba aprisa, sin mirar su teclado; sus dedos ejecutaban como una danza en la máquina, y era el tope del rodillo al acabar su carrera, lo que daba su ritmo a aquella música.

Al otro lado de la mirilla, en el taller resplandeciente de blancura, las máquinas negras funcionaban con su ruido de rodajes bien untados. El señor Emilio, en blusa gris, corregía pruebas o vigilaba una composición en la platina.

El señor Alberto se ocupaba más de los presupuestos, de las cuentas, y Alain iba y venía, trepaba a veces sobre el escabel para llegar a los anaqueles más altos de la estantería, donde estaban alineados los cajones de las fichas.

Esas fichas ya las conocía, con los nombres de los suscriptores de los diversos diarios, de los boletines, de los almanaques; algunos de esos nombres eran raros, inesperados. Había gente que continuamente cambiaba de dirección, otra cuyas fichas databan de veinte años sin un cambio.

Su trabajo no le impedía pensar, ni escuchar los ruidos de arriba, ni mirar la nuca de la señorita Germana recubierta de un vello dorado.

Aquel día, cuando el señor Emilio se puso su abrigo y su sombrero para ir a ver a un cliente, dudó un buen momento si le diría o no a la joven:

—Tengo un nuevo amigo...

Hubiera añadido, sin duda, con orgullo:

—Un nuevo amigo que me ha tratado como a un hombre... Y piense que no se trata de un cualquiera... Estuvo dos años en presidio... Se escapó tres veces, las dos primeras por la selva, en la que, la segunda vez, le encontraron medio muerto; y la tercera, en una embarcación no mayor que una cáscara de nuez, con la que navegó, sin embargo, de isla en isla por el mar Caribe, peligroso y poblado de infinidad de tiburones.

¡Qué recuerdo guardaba del camino recorrido la víspera con José Bourgues! ¡Y con qué naturalidad ocurrió todo! Cuando cayó la noche, cuando el silencio empezó a reinar poco a poco en casa de los Foucret, él se levantó por cortesía, para no molestarlos más, y dijo:

—Ya es hora de que me vaya.

Entonces, mientras la señora Foucret le ayudaba a ponerse el sobretodo, Bourgues se levantó también y se puso su chaqueta corta de cazador.

—Le voy a acompañar un poco —dijo.

Los otros debieron de comprender que era importante, porque no manifestaron deseos de ir con ellos.

Empezaron a andar, lentamente, a un paso de paseo, primero a través del parcelamiento, luego por la carretera, y el cielo estaba sereno, los árboles se destacaban en negro y el suelo resonaba bajo las suelas de los zapatos.

—Teníamos aproximadamente su edad cuando su padre y yo nos conocimos...

¿Había seguido tratándole de usted? En todo caso, no por mucho rato. Porque de golpe, el viejo presidiario le tuteó sin excusarse, y Alain, a quien nunca le había gustado la familiaridad de la gente, le quedó agradecido.

—Fue en Marsella... Tu padre vendía diarios... Esperaba en una callejuela sombría detrás de la imprenta del «Pequeño Provençal»... Eran numerosos los que esperaban así y se precipitaban a la ventanilla para recoger el paquete de diarios con la tinta aún fresca y luego había que correr mucho para llegar el primero a la Cannebière y a los grandes cafés... Yo trabajaba en casa de un carpintero de la misma calle, en una planta baja al mismo nivel que la acera... Mi padre era carpintero de carretas en una aldea de Provenza.

Alain había atravesado varias veces Marsella cuando iba con sus padres a Cannes o a Niza. ¿Por qué no se detuvo nunca? Si hubiese conocido mejor la ciudad, ahora hubiera podido crearse imágenes precisas a medida que su compañero le hablaba.

—Hicimos otros oficios, los dos... Entre otros, tuvimos la idea de comprar en las farmacias y en las herboristerías los fondos de cajón, las tisanas demasiado secas, y los mezclábamos a la buena de Dios, los metíamos en cajitas a las que pegábamos una etiqueta: «Té Indio»...

Íbamos de casa en casa, por los arrabales y por los pueblos.

¡Qué pálido está este niño, buena mujer! Ya se ve que no conoce usted el «Té Indio», el mejor remedio contra la anemia. Con tres cajitas, lo verá usted hecho un coloso...

El té indio era bueno para todo y para todos, para los ancianos, las parturientas, los estreñidos, los diabéticos...

Remontamos así hasta Lyon, pero nuestro gran ensueño era llegar a París. Necesitamos meses para realizarlo. Un buen día desembarcamos en la estación de Lyon y unas noches más tarde, para ganarnos algunas perras, nos fuimos a transportar legumbres en los mercados con la gente de bronce.

Había entonces, en la calle Montmartre, no lejos de los mercados, una tiendecita angosta y oscura, con sólo algunos folletos descoloridos en el escaparate, de la que nos convertimos en asiduos concurrentes; allí era donde se reunían los jóvenes libertarios, que algunos confundían con los anarquistas.

Nos hicimos libertarios los dos. Leímos todos los folletos, todos los libros y todos los prospectos. Asistimos a reuniones secretas y a mítines. Tomamos parte en manifestaciones callejeras.

Ustedes, los jóvenes de hoy día no pueden comprender eso. No hablábamos más que de la felicidad de la humanidad y para que esa felicidad se realizara nos parecía indispensable un trastorno, una convulsión general.

Entre nuestros camaradas de entonces los hay que llegaron a ser ministros, directores de diarios, grandes dignatarios de la Legión de Honor; hay también un académico, y otros que se echaron a perder; algunos, durante la guerra de 1914, murieron en la cárcel, y dos o tres fueron fusilados en un foso de Vincennes.

Pero lo que yo quisiera que tú supieses, chico, es que había gente muy bien, que la mayoría era gente muy bien y que sólo unos pocos, sin contar los agentes provocadores, eran unos crápulas.

Hablábamos mucho de bombas. No sé cuántas llegamos a fabricar, que acabábamos, asustados, por arrojar en el Sena para desembarazarnos de ellas.

No obstante, lanzamos una que produjo daños y muertos en un restaurante que aún existe y en el que solían reunirse los diputados y los senadores.

Comían allí, suntuosamente, en el momento en que los gendarmes y la tropa habían recibido la orden de disparar contra los huelguistas de las minas del Norte.

Tu padre no tomó parte, te lo digo en seguida no para disculparlo, sino porque es la verdad. Fue, por otra parte, una casualidad. Unos días antes había entrado en el Hospital.

Sabía lo que preparábamos. Yo iba a verle y le tenía al corriente.

—¿Estás seguro de que no hará más daño a la causa? —me decía.

La suerte me designó a mí con tres otros para ir a colocar la bomba. No fui yo quien la llevaba, pero me detuvieron y me gané diez años.

Fue en la época en que tu padre empezó a hacer vida marital con una chica no muy inteligente, camarera de una cervecería. No tenía una perra, a pesar de lo cual me hizo decir por mi abogado que no me preocupara.

Y cumplió su palabra. Durante un año, durante dos años, no supe nada de él. Intenté dos veces evadirme por mis propios medios y las dos veces fui cogido. La segunda vez, por poco dejó los huesos en la selva tropical.

Estaba todavía en la enfermería, cuando un guardachusma vino a encontrarme y me dijo que me apresurara a restablecerme. Era un corso, un crápula, pero tu padre había pagado lo necesario y se mostró leal.

¿Empiezas a comprender por qué estoy contento de verte? Tú lo comprenderás mejor más adelante, porque hay cosas que no sabes aún, porque Eugenio y yo, después, hablamos mucho.

Si ello te puede causar placer, sabe desde ahora que es de acuerdo con él que te hablo como lo hago.

—¿Se lo encargó? —preguntó Alain emocionado.

Siguieron andando a pasos medidos, fumando su cigarrillo. Y, por primera vez en su vida, Alain tuvo la impresión de ser un hombre.

Llegaron al barrio de la Genette, al tranvía, al Hospital, y allí, naturalmente, como de común acuerdo, dieron media vuelta.

—Prefiero no pasearme por ese lado —dijo simplemente Bourgues—. Nota que tengo los papeles en regla, a nombre de José Brun. No olvides el nombre si te preguntaran por mí. Fue tu padre quien me los envió.

Fui a dar en La Habana, donde una quincena de franceses se hallaban en mi caso. El Gobierno cubano no nos molestaba, a condición de que nos mantuviéramos tranquilos. El embajador de Francia nos ignoraba también y hasta, en un momento

dado, sabiendo quién era yo, me tomó de mayordomo en la Legación.

Encontré una francesa, una chica gorda y plácida, Adela, que hacía lo que podía para despabilarse, pero, que no tenía mucho éxito porque no sabía tratar a los hombres.

Nos hicimos compañeros. Ella me convidaba a ir a su habitación y allí me guisaba platos de casa. Fue allí donde comprobé que, si como prostituta no valía nada, era una cocinera de primer orden.

Montamos un pequeño restaurante francés. No había en él más que seis mesas y siempre estaban reservadas. Adela se fue volviendo enorme, tanto que, finalmente, llegó a no poderse mover apenas.

Eso duró algunos años. Yo no me atrevía a regresar a Francia. Pero, cuando Adela se murió, fui presa de la morriña y escribí a tu padre. Vosotros vivíais en Burdeos. Él era rico. Yo leía su nombre en la prensa y me preguntaba si me habría olvidado o si preferiría no acordarse de mí.

Unos meses más tarde, no dejé por eso de recibir papeles de identidad, y dinero, que no necesitaba, porque había tenido tiempo de hacer unos ahorros.

He ahí la historia, hijito. Eugenio vino a recibirme a bordo y nos besamos.

Yo solté la carcajada al ver que no había cambiado. Porque has de saber, y eso en nada le desmerece, que siempre conservó los gustos de la adolescencia. Recuerdo que una vez que había ganado cierta cantidad en un concurso de bolos —eso ocurrió en Marsella— se lo gastó todo en media hora, comprándose un traje a cuadros, una corbata de seda encarnada y unos zapatos finos con incrustaciones de diferentes cueros.

Para asombrar a la gente, o quizás también por el gusto de agradar, solía dar de propina el doble de lo que había costado una comida.

—¡Quédese el cambio!

Era su frase. Adoraba el dárseles de gran señor, aunque luego, durante varios días, tuviera que contentarse con pan y café con leche.

No. quise, cuando volví, ponerme a remolque de él, sin contar con que se me podría identificar y ello le hubiera causado complicaciones.

Viví en París, en donde uno está menos expuesto a que le cojan que en otros lugares. Hice todos los oficios, todas las profesiones. Tuve un comercio modesto en la Butte.

Venía a verme de vez en cuando íbamos a comer juntos en bodegones que conocíamos y él tenía cuidado de no traer su gran coche ni su chofer.

Tenía altas y bajas, pero tanto le daba, porque estaba seguro de su éxito final.

—¡Venceré! —repetía a menudo—. Y eso es un placer cuando se es hijo de mi pobre buen padre, que, ni siquiera sabía su nombre exacto ni su país de origen...

—¿Le hablaba de nosotros?

—A veces. De ti, sobre todo, en los últimos años. Porque deseó tenerme más cerca. Acababa de regalar una casa a Foucret y quizás tuvo una segunda intención al

hacerlo. Me pidió que me instalara en ella y nos veíamos varias veces por semana.

He ahí, en todo caso, algunas de las cosas que tenía deseos de decirte acerca de tu padre.

A los otros, a tu madre, a tu hermana, al imbécil de tu hermano, eso no les interesa.

—¿Se lo dijo él?

—No importa. Ahora, yo te añado esto: si tienes necesidad de algo, de un consejo o de otra cosa, ven a encontrarme. ¿Entendido? Tú verás si te encuentras bien en casa Jaminet.

—Creo que me encontraré muy bien.

—No hables demasiado pronto. Ven a verme cuando quieras, lo más a menudo posible. No hay razón para que me mude. Estoy solo en el mundo. Los Foucret son muy buena gente.

—Yo también los quiero mucho.

Estuvo a punto de enternecerse. Volvieron a encontrarse en el término del tranvía y la luna subía, redonda, por detrás de los árboles.

—¡He ahí un tranvía que llega! ¡Corre!...

Le hubiera gustado quedarse más, marcar de algún modo su nueva amistad, pero no sabía cómo hacerlo y hubiérase dicho que la silueta de Bourgues se volvía más rígida y su voz menos personal.

—Hasta uno de esos días.

Tendió la mano. Su compañero partió sin verla y desapareció en la obscuridad de la carretera.

¿Por qué no le podía explicar todo eso a la señorita Germana? ¡Le hubiera gustado tanto mostrarle que su padre era un hombre diferente del que se creían!

Desde la víspera se sentía como embriagado. Había en él una alegría que jamás había conocido, y varias veces antes de acostarse murmuró:

—Papá...

El papá de Marsella, de Lyon, de la calle de Montmartre. El hombre que iba a encontrar a su camarada de infancia en los bodegones. Y que quería vencerlos.

¿Vencer a quién? No hubiera podido precisarlo, pero en el fondo comprendió o creía comprender.

¡Vencerlos! ¡A todos! A los Estier. A los Bigois. A todos aquéllos a quienes había untado las patas y llenado la panza y que se habían vuelto contra él. Era con toda una raza con quien se las tenía; con todo un inundo.

Entonces, desde por la mañana, le vinieron otros pensamientos más confusos en los que prefirió no detenerse.

En suma, aquel hombre a quien apenas había conocido, que se había descuidado de conocer porque no se imaginaba que un ser pudiese ser diferente de sus apariencias, aquel hombre que había muerto sobre el suelo sucio de una farmacia, aquel hombre, ¿no estuvo siempre solo?

No; porque había los Foucret, el ex presidiario... Pero ¿y además de ellos?

Su primogénito, por ejemplo, el hijo de su primera mujer, que, lógicamente, en el espíritu de Alain hubiera debido parecerse al Malou de antaño y que sólo se preocupaba de subir en grado en la Prefectura...

Su mujer, la madre de Alain...

Y Corina...

No deseaba entristecerse. Trabajó en su despacho caldeado, del que conocía ya todos los juegos de sombras y de luces. Vería a José Bourgues a menudo. Hubiera querido verle en seguida, pero no se atrevía a ir de noche a Malouville. Esperaría al domingo siguiente. Si Bourgues iba a la pesca —no debía distraerle de sus costumbres— le acompañaría y se estaría quieto a su lado.

De vez en cuando, arriba, uno de los niños interpellaba a su madre para formularle una pregunta concerniente a sus deberes. Los otros hacían: ¡psit!, y se adivinaba que se tapaban los oídos con los dedos, inclinados sobre sus cuadernos.

El timbre del teléfono sonó. Era la señorita Germana la que siempre descolgaba, y ello formaba parte de sus prerrogativas.

—Es para usted, señor Alain.

¿Quién podía pedirle? Estuvo inquieto, de pronto, y ello se notó cuando dijo: «Escucho».

—¿Eres tú, Alain? Aquí Corina.

Ya había reconocido la voz y estaba desconcertado.

—He de hablarte. Tengo cosas importantes que decirte. ¿Quieres pasar por casa después de tu trabajo? ¿A qué hora acabas?

—A las seis.

—Es a cinco minutos de tu despacho.

—No quiero ir.

—Eres idiota. No tengas miedo. Él no estará allí.

—Te digo que no iré.

—Como quieras. Observa que no tengo necesidad de hablarte, pero preferiría que lo supieras.

Debió de poner la mano encima del micrófono, volverse y de dirigir algunas palabras a alguien, porque Alain percibió un ligero murmullo. De modo, pues, que Fabien estaba en su casa.

Y estuvo a punto de colgar.

—Oye, puesto que te pones tan tonto, te veré en el Café de París, a las seis. No me hagas esperar, no dispongo de mucho tiempo.

Dijo que sí porque no había modo de hacer otra cosa, pero estaba furioso de ver a su familia surgir ya en su nueva vida.

Cuando volvió a su sitio, la señorita Germana vaciló un momento antes de dirigirle la palabra. Lo hizo con mucha dulzura y no sin cierto embarazo.

—Señor Alain... Sobre todo no se lo tome a mal... Aquí, usted y yo somos dos

empleados... Prefiero avisarle antes de que le hagan observaciones. A los dueños, sobre todo al señor Emilio, no les gusta que se reciban comunicaciones personales.

Alain se sonrojó.

—Espero que no recibiré más...

—¿Se ha enfadado usted?... Note que a mí me es igual...

—Le aseguro, señorita, que no me he enfadado, y que, por el contrario, le quedo agradecido...

—Es a causa de los obreros, que a veces abusan. Si todo el mundo se pusiera a recibir llamadas a todas horas...

Le habían estropeado su hora y no hubiera sabido decir exactamente por qué. Había perdido su alegría. Se inquietaba por aquella cita con su hermana. ¿Qué le quería? ¡Le hubiera gustado tanto que viviera en otra ciudad o hasta —era la primera vez que se formulaba una idea de esa clase— que se hubiese muerto ella en vez de su padre!

A las seis menos cinco, como de costumbre, arregló sus ficheros, subió sobre el escabel, lo cual siempre constituía para él un placer, puso en orden sus cajones y fue a lavarse las manos en la fuente de esmalte que había en el taller. Al mismo tiempo, la señorita Germana se sacaba su jersey, que guardó en una alacena, arregló sus rubios cabellos y se puso el sombrero, el abrigo y los guantes.

Fueron juntos hasta la calle en que ella tomaba por la izquierda y él por la derecha; se dieron las manos, se dijeron buenas tardes y había en la sombra una viejecita que esperaba sin moverse: la madre de la señorita Germana.

Un cine iluminado, delante. Más lejos, el Café de París, con sus grandes cristales iluminados más discretamente y las siluetas alrededor de las mesas, las cabezas más o menos calvas de los jugadores de cartas y de dominó, aureoladas de humo.

Desde fuera vio que su hermana no había llegado aún, y estuvo a punto de no esperarla; pero, no obstante, entró y buscó una mesa libre y, sin quitarse el abrigo, encargó un vaso de cerveza. Gabriel, el camarero, le llamó señor Alain y enjugó la mesa.

Al cabo de unos minutos, un auto se detuvo. Corina, con un abrigo de pieles y medias claras, se lanzó de un salto a la acera, que cruzó vivamente, y fue al encuentro de su hermano.

—¡Es muy inteligente eso de hacerme perder el tiempo!

—¿Te espera?

—¿A ti qué te importa? Si le conocieras mejor, si no fueses un chiquillo orgulloso, de otra manera te conducirías. Camarero, un Oporto.

Hurgó en su bolso buscando la pitillera.

—Gracias a él, justamente, he sabido lo que le voy a decir. Se lo escribirás a mamá si lo juzgas conveniente. Por mi parte, yo prefiero no ocuparme de ello, porque quiero mezclarme lo menos posible en los asuntos de la familia.

Alain tuvo la sensación de que se les escuchaba desde una mesa vecina y se sintió

molesto. Todo el inundo los conocía. Los miraban, era cierto.

—Ayer fue a jugar al *bridge* en casa de uno de sus colegas, donde había varios médicos, entre los cuales el doctor Lachaux, especialista de la garganta y de los oídos. Charlaron y, como es costumbre entre médicos, hablaron de sus enfermos...

Corina sopló lentamente el humo de su cigarrillo ante sí, miró la hora, observó por el cristal el auto que la esperaba.

—Así supo que nuestro padre estaba muy enfermo...

Con el pecho oprimido súbitamente, Alain no se movió, tan inesperada era aquella noticia que se le comunicaba en la atmósfera vulgar de un café.

—He ahí lo que sé... Tú harás de ello lo que quieras. El día de su muerte, a eso de las tres, papá telefoneó al doctor Lachaux para pedirle una cita. Insistió en verle en seguida... Parecía muy inquieto... Lachaux le conocía, pero no le había examinado nunca... Le dijo a papá que fuera a verle al instante y que ya encontraría manera de recibirle... Papá fue... Estuvo categórico... Ya sabes cómo era a veces.

—Le pido que me examine y que me diga brutalmente sí o no... No quiero estímulos... No quiero esperanzas más o menos vagas... Sí o no, doctor, y nada más...

Y abrió la boca...

—Tú ya sabes que papá sufría a menudo de la garganta... Sufrió de ella toda su vida... Nos burlábamos de su voz ronca.

Lachaux no tuvo necesidad de hacerle un gran examen.

—¡Sí o no, doctor! —le repetía—. Hay demasiados intereses en juego para que yo no sepa a qué atenerme desde ahora. Pese bien su responsabilidad.

Y Lachaux dijo que sí.

Lo que significa que papá tenía un cáncer en la garganta y un principio de cáncer en la lengua.

Parece que papá estuvo muy bien. Se rió burlonamente. Preguntó cuánto debía.

—¡Aprovéchese mientras haya! —dijo bromeando al abrir su cartera.

Lachaux quiso hablarle de una operación, pero papá le hizo callar.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Conozco la cosa casi tan bien como usted. Hace muchos años que me lo esperaba.

Y se fue luego de estrechar la mano del doctor.

Unos minutos más tarde llamaba a la puerta del conde de Estier.

Y yo me pregunto, ahora, si papá hizo lo que hizo a causa de sus dificultades monetarias o porque se sabía condenado.

Tú recordarás el horror que le causaban las enfermedades. Un resfriado, una gripe, le ponían furioso. Consideraba el más leve malestar como una merma.

He ahí todo cuanto te quería decir. Lo cual no cambia nada, porque, el mal ya está hecho, pero convenía que tú lo supieras.

Finalmente, y puesto que hemos empezado, déjame añadir que te portas como un niño y que haces imposible mi situación. No veo el deshonor que pueda haber en el

hecho de que compartas conmigo mi piso, mientras nunca encuentres en él a quien tú sabes.

En vez de esto, te vas a vivir en una posada y toda la población lo sabe. Te doy las gracias, pero te repito que nunca esperé nada bueno de la familia.

¡Nada más! ¡Adiós!...

Y luego tragó la que quedaba en la copa de Oporto, recogió su bolso y su pitillera y se dirigió a la puerta, que Gabriel le abrió con una reverencia. Unos instantes más tarde, se oyó el golpe de la portezuela y el auto se puso en marcha.

Anduvo por las calles tan maquinalmente que le sorprendió encontrarse frente a «Las Tres Palomas». Había adquirido ya la costumbre. Al verle entrar, Melania exclamó:

—¿No van bien las cosas, señor Alain?

Alain trató de sonreír.

—¿Ha recibido usted malas noticias?

Alain no pudo más. Tenía necesidad de confiarse.

—Mi padre estaba muy enfermo —murmuró.

Melania no comprendió. Quizá pensó que puesto que ya estaba muerto, poco importaba que estuviera o no enfermo.

—Tenía un cáncer en la garganta. Lo supo media hora antes de matarse.

—¿Cree usted que fue por eso? Vamos, beba un trago. Sí, hombre, eso le animará.

Y le sirvió una copa de ron.

—¡Es terrible la cantidad de enfermos que hay en el mundo! Sobre todo, a nuestra edad. Usted, afortunadamente, es joven. Mi marido, por ejemplo, que parece fuerte como un turco... Hace un año que debían operarle de la vejiga, de la próstata, como dicen... Algunos días no puede orinar, y perdona, y se le ha de introducir un tubo de caucho. Tiene miedo. No quiere dejarse dormir porque cree que no se despertaría más... Es por eso que bebe tanto. Usted le ve abajo cuando hace buena cara, pero yo le aseguro que por la noche, cuando sufre el martirio delante de su vaso, se vuelve como un niño. ¡Beba, señor Alain!... Un cáncer, evidentemente, es una cosa seria... Una prima mía tuvo uno en el pecho y murió dejando tres hijas de corta edad... Si verdaderamente sufría de un cáncer, quizás, después de todo, hizo bien. ¿Pero es seguro?

—Seguro.

—Vaya a la mesa... Le voy a hacer una tortilla con jamón, para empezar... Y no piense más en todo eso... Si una debiera atormentarse por lo que vive y por lo que muere...

Se dejó conducir al comedor donde no había más que dos viajeros de comercio sentados a la mesa redonda, bajo el lustro. El escribano pelirrojo no había llegado todavía. Un gato dormía enroscado encima de una silla, y una camarera con delantal blanco, la más linda, Olga, se mantenía erguida y atrayente junto al aparador.

—Sobre todo, es necesario que coma. No quiero que se diga que mis

parroquianos adelgazan en casa. Sírvele bien, Olga... Y dale media botella de vino de marca.

¡Era curioso! Toda aquella charla, de la que hubiera sido incapaz de repetir ni una sola palabra, y que apenas había oído, le adormeció, por decirlo así. Ya no sentía el dolor agudo de un pensamiento preciso. Se sentía solamente apesarado.

Y, mientras iba comiendo su sopa de pan, se imaginaba a su padre en el gabinete del doctor Lachaux, a su padre, que se hacía el valiente preguntando casi con alegría:

—¿Sí o no...?

Entonces, puesto que fue así... De haberse encontrado bien, ¿hubiese seguido luchando? ¿Hubiera continuado peleándose para dar vida a aquella gran casa, que era como una especie de abismo para todo este mundo que, desde hacía años y más años, llevaba en cierta manera en vilo, por su mujer, por Corina, para el propio Alain, que se contentaba con ir al colegio y que no había tenido nunca la curiosidad de saber qué clase de hombre era su padre?

¡Fue sí! Y había sellos en todas las puertas; y los talleres estaban cerrados, y los negocios en manos de un Síndico. Y todos los cangrejos se agitaban, y el diario, cada día, le abrumaba con gacetillas pérfidas.

Fue sí y no contaba ni siquiera con unos cuantos miles de francos en dinero líquido, en dinero fresco, como él decía en sus buenos días, dinero para curarse, para las operaciones indispensables.

Operaciones, él lo sabía, que no arreglaban, que no curaban, que no servían más que para retrasar cada vez de algunos meses la fecha del vencimiento.

Al salir de casa del médico no volvió a su casa. ¿A quién se hubiera dirigido? ¿Qué hubiese hecho?

Fue a casa del conde de Estier y quizás entonces jugó a todo o nada; quizás, con lo supersticioso que era, se dijo al levantar el picaporte:

—¡Si esto tiene éxito, continuaré!

Y no tuvo éxito. Estier se mostró intratable. No creyó en el revólver que su visitante empuñaba y lo echó a la calle implacable.

¡A la calle! ¡A la calle, de donde había salido!

A la calle, donde Eugenio Malou había preferido morir, quizá porque era más cálida, más familiar, más acogedora que su casa.

—Y bien, caballero —interrogó Melania—, ¿qué me dice usted de esta tortilla? Es para usted sólo... Se la va a comer toda y luego le serviremos estofado de ternera como el que comió el día de su llegada...

Sentía deseos de estrecharle la mano para darle las gracias. Las caras de los viajeros se nublaban ante sus ojos. No obstante, comió todo cuanto la dueña quiso, y hasta bebió su vino sin darse cuenta, rezongando de vez en cuando.

¿Era en bodegones de esa clase donde a su padre le gustaba encontrar a su viejo amigo Bourgues?

—Ya ve que la cosa va mejor. Ahora, si quiere creerme, se irá a acostar con una

botella de agua caliente. Olga, vas a ponerle en la cama una botella de agua caliente... Mañana será otro día... Y seguirán muchos más...

¡Pero no podía besarla delante de todo el mundo! Se fue, a pesar suyo, saludó torpemente a los viajeros y subió lentamente la escalera.

Olga le dijo, cuando le llevó la botella:

—Yo también sé lo que es eso. Sólo hace cuatro meses que perdí a mamá. ¿No tomaría una tisana o algo bien caliente que le hiciera dormir?

Dijo que no, dio las gracias, echó el pestillo de la puerta. Se acostó con la certidumbre de que no llegaría a dormirse. Un instante, removiéndole la lengua en su boca preguntándose si él también no tendría un cáncer.

Volvió a ver a la señorita Germana, que en la sombra de la acera cogía, con el mismo gesto de siempre, el brazo de la viejecita de su madre. Volvió a ver a los Foucret, al marido y a la mujer, a él con su gran pipa y a ella con su delantal a cuadros azules, pero no llegó a fijar los rasgos de José Bourgues. Trató con ahinco de lograrlo, pero sin éxito; luego, súbitamente, sin transición, se sumió en un sueño profundo.

No se oía en la habitación más que una respiración regular, cuando Melania, al subir a acostarse a las diez, pegó la oreja a la cerradura.

* * *

Antes de ir a Malouville, el domingo por la mañana, Alain le escribió a su madre desde la habitación de «Las Tres Palomas» una carta sin efusión, porque nunca hubo efusiones entre su madre y él. Fue más bien como una especie de deber escolar, y lo aprovechó para describir su habitación, el comedor, el escribano que se le sentaba delante de la mesa, el viejo Poignard, siempre en las viñas del Señor, y la sabrosa cocina de Melania. Habló también, pero no demasiado, de su colocación en casa de los Jaminet y de su trabajo.

Es un milagro, terminaba, que haya salido de apuros tan pronto y que pueda, de la noche a la mañana, subvenir a mis propias necesidades. Si tuvieses necesidad de dinero, podría enviarte una parte de los tres mil francos que Corina me ha dado. Yo cobraré ya mi sueldo dentro de quince días, puesto que estamos a fin de mes, y me bastará para pagar mi pensión.

Besa a tía Juana, a su marido y a Beltrán, en mi nombre. Espero que tu salud es buena. Por mi parte, el resfriado que temía no se me declaró...

VII

EL incidente de la puerta ocurrió el miércoles por la mañana. Hacía mucho frío un frío penetrante, y el cielo bajo, de un gris confuso, no iba a tardar a fundirse en nieve.

A las diez, todavía no nevaba. Alain oyó las voces de las dos cuñadas en el rellano del primer piso. La pequeña y flaca, la mujer de Alberto, preguntaba a la otra:

—¿Necesitas algo de casa Lecoeur?

—No. Por otra parte, he de salir esta tarde.

Y la señora Jaminet bajó. Siguiendo el corredor, pasó ante la puerta abierta —Alain la vio que se iba poniéndose los guantes— y entonces, sin razón aparente, cerró la puerta con ostentación, de una manera brusca.

Se quedó tan sorprendido que se volvió hacia la señorita Germana. Por su parte, la secretaria miró a Alberto Jaminet, que fingió no haber visto ni oído nada.

Ahora bien, una vez en el patio, por el que ella se dirigía hacia el portal, su mujer cayó en la cuenta de que había olvidado algo y volvió sobre sus pasos. No se dirigió hacia la entrada, sino hacia el despacho.

—Buenos días, señorita Germana —dijo al pasar junto a ésta para ir a hablar a su marido.

Alain, no sabiendo lo que debía hacer en aquellas circunstancias, se levantó haciendo una reverencia; ella le vio; tuvo un instante posada en él su mirada; no obstante, no le devolvió el saludo ni con un leve gesto de la cabeza ni un movimiento de los párpados.

—Dame un poco de dinero, dos o trescientos francos...

Alberto los sacó de su portamonedas. En el momento de salir, ella se volvió hacia su marido.

—No olvides lo que te he dicho a propósito de la puerta...

¿Por qué ello bastó para estropearle el día a Alain? Aquella puerta de comunicación, él quiso cerrarla una vez, el primer día. Fue la señorita Germana quien, desde su sitio, le hizo signo de que no la cerrara. No había pensado en preguntarle por qué. Comprendió que la puerta tenía que estar abierta. Estuvo contento porque no era friolero y el despacho era exiguo; la estufa de hierro colado calentaba como una estufa de estación y no tardaba en reinar un calor pesado.

Acaso se equivocaba, pero hubiera jurado que el incidente de la puerta había sido provocado a su intención. ¿Por qué? Se torturó el espíritu. Sabía que la señora Jaminet no era muy afable y empezó a sospechar que el señor Alberto no era tan feliz como quería aparentar.

Cuando se le llamaba de arriba no era, a menudo, para decirle cosas agradables. Él permanecía siempre tranquilo y sereno. No levantaba la voz jamás. Con su hermano Emilio también guardaba cierta humildad, lo cual no le impedía que

defendiera pacientemente sus ideas.

Evidentemente, era ridículo, pero Alain hubiera querido ver al señor Alberto con la mujer de su hermano, encarnada y sonriente, al paso que el señor Emilio se las compondría con la pequeña trigueña, que era tan biliosa como él mismo.

Se produjo cierta turbación en el despacho durante un buen rato. Luego, un poco antes del mediodía, empezó a nevar, por primera vez aquel año, primero suavemente, después a grandes copos que se arremolinaban.

La señorita Germana no iba a comer a su casa, porque vivía lejos del centro, de la ciudad; se traía el almuerzo al despacho y se calentaba su café encima de la estufa, en una pequeña cafetera de esmalte azul. La mujer de Alberto había regresado. No la habían visto, pero la habían oído por el corredor. Su marido subió a su vez.

Alain se retrasaba para tener la ocasión de cambiar unas palabras con la dactilógrafa.

—Dígame, señorita Germana, antes de que yo estuviera aquí, ¿la puerta del corredor permanecía abierta?

Ella vaciló en responder; pero, como se había sonrojado un poco —se sonrojaba fácilmente—, no pudo volverse atrás.

—Sí —dijo—. Estaba siempre abierta porque en el despacho no hay mucha ventilación. Se ha probado de abrir el postigo que da al taller, pero entonces pasa aquí el olor del aceite caliente y de plomo fundido. Además, cuando hace mucho frío, es gracias a esta puerta que la caja de la escalera no es glacial. Varias veces, cuando se ha cerrado por error, la señora Jaminet ha bajado a abrirla.

—Luego —concluyó Alain— es por causa mía que ella la ha cerrado hoy.

—No es absolutamente necesario que sea por eso. Ella tiene lunas. No se ha de preocupar usted.

Otra razón para hacer de aquél un mal día. Era lástima, porque de no haber sido así le hubiera encantado aquella primera nieve que no se cuajaba aún en las aceras pero que blanqueaba algunos tejados y los hombros de los transeúntes.

Al volver a «Las, Tres Palomas» vio en una pared abigarrada de carteles uno nuevo cuya amarillez era todavía brillante:

«VENTA POR EMBARGO DE UN RICO MOBILIARIO».

Y seguía la lista, la lista de los muebles, porque eran sus bienes los que así se iban a subastar. Había otro cartel para el hotel particular y otro para los talleres, el material, las máquinas de asfaltar y los camiones.

No pensó mucho en ello mientras comió, pero volvió a acordarse en la calle y siguió preocupado por aquella puerta que habían cerrado con tanta maldad. ¿Por qué estaba tan seguro de que se había cerrado con maldad, con una maldad que le afectaba personalmente?

Leyó el aviso de cabo a rabo. Le hizo entrar ganas de pasar por delante de la casa

en que había vivido cerca de ocho años, en la plazuela, y ésta, por milagro, estaba cubierta de nieve, y había también nieve sobre el Cupido, tan ligeramente colocado en su zócalo.

Carteles amarillos, los mismos, estaban pegados a la puerta cochera y a los postigos de la planta baja. La venta debía realizarse el lunes siguiente. Se abrirían las puertas de par en par. A partir del domingo se daría entrada al público para que fuera a admirar los muebles, los bibelots, los cuadros que Eugenio Malou había acumulado y de los que tan orgulloso estaba.

A Alain no le gustaba casi nada de lo que había en la casa, pero eso le causaba pena. Continuó pensando en ello toda la tarde. Su padre, ¿tenía buen gusto? No se atrevía a forjarse una opinión. Cuando eran más jóvenes y todavía se entendían, su hermana y él llamaban horrores a todo aquello en bloque.

A su padre sólo le gustaban dos clases de muebles y de objetos: los de alta época y los de estilo Imperio, lo cual daba un carácter bastante sorprendente a la casa.

En el salón principal, por ejemplo, había hecho instalar una chimenea monumental que había comprado a peso de oro en un castillo del Bourbonais. Data del siglo xv y la piedra gris estaba esculpida de arriba abajo y era un batiburrillo de personajes de tallas diferentes, de caballeros con sus armaduras y su estandarte, de diablos, de seres estrambóticos y de animales apocalípticos.

Entre las ventanas, sobre las deslucidas alfombras, veíanse cofres de la misma época, de madera roída por los gusanos que se desmenuzaba entre los dedos. Había también bancos de iglesia y estatuas procedentes de conventos o de abadías.

Otras piezas, todas de bronce y de caoba, con esfinges doradas, y tapicerías salpicadas de abejas que evocaban los fastos del Imperio, y Alain se acordó de un detalle que, cuando niño, le avergonzó sin saber por qué: había sido criado, en una cuna que era una reproducción aproximada de la del Rey de Roma.

¿Era su padre un advenedizo, como algunos le echaban en cara en el colegio cuando se disputaban? ¿Y por qué esa palabra, en boca de sus compañeros, tenía un significado malo?

¿No era un mérito para Eugenio Malou haber realizado aquel esfuerzo? ¿Era acaso ridículo? El mismo José Bourgues había sonreído —afectuosamente, es cierto— al hablar de su manera de vestir, de sus zapatos demasiado adornados, de sus trajes demasiado claros, de sus corbatas chillonas.

¿Por qué su padre había gastado tanto dinero en reunir muebles y objetos que hubiesen figurado mejor en una iglesia o en un museo que en una casa?

Eso le turbaba. Le hubiera gustado hablar de ello con alguien. Se daba cuenta confusamente de que había cosas que aún no comprendía.

El encarnizamiento contra su padre, por ejemplo. Si ganaba mucho dinero, si ponía en ganarlo cierto frenesí, no era por amor al dinero, para guardarlo como un avaro, porque lo gastaba con el mismo ardor y lo distribuía.

¿Era éste el gesto de un advenedizo? Pagaba las cosas y a las gentes más de lo

que costaban; ésta era otra de sus manías. ¿No le dijo en cierta ocasión a un mercader: «Es demasiado barato. Le doy por eso el doble»?

¿Por vanidad? ¿Eugenio Malou era un jactancioso? Le gustaba citar los nombres de personajes importantes que eran amigos suyos y repetir que tuteaba a tal diputado o a tal ministro.

Pero ¿se podía olvidar que había sido el joven que vendía diarios por la Cannebière y que para «subir a París» iba de puerta en puerta ofreciendo «Té Indio»?

—Hablaré con Bourgues —se dijo.

—¿Podría Bourgues explicarle todo el misterio de su padre? ¿No era él mismo incapaz de explicarse todo un aspecto del hombre que fue su amigo?

La puerta cerrada, cerca de él, le daba una sensación de malestar a pesar suyo. Le producía el efecto de una injuria. Le parecía también que Alberto Jaminet no se comportaba con él de la misma manera que antes.

De hecho, ¿acaso Emilio Jaminet le había dirigido alguna vez la palabra directamente? No obstante, venía a menudo al despacho. Alguna vez hasta para consultar los ficheros. Sin pedirle nada a Alain, como si no le viera. Por la mañana, al entrar, le dirigía un simple signo con la mano.

¿Le guardaba rencor porque estaba allí contra su voluntad y en cierto modo bajo la protección de su hermano?

Fue precisamente él quien abrió la famosa puerta. Debía de hacer frío en el taller, porque vino a calentarse en el despacho a eso de las tres y media y para corregir pruebas. Se enjugó la frente dos o tres veces, se levantó para cerrar la llave de la estufa y luego, al cabo de un cuarto de hora, no pudiendo resistir más, se fue a abrir la puerta.

Las miradas de la señorita Germana y de Alain se cruzaron. Alberto Jaminet, que estaba sentado de espaldas a la puerta, no notó nada. Hacía tiempo que las lámparas estaban encendidas. La nieve seguía cayendo, pero ya los copos eran menos consistentes y se transformaban en las aceras en barro pegajoso. Lo cual también tuvo su importancia.

En efecto, cuando los niños llegaron de la escuela, la mayor, Ivonne, la hija de Alberto, llevaba los chanclos encima de los zapatos. Se detuvo en el corredor para quitárselos y no ensuciar la escalera. Los chanclos eran estrechos y la niña permaneció un buen momento ora sobre un pie ora sobre el otro, vuelta de cara hacia el interior del despacho.

Ahora bien, sin que se abriera puerta alguna, en el primer piso, se oyó una voz que venía del rellano y que decía secamente:

—¿Qué haces, Ivonne?

—Ya voy, mamá.

—Inmediatamente.

Las orejas de Alain se pusieron encarnadas. Creyó comprender de pronto. Se acordó de la mirada que la chiquilla le dirigía cada vez que pasaba por el corredor.

¿Lo había notado la madre? Pero ¿cómo podía ella darle la menor importancia, si no podía hallar en aquella curiosidad infantil un motivo de temor?

Estaba humillado. Le parecía que le metían injustamente en la categoría de los «otros», de la gente como su hermana Corina, como Fabien, como algunos de sus camaradas que contaban cuentos sucios cuchicheando.

La señora Jaminet bajó la escalera. No para salir. No para entrar en el despacho. Bajó con el solo objeto de cerrar la puerta maldita.

Y, al hacerlo, lanzó una mirada al interior y dijo a su marido con voz seca:

—Cuando dispongas de un instante, me harás el favor de subir.

Él no respondió; se quedó con el cuerpo encorvado como si hubiese esperado la cosa. Le pareció a Alain que la mujer cambiaba una breve mirada con su cuñado. ¿Por qué no serían ellos dos quienes formaran la pareja?

No había aún más que una vaga amenaza, un malestar impreciso en la casa, y Alain estaba tan afectado como si hubiese oído la catástrofe.

Pensó en su padre, en el hotel particular de la plazuela, en los muebles que iban a dispersarse; al mismo tiempo contemplaba el escenario apacible que le rodeaba como se miran las cosas que se está a punto de perder.

Diez buenos minutos transcurrieron antes de que el señor Alberto se levantara y, con un suspiro, se dirigiera hacia la puerta. Estuvo a punto de dejarla abierta por la fuerza de la costumbre y tuvo que volver sobre sus pasos para volverla a cerrar. Luego subió lentamente.

Estuvo largo rato arriba, cerca de una media hora, cosa que no solía ocurrir. La mujer y el marido no estaban en la habitación donde los niños hacían sus deberes, sino en el salón que raramente se abría, justo encima del despacho, de manera que se oía un murmullo de voces.

Cuando volvió a bajar, se esforzó por mostrarse despejado, pero se le notaba ansioso, cohibido, a tal punto que su hermano le miró con curiosidad.

Alberto volvió a su sitio, abrió un expediente que contenía presupuestos, trató de trabajar un momento, pero pronto renunció a ello y abrió la puerta del taller diciendo:

—¿Quieres venir un instante, Emilio?

Alain sabía que él era la causa de todo eso. Se preguntó en qué podía haberle faltado a la señora Jaminet. Siempre se había conducido muy cortésmente con ella. De buena gana le hubiera hecho las comisiones, tanto le gustaba la casa y deseaba quedarse en ella.

Los dos hombres se mantuvieron en un rincón del taller, de pie, lo más lejos posible de los obreros, y hablaron en voz baja. La señorita Germana debía de adivinar lo que ocurría, porque parecía confusa y tecleaba con ahinco, como si temiera que su compañero la interrogara. ¿Sabía tal vez cosas que él ignoraba?

Eran cerca de las seis. Unos minutos más y Alain guardaría sus fichas, se pondría el abrigo después de haber ordenado sus cajones. ¿Por qué tenía el presentimiento de que las cosas no ocurrirían como los otros días?

Sólo veía a Alberto Jaminet de espaldas, pero por la curva de sus hombros se adivinaba que no estaba satisfecho y que, si todavía resistía, era para tranquilidad de su conciencia.

Ya la señorita Germana se había quitado el jersey y lo había guardado en la alacena. Alain vacilaba en prepararse para salir, cuando he ahí que Alberto, solo, volvía del taller, donde su hermano fingía interesarse por el trabajo de una máquina.

—¿Se quedará usted un instante, señor Alain?

Las piernas le flaquearon al joven. Estuvo a punto de decir, para acabar de una vez:

«He comprendido. Me voy».

¿Acaso no le produjo el efecto de un milagro haber encontrado aquella colocación de buenas a primeras e integrarse tan fácilmente en la vida acogedora del despacho? Ya empezaba a amar las fichas. La víspera, fue él quien tomó por teléfono un artículo de última hora que le dictaron desde París.

—Hasta la vista, señor Alberto. Hasta la vista, señor Alain.

La joven le dio la mano antes de ponerse el guante y volvió la cabeza al ver que Alain tenía lágrimas en los ojos. No eran más que dos hombres en el despacho, o, mejor dicho, un hombre y un adolescente. ¿Se equivocaba Alain?

Hubiera jurado que sentía la presencia de alguien detrás de la puerta del corredor; que la señora Jaminet estaba allí escuchando, espiando.

El señor Alberto debió de tener la misma idea, porque miró dos o tres veces la puerta tosiendo antes de tomar la palabra.

Alain le compadeció un poco. Hubiera querido ayudarle. Se esforzó por sonreír bravamente, mirando a su dueño.

—Escuche, señor Malou...

Era la primera vez que le llamaba así.

—... Cuando usted se presentó aquí, la semana pasada, me quedé algo sorprendido, pero consideré que no había razón alguna en las circunstancias actuales para que usted no se ganara la vida. A despecho de ciertas objeciones...

¡Las del señor Emilio, vive Dios!

—... Me empeñé en ayudarle a que probara su suerte y he de confesar que no puedo dirigirle ningún reproche por lo que concierne a su trabajo...

Él era, ahora, el más emocionado de los dos. Alain lo sabía. Iba a ser despedido. Todo estaba por empezar de nuevo.

—En aquel momento, yo ignoraba ciertas situaciones que me es difícil precisar, y creo que usted me comprenderá. Desgraciadamente no es usted el único de su familia aquí. No lo tome como un reproche, porque evidentemente no es culpa suya. Pero nosotros somos comerciantes, señor Malou, y estamos obligados a guardar tanta más circunspección cuanto que nuestra clientela es bastante especial. Usted sabe que nosotros trabajamos sobre todo para el Obispado y para ciertas comunidades religiosas...

—Comprendo.

Su interlocutor hizo signo de que quería hablar aún.

—Hoy mismo ha ocurrido una escena desgraciada que usted ignora todavía. Tuvo lugar esta tarde y mi mujer ha sabido los detalles por teléfono.

Alain recordaba haber oído que el teléfono sonó en el primer piso poco antes o poco después de las cuatro.

—Preferiría que me permitiera no hacerle el relato del hecho. Además, la cosa no me concierne y otros se encargarán de ponerle al corriente...

—¿Mi hermana?

El señor Alberto hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—Añadiré solamente que la señora Fabien es una amiga de pensionado de mi mujer, su mejor amiga. Y ahora creo que compartirá usted mi opinión de que vale más para usted, como para nosotros...

—Muchas gracias.

—Un instante...

Alain, en efecto, ya se iba al perchero.

—Es evidente que, puesto que no tengo nada que reprocharle, le debo una mensualidad.

Hubiera querido añadir algo más, pero miraba la puerta y la presencia que adivinaba detrás de ella le impedía hablar. Sacó unos billetes de banco, no de su cartera, sino de la caja, puesto que se trataba de gastos del despacho.

—Lo siento mucho —confesó en voz baja.

—Muchas gracias, señor Alberto. Lo comprendo muy bien. Me doy cuenta de que la culpa es mía.

No quería llorar delante de él, pero sentía que las lágrimas le subían a los ojos. En el taller, el señor Emilio estaba vuelto de espaldas.

—Encontrará las fichas al día. En el cajón de la izquierda he puesto los cambios de dirección en curso. La lista está completa.

Y nada más. Sin la puerta, hubiesen seguido hablando, sin duda, pero se contentaron con darse la mano.

—Hasta la vista, señor Alberto. ¡Y gracias!

Claro que sí; gracias. Se las debía. Salió torpemente, rozando la jamba de la puerta y, una vez en el patio, se levantó el cuello del abrigo, aspiró por la nariz y hundió los manos en los bolsillos.

Seguía cayendo nieve fundida y no tuvo el valor de rezagarse por las calles. Sentía deseos de echarse en la cama, de acostarse sin comer.

Pero ¿habitaba todavía en «Las Tres Palomas»? En su espíritu, la imprenta y la posada formaban un todo como si una fuese la prolongación de la otra.

¿Le diría en seguida a Melania que había perdido la colocación? ¿Comprendería ella que no había sido por su culpa, que él había cumplido como debía?

Era de creer que habían escogido el camino que él seguía para enganchar el

mayor número posible de carteles amarillos. Jamás había notado tantas empalizadas ni tantos tableros. Sobre todos, y más fresco que los demás, se destacaba el cartel amarillo. Vio que, a pesar del mal tiempo, un anciano, bajo su paraguas, tomaba notas en un cuaderno.

Estuvo a punto de entrar por el patio y subir directamente a su habitación, pero temió molestar a Melania, porque nunca había obrado así y siempre atravesaba el salón común, donde ella nunca dejaba de dirigirle la palabra y de anunciarle el menú. Era la hora de la calma y la posada estaba casi vacía, porque allí se trabajaba sobre todo por la mañana, a la hora del mercado. Solos, dos o tres ancianos jugaban a las cartas con el dueño soñoliento.

Sonó el timbre de la puerta. Bajo la escalera vio a la mujer gorda, que salía de la cocina y comprendió en seguida, por su aspecto, que también había novedades.

—¿Usted ya, caballerito? —dijo lanzando su trapo de enjugar en el fregadero.

Le llamaba a menudo, así, muy afectuosamente y con un dejo de condescendencia.

—Venga por aquí un momento.

Le precedió en el comedor, donde sólo estaba Olga, que acababa de poner los cubiertos.

—Déjanos, Olga, hija mía.

Melania hizo lo que nunca le había visto hacer: sentarse en un lugar reservado a sus pensionistas. Se sentó como para una larga conversación y le hizo signo de que se sentara ante ella. Las servilletas con su aro numerado estaban colocadas en la mesa, y también las botellas de vino que llevaban el nombre de los parroquianos.

—Supongo que no le habrán dicho nada todavía.

No supo qué responder en seguida, y, poniéndose un dedo sobre los labios, la mujer anunció:

—¡Psit! No hablemos demasiado alto. Ella está arriba.

Acercó su silla y sus rodillas tocaron las de Alain.

—Cuando ella llegó, hace una hora, yo no sabía aún lo que había sucedido. A decir verdad, no la conocía. Ya la había visto pasar, pero no sabía quién era.

—¿A qué hora vuelve mi hermano? —me preguntó sin apenas darme los buenos días.

Se había apeado de un taxi. Lo hizo esperar. Adiviné quién era por el parecido.

Me preguntó entonces si podía darle una habitación cerca de la de usted, y cuando he querido saber por cuánto tiempo me ha respondido que no lo sabía.

Estaba rara, con la cara embadurnada. Debía de haber llorado, porque el negro de sus pestañas se le había escurrido y el carmín de, los labios escampado.

—No tengo muchas habitaciones.

—En ese caso, ¿tendrá inconveniente en montarme una cama en el cuarto de mi hermano?

Usted comprenderá que no iba a hacerle eso. Pensé en el taxi que esperaba. A

pesar mío, me pone enferma ver un taxi parado con el contador en marcha.

Entonces lo dije:

—Le voy a dar una habitación entretanto y por lo demás ya veremos cuando el señor Alain vuelva.

Ha hecho subir dos maletas grandes y muy pesadas. Me parece que se ha tendido en la cama vestida. Poco después ha llamado y ha pedido a Olga que le subiera algo fuerte.

¡Espere! ¡No vaya a su encuentro todavía! No es una copa lo que ha pedido, sino una botella, y me apostaría cualquier cosa a que a estas horas está durmiendo...

Alain escuchaba como si soñara, sin reaccionar. Melania le había puesto la mano encima de la rodilla y él sentía el calor a través de la ropa.

—He ahí una que hubiera hecho mejor yéndose a París con su madre. Así, por lo menos, no le hubiera creado disgustos. Lo sucedido lo he sabido apenas hace un cuarto de hora por uno que lo vio todo. Acaba de irse. Es el mancebo del colmado que está delante mismo de la casa donde... la cosa sucedió.

¿Conoce usted la casa del doctor Fabien?

Hacía tiempo que Alain había pasado por delante. Era un gran edificio cuadrado, del siglo dieciocho, con ventanas muy altas y una gradería de muchos peldaños. Se erguía en la calle del Palais y su jardín, en el fondo del cual Fabien había hecho construir su clínica, daba directamente sobre el parque.

Enfrente, en la misma calle, había una tienda de ultramarinos con dos escaparates en los que siempre se veían avalanchas de limones, de naranjas y de bananas, porque la tienda estaba regentada por españoles.

—No sé por qué fueron tan imprudentes ni lo que antes había sucedido. Por lo que se explica, hace tiempo, que la señora Fabien estaba harta. Usted perdone que le diga todo eso, pero todo el mundo lo sabe y vale más que esté al corriente.

Fabien fue siempre un mujeriego. Creo que su esposa, que es algo indiferente y fría, se había resignado a ello, pero con la condición de que no se convirtiera en una amenaza contra ella misma, ¿comprende?

Un día una, una semana otra, la cosa no tenía mucha importancia mientras ella se sintiera segura en su sitio.

Y su padre, cuando vivía —no se tome a mal lo que digo—, era para ella como una especie de garantía.

En todo caso, esta tarde, cuando ya había obscurecido y sólo los escaparates del colmado iluminaban un trozo de calle, el doctor volvió a su casa en coche. En vez de pararse exactamente frente a la gradería, lo dejó dos casas más lejos, en la obscuridad.

Subió a su casa, quizás para recoger algo, o quizás para decir que no iría a cenar.

El mancebo de la tienda, Héctor, afirma que la señora Fabien espiaba detrás de sus visillos. Y entonces justamente sus hijas llegaron de la escuela. Habían reconocido el auto de su padre y se acercaron a él.

Su hermana de usted estaba dentro, esperando. Parece que el doctor había adquirido la costumbre de llevarla consigo a todas partes.

No es posible saber si las niñas hablaron o no al llegar. Lo probable es que sí.

Y entonces se produjo la escena culminante. Héctor sostiene que se veían las sombras ir y venir como títeres detrás de los visillos.

Lo que tiene su importancia y lo que no todo el mundo sabe, caballerito —déjeme acabar y sobre todo no llore—, es que la señora Fabien es hija de los Hautot, posee mucho más dinero que su marido y con su dote hizo construir, no cabe duda, la clínica el doctor.

Ella parece indolente y sosa normalmente, pero yo sé por experiencia que éstas son las más terribles cuando se desencadenan.

Él es uno de esos hombres que no se pueden abstener de lo que les gusta, pero que luego tienen miedo de las consecuencias.

El auto seguía al borde de la acera con su hermana dentro. Cuando se abrió la puerta de la casa, no fue Fabien quien salió, sino su mujer, y ésta se dirigió a grandes pasos hacia el coche.

Ella debía de estar fuera de sí para promover un escándalo en la calle, con su educación.

Abrió la portezuela. Se puso a hablar. Héctor, desde el umbral de su puerta, no veía a su hermana de usted, oculta en la sombra. En cierto momento, la señora Fabien se inclinó, la cogió por el brazo y la sacó a la fuerza del auto.

No cesó de hablar con voz cada vez más chillona. La otra se puso a gritar también y los transeúntes se pararon y se veía que los visillos se movían en las ventanas.

¡Créame que a estas horas se está comentando por la ciudad! ¡Y que se hablará de ello mucho tiempo todavía!

Entretanto, Fabien se había quedado prudentemente en casa, y las dos mujeres siguieron riñendo e injuriándose como verduleras.

Finalmente, la señora Fabien le arrancó el abrigo de pieles a su hermana —parece que fue su marido quien se lo había comprado— y lo echó al suelo, en el barro, y luego lo pisoteó.

La gente no se atrevió a acercarse demasiado, porque estaba apenada y Héctor, que es proveedor de los Fabien, no se alejó de su puerta.

Puede que se hayan arañado —me ha dicho—, pero, no estoy seguro, porque la cosa ocurrió en la obscuridad de la calle.

Lo que sí hay de cierto es que su hermana acabó por irse sin abrigo y se escurrió a lo largo de las casas, mientras que la otra volvía a entrar en la suya cerrando ruidosamente la puerta.

Yo que sé la reputación de Fabien, estoy segura de que plantará a su hermana. Ya le ha hecho mucho daño en su profesión.

Lo que quería decirle antes de que usted suba es que no se deje embaucar. Ella no hubiera debido venir aquí en seguida, y me da la sensación de que se le quiere

enganchar.

Eso no es asunto de usted, caballerito. Usted es un bravo muchacho muy valiente, y empiezo a conocerle. Usted ha tenido su parte de sufrimientos y a usted la gente no le guarda rencor.

Pero si se ocupa de ésa... no quisiera causarle pena alguna, pero debo decirle que no podré tenerlo más en casa. Nada de eso en «Las Tres Palomas». Esas mujeres, ya lo ve, hacen daño por dondequiera que pasen.

¡Vamos! Ha sido valiente. Ni siquiera ha llorado. Es necesario que Olga siga poniendo la mesa, porque esos señores no tardarán en llegar.

Si le he de dar un consejo es que no suba ahora. Va usted a venir a la sala a tomar una copita y luego cenará tranquilamente como si nada hubiera ocurrido. Nadie se atreverá a decirle nada, aunque ya lo supiesen. Y, si alguien le dice algo, yo le responderé.

En cuanto a su hermana, cuando la vea le dirá que ya es bastante mayor para que se las componga sola y que lo mejor que puede hacer es cambiar de aire. El de esta población no le conviene. Todo el inundo se pondrá del lado de la señora Fabien y la gente tendrá razón. ¡Vamos! Venga conmigo. Mañana será otro día...

Alain trató de sonreír para darle las gracias.

¡Y todo aquello había sucedido en pocas horas! ¡Y fue una puerta cerrada por una mano malévola la que le dio la intuición de la catástrofe!

Dióse cuenta por primera vez de que en torno de él había toda una ciudad que adquiriría a sus ojos las apariencias de un personaje tan misterioso como temible.

No solamente no conocía esa ciudad sino que ni conocía a su padre. Había creído cándidamente que podía incrustarse en un cálido alvéolo y mezclarse en la vida de la comunidad.

Todavía oía la voz de Bourgues, el domingo por la tarde, cuando repetía la frase de su padre:

—¡Los venceré!

Esa frase empezaba a tener, para él, un significado. «¿A quién?, —se había preguntado. ¿Vencer a quién? Ahora comprendía que aquello quizás significaba—: ¡A todos!».

No a la señorita Germana precisamente. Ni a Melania. Ni siquiera al pobre Alberto Jaminet. Era preciso hacer excepciones. Se daba cuenta de que se tenía que proceder a un vasto apartado, y entretanto se dejó conducir como un niño a la sala de abajo, donde el viejo Poignard, que sufría de la vejiga, jugaba al dominó bebiendo vino rosado.

—Va usted a tomar una copita, una sola, y se quedará aquí mientras yo voy a ocuparme de mis cazuelas.

Alain llegó a dudar hasta de Bourgues mismo. La idea de subir luego y de encontrarse con su hermana le repugnaba.

¿Habría vaciado la botella? ¿Estaría borracha? Ya la había visto así una vez que

volvió tarde: iba y venía por las habitaciones echando sus ropas por el suelo.

Aquella noche, su hermana le dijo palabras crudas, se burló de él y, de pronto, vomitó en medio de la sala y tuvo que cuidarla después de haberla cubierto con una bata que ella rechazaba de mala manera.

Aquél era quizás el peor recuerdo de su vida. Acaso peor que el de la visión de su padre tendido en el suelo de la farmacia.

Un joven de unos veinte años, Lunel, que trabajaba en un laboratorio y que comía en «Las Tres Palomas» llegó el primero, y luego, poco después, el escribano pelirrojo.

Los huéspedes no se daban jamás la mano. Era una especie de convención. Se decían buenos días y buenas noches y cada cual ocupaba su sitio alrededor de la mesa redonda y se pasaban la sopera y luego los platos. Lunel solía leer mientras comía.

Dentro de poco, Alain tendría que subir. Súbitamente, en el momento del queso, le entraron deseos de huir. Se iría sin ni siquiera subir a su habitación y sin decir nada. Se precipitaría a la estación y tomaría el primer tren que saliera, no para París, en donde había otros Malous, sino para cualquiera otra ciudad de provincias.

—¿Cómo va eso, caballerito?

Melania le puso la mano en el hombro y Alain se sonrojó, como si ella le hubiera adivinado lo que pensaba.

La mujer le repitió en voz baja:

—¡Sobre todo, no se deje enredar!

Se le había cortado la retirada. Le vigilaban. Lo vieron tomar por el corredor y luego subir la escalera. Dio vuelta al interruptor. Iba a empujar la puerta del 13 cuando una voz que procedía de la habitación vecina le preguntó:

—¿Eres, tú, Alain?

Se dio un momento más de libertad. Se inmovilizó sin responder. Pero Corina debió de haber reconocido sus pasos. Chirriaron los muelles de una cama. Se oyeron pasos y una puerta que se abría.

La joven llevaba un vestido de seda negro, todo arrugado, del cual había desabrochado el corpiño. Sus facciones estaban abotargadas, sus ojos irritados, la expresión de su boca perversa y su pelo en desorden.

—¿Qué esperas? Entra.

Alain estaba seguro de que Melania escuchaba al pie de la escalera.

VIII

HABRÍAN sin duda hablado toda la noche si no los hubieran interrumpido. Y Alain debió de guardar un recuerdo a la vez preciso y deshilvanado de aquella larga conversación, que no fue casi más que un monólogo de su hermana, que tomó en cierto momento el giro de una escena sórdida como la que se había desarrollado frente a la casa de Fabien.

El día siguiente, sin ir más lejos, Alain sólo retenía residuos, de la escena con su hermana, como, de la música, se retienen temas, ritmos, y aquello se le quedó embrollado en la memoria. Entre esos temas, los había que, como sonsonetes, le asaltaban insistentes a pesar suyo, y para expulsar los cuales tenía luego todas las penas del mundo.

La primera cosa que vio al entrar fue una bandeja de metal blanco con una botella y un vaso. Notó en seguida que la botella de coñac estaba aún medio llena. Tuvo la intuición de que el vaso no había servido y de que su hermana había bebido directamente de la botella. En la misma bandeja había colillas de cigarrillos aplastados, manchadas de rojo de los labios, y el humo se esparcía alrededor de la bombilla eléctrica que colgaba de un hilo.

¿Por qué le pareció que la habitación era más pobre, menos simpática que la suya? Tenía los mismos ladrillos pequeños de un rojo sombrío, las mismas paredes enjalbegadas y una idéntica ventana en un recodo con una cortina de cretona floreada demasiado corta.

La cama de hierro era negra, la colcha blanca, y las dos maletas de Corina, colocadas en un rincón, no estaban abiertas. La joven había arrojado su sombrero mojado en otro rincón; ¿quizás, rabiosa, lo había pateado?

Todo aquello, Alain lo vio de una sola ojeada; y también el pequeño crucifijo que colgaba encima de la cama y un cromo, en la otra pared que representaba el *Angelus* de Millet. Hacía allí más calor que en su cuarto y no era una simple impresión, como comprendió más tarde; un tubo de chimenea que subía de la planta baja y atravesaba la habitación, del suelo al techo, estaba que ardía.

—¿Es todo lo que sabes decirme? —dijo Corina, huraña, cuando hubo cerrado la puerta y le vio plantado en medio de la habitación.

La joven quiso abrir una de sus maletas, pero tuvo primero que buscar la llave en su bolso de mano.

—Supongo que te lo han contado todo.

De la maleta, abarrotada de un revoltijo de ropa blanca y de vestidos en desorden, sacó una camisa de dormir, una bata y un par de chapines azules.

—¿Qué te han dicho? ¿Te han hablado, abajo? ¡Lo que, en todo caso, te puedo afirmar, es que le he dicho algo a la Magdalena! Porque se llama Magdalena. ¿Y sabes cómo se hace llamar esa gorda larva en su familia, y cómo, hubiera querido que

el marido siguiera llamándola? Chuchú, simplemente. Yo la he llamado Chuchú, te lo puedo jurar, y también le he dicho que hedía de tal modo que Fabien nunca pudo dormir en la misma cama que ella; y que la camarera, por las mañanas, tiene que taparse las narices para poder entrar en la habitación y servirle el desayuno. Siéntate. Es enervante verte plantado ahí en medio.

No había más que una butaca recubierta de tela encarnada y Alain se acomodó en ella, frente a la cama, en la que se metió por fin Corina arreglando la almohada detrás de los riñones y encendiendo otro cigarrillo.

Un momento de silencio. Alain se acordaba de una pausa que le pareció muy larga y durante la cual ambos se observaban no a hurtadillas, sino casi agresivamente. Pero en aquel momento Alain constató que las cejas de su hermana, si no se las hubiese depilado, habrían sido muy largas y casi se le hubieran juntado en la base de la nariz, de la que se veía claramente la piel hinchada y más lisa.

Alain murmuró, porque aquella espera se le hacía insostenible:

—¿Qué piensas hacer?

—Supongo que no te figurarás que le voy a ceder el puesto.

—A propósito de puesto, yo he perdido el mío.

—¿Por culpa mía?

Alain movió la cabeza afirmativamente, y Corina refunfuñó:

—¡La puerca!

—Oye, Corina...

—Mira, Alain, si has venido aquí para hablarme de moral, te prevengo inmediatamente que pierdes el tiempo. Sé muy bien que siempre has sido un poco ingenuo, pero no es éste el momento de jugar a los inocentes. Odio a esa zorra, ¿me oyes? Y, puesto, que una de las dos ha de ceder el sitio a la otra, será ella la que lo habrá de ceder. Tú has debido de creer que me quitarías de delante y que yo me iría a París al encuentro de mamá. Confiesa que lo has pensado... ¿eh? ¡Pues bien, no!... Aunque no amara a Pablo —y lo amo—, me quedaría sólo para hacerla rabiar, sólo para enseñarle quién soy yo. ¡Si la hubieses visto a aquella mujer que se dice tan bien educada, cómo se precipitó sobre mí vomitando todas las injurias que le venían a la boca! Pero tú nunca comprendiste nada, y ahora menos que nunca... Si vieras tu cabeza, si vieras tus ojos...

Eso me recuerda, y deja que te lo diga en seguida porque tengo miedo de olvidarlo, lo que mamá me ha escrito acerca de ti... ¿No le has escrito?

—El domingo.

—Ella no había recibido tu carta todavía... No tenía tu dirección... Me recordó que tú no eres más que un niño... Necesitas un tutor y un tutor sustituto... Has de ir a presentarte al abogado Desbois, que te dirá lo que hay que hacer... Mamá será tu tutora y, probablemente, tu tío Julio tu tutor sustituto... Ahora dime lo que se cuenta por ahí...

—No lo sé. Abajo he sabido que tuviste una escena con...

—Chuchú. ¿Y qué más?

—Nada más. Me han dicho que estabas aquí arriba.

—¡Y no te has preocupado de subir en seguida!... Confiesa que te has avergonzado... ¡Confiésalo, imbécil!... Tus dueños te deben de haber dicho también algo...

—Muy vagamente... La señora Jaminet es la amiga de la señora Fabien... Creo que ellas se telefonearon...

—¡Hato de crápulas!... ¡Pero yo seré quien diga la última palabra! ¡Bah, puedes estar tranquilo!... Soy yo quien te pregunto qué vas a hacer.

—No lo Sé...

—Lo mejor que podrías hacer es irte con mamá.

Él mismo se quedó sorprendido al oírse decir con una decisión que no fue premeditada:

—¡No!

—Olvidaba que tú también detestas a mamá...

—Yo no la detesto.

—Tú la detestas... Y me detestas a mí... Sólo a tu padre, tú...

Sí, así fue como debió de comenzar. No se acordaba del encadenamiento exacto. No se acordaba tampoco de lo que Corina, al principio, había dicho de su padre. Por otra parte, no dijo «nuestro padre», sino «tu padre», como si no fueran hermanos.

Corina bebió en aquel momento un gran trago de coñac. Encendió otro cigarrillo. Estaba sentada en la cama con la mirada dura, y, aunque le miraba cara a cara, parecía que hablaba para sí sola.

—Tu padre no se preocuparía por lo que sucede, no te inquietes, porque ya estaba acostumbrado.

—¿Acostumbrado a qué?

—¿Me preguntas a qué?... A todas esas porquerías, hermano idiota... ¡Si te crees que no se pasó la vida en la suciedad...! Te figuras, quizás, que yo hubiera podido hacer otra cosa que lo que hago, ¿eh?... No olvido que he sido educada perfectamente... En los mejores conventos y en las instituciones de gente más rica. Salvo que cambiaba de vez en cuando, porque en ellos se me hacía la vida insoportable... No a causa de mí... A causa de tu padre... Y también porque había momentos en que no tenía dinero...

Me pregunto cómo te las has compuesto para vivir en casa tanto tiempo sin haberte dado cuenta de nada... Eres joven, sea, pero eso no es una razón... A tu edad te aseguro que yo sabía más cosas que tú... ¡Y yo me daba cuenta...! La verdad es que yo no me tapaba ni los ojos ni los oídos...

Confiesa que es eso lo que tú hacías... ¡Para estar tranquilo!... ¡Porque no tenías deseos de saber!... Si te crees que no lo he comprendido... Ha sido necesaria la muerte de papá y todas las demás cosas para obligarte a mirar la vida cara a cara... Y además... ¿qué trabajo has encontrado?... Te has ido a mendigar una colocación de

meritorio en casa de un impresor insignificante... Y sin duda habrás dado las gracias cuando, te han puesto de patitas en la calle...

A mí, hermanito, no me pondrán de patitas en la calle, ¿oyes?... Todos se imaginan que me voy a ir... Se creen desembarazados de mí... Pues bien, me quedaré... Y mañana o pasado, Fabien vendrá a pedirme perdón... Me suplicará. Se arrastrará a mis pies... No vale la pena que te expliqué por qué, porque te ruborizarías como una niña. ¡Ése no dormirá mucho esta noche! Se necesitarán semanas y quizás meses, pero será Chuchú la que se irá... ¡A pesar de los hijos! ¡A pesar de todo!... ¡A pesar de la clínica!...

Y si tu padre estuviera aquí, es a mí a quien daría la razón... ¿Te figuras tú que él no recibió puntapiés en el trasero?... ¿Que no lo pusieron en la puerta más de cien veces?...

—Oye, Corina...

Pero ella no escuchaba nada. Ella era la que hablaba, con una voz cada vez más seca y apasionada. Varias veces, en el curso de la noche, algunos vecinos dieron golpes en la pared o en el techo para pedirles que se callaran, pero ella no hizo caso.

—Conque soy una cualquiera, ¿eh?... ¿Y con quién se casó nuestro padre?... Hablo de mamá, sí... Tú no quieres saber nada de todo eso... Pero lo sabrás a pesar de todo, porque es necesario, pues de otro modo todos se reirían de ti... Todavía no era rico, en aquella época. Empezaba solamente a enseñar las uñas. Trabajaba en un periódico cuyos artículos no publicados costaban más que los que veían la luz... ¿Tampoco comprendes eso?... Un periódico de chantaje, si lo prefieres... Y Dorchain, el diputado, era su dueño... Y tu padre estaba muy orgulloso de acostarse con la mujer de un diputado...

Hasta que se dejaron pescar... ¿Te preguntas cómo he sabido esos detalles?... Olvidas que, cuando eras aún un niño, hace de eso cinco o seis años, hubo una pelea entre nosotros y los Dorimont... ¡Vaya escenas bonitas, aquéllas!... Lo que no impide que mamá se refugie hoy en casa de tía Juana.

Pues bien, fue tía Juana quien me puso al corriente... Detestaba a nuestra madre en aquella época, y todo le parecía bien...

¿Sabes lo que Dorchain, después de haber obtenido el divorcio, le dijo a tu padre?

—Ahora, amigo mío, es usted quien va a cargar con ella.

Y papá ha cargado con ella durante veintidós años... Durante veintidós años, ella lo ha llevado sujeto, porque, a pesar de sus aires plañideros, es una mujer que sabe lo que quiere... Y tuvo las alhajas que codiciaba... Dio las recepciones que soñaba dar... Y tuvo su chofer particular, su camarera, su mayordomo...

¡Y hemos vivido en ese ambiente, mi pobre, mi cobarde Alain!

Me vestían como a una muñeca de lujo, tenía los juguetes más lindos de la tierra, no se vacilaba, por Navidad, en comprarme un caballo y pagarme un profesor de equitación...

Pero cuándo entré en un pensionado, algo más tarde, mis condiscípulas, al cabo

de poco tiempo, evitaban dirigirme la palabra... Sus padres se lo prohibían... ¡Porque yo era la hija de Malou!...

¡Ah! Tú crees, como Chuchú, que soy una perdida...

Historias de ésas, podría contarte toda la noche. Lo más extraordinario es que tú seas el único que no las sepa. La gente se las explica aquí como en todas partes. Y han salido hasta en los periodicuchos como el que sirvió para que tu padre se iniciara.

¡Dinero fresco!... Era su frase... Faltaba siempre dinero fresco, y tú no sabes cómo se obtenía a última hora.

A propósito, ¿qué has hecho de la maleta de papeles?

—Está en mi habitación.

—Me la tienes que dar... Tú eres demasiado tonto para servirte de ella... Ni siquiera comprenderías... Mientras que yo encontraré en la maleta algo con que meterles la nariz en su podredumbre.

¿Te choca, verdad? ¿Crees, acaso, que se hablaba de otra manera en la familia, cuando estallaba una de esas buenas disputas después de las cuales, a veces, mamá iba a instalarse por unos días al hotel?

¿Tampoco lo sabías, idiota?

¿Y te estás ahí plantado como una estaca mirándome azorado?... Y poco te faltaría para ingresar en el clan de los otros...

El clan de los otros... «Todos son unos...».

Palabras que ya había oído Alain, pronunciadas por José Bourgues. Pero el ex presidiario no tenía aquel acento apasionado, ni mostraba aquella cara rencorosa.

Hubiera querido poder decirse que su hermana estaba borracha, pero veía bien que si Corina había bebido no por eso dejaba de saber lo que se hablaba.

Ella se desembarazaba, en cierto modo, de todo lo que le agobiaba el corazón, de lo que jamás había dicho, salvo a pedazos, en el curso de sus disputas con su madre; salvo también, quizás, en sus conversaciones con Fabien.

Alain estaba horrorizado. Acudían a su mente recuerdos, imágenes; su hermana, por ejemplo, cuando volvía, con sus botas y sus pantalones de montar, de sus paseos a caballo, con el látigo en la mano, los rasgos de su rostro delicados todavía, sus cabellos rubios asomándose en bucles bajo la gorra de jinete.

Se acordaba de las meriendas magníficas que Corina ofrecía a sus amigas cuando él era aún muy pequeño; de todas aquellas niñitas a las que los mayordomos en los hoteles servían con guantes blancos.

—Mira, una cosa he de decirte, Alain, y es que no somos, que nunca hemos sido, como la otra gente, y que la otra gente nos detesta y nos desprecia.

Hasta, y sobre todo, los que venían a comer a nuestra mesa. ¡Hasta los que necesitaban a papá!

La gente decía con una sonrisita significativa:

—Estoy invitado a comer en casa de los Malou—.

Y también:

—Voy a pasar el fin de semana en el castillo de los Malou.

Y esas palabras iban obligatoriamente acompañadas de un guiño. Venían a casa como a un espectáculo. Venían a ver de cerca, en su casa, al hombre que se creía emperador de la construcción, a su mujer, que se creía ser una mujer de mundo...

No creas que exagero. Papá ha dejado escribir esa frase en un diario: el emperador de la construcción... Fingía bromear, pero lo creía...

Recuerdo una especie de prospecto que publicó en papel de gran lujo para enviar a todos los personajes oficiales y a todos los municipios.

Malouville —¿no te hace reír esa palabra?—, Malouville no debía ser más que un experimento, una muestra de lo que quedaba por hacer... Tu padre soñaba en lograr que todas las poblaciones de por lo menos cincuenta mil habitantes se viesen obligadas por una ley a construir en su vecindad una ciudad modelo como Malouville...

Encontrarás ese prospecto en la maleta... Se habla en él de covachas, de arrabales leprosos, de la necesidad de sembrar por Francia la semilla de las ciudades futuras...

Era Malou quien debía ser el artesano de todo eso... Se le permitiría lanzar un gran empréstito, un empréstito nacional... Y él, con todos aquellos millones, aquellos centenares de millones...

¿No ríes? ¿Ni siquiera sonríes? Había gente que venía a casa y fingía tomarse la cosa en serio.

Luego, después de haber hecho espejear aquellos centenares de millones, se les pegaba un sablazo de algunos billetes de mil, con que pagar al mayordomo que acababa de servirlos y que a veces se pasaba meses sin cobrar ni un céntimo de su sueldo.

¿Y mis casamientos, Alain?... ¿No te acuerdas de mis casamientos?

Ibas aún a la escuela, al colegio... Volvías y te encerrabas en tu habitación para estudiar o leer, y apuesto a que te tapabas los oídos con los dedos.

En la mesa, estabas tan ausente, eras tan poco de la familia, que a menudo vi a papá mirarte con sorpresa y luego menear la cabeza y suspirar.

Es posible que, después de todo, le gustara más así, puesto que fuiste su preferido. Quizás se decía que tú acabarías por ser un auténtico hombre de mundo.

Trataron de casarme diez veces por lo menos. No se miraba la edad, ¡te lo juro!... Con tal que fuese un partido brillante... O bien con dinero, mucho dinero, o con un título... O bien una situación importante en la política.

Y las cenas sucedían a las cenas... Y se usaban artificios con el caballero... Y la cosa terminaba siempre del mismo modo... El caballero desaparecía un día para no volver más...

¿Qué les hubiera aportado yo?

¡Les hubiera aportado un suegro, Eugenio Malou, y una suegra que se creía una gran dama porque tenía joyas y recibía a treinta o cuarenta personas en su mesa!

Tú no los viste disputarse cuando se trataba de poner las tarjetas con el nombre de

los invitados encima de los cubiertos... ¿Qué grado en la Legión de Honor es el de Fulano?... ¿Pasa un ministro delante de un académico?...

Sólo a los monseñores no recibíamos, porque los obispos y los arzobispos son precavidos...

¿Qué querrías que saliera de tal suciedad? ¡Di! Ya puedes mirarme como si fuera un monstruo; pero métete bien en la cabeza que ninguno de nosotros vale un comino...

Tuve amantes; el primero de ellos fue un amigo de papá...

—¡Cállate, por favor!

—Pues será necesario que te acostumbres... Uno de ellos fue el conde de Estier, para que lo sepas.

Alain se levantó rojo de ira.

—¡Corina!...

—¿Y luego qué?... ¡Estate quieto!... ¿Crees acaso que tu padre se andaba con remilgos?

—¡Mientes!

—Como quieras. Pregúntalo a mamá o a tía Juana... Pregúntaselo a cualquiera... Claro que eso no es lo que se aprende en la escuela, y tú ves todavía la vida y los hombres a través de tu colegio...

Alain estaba horrorizado; la miraba de hito en hito y lo hubiese dado todo para poder hacerla callar. No obstante, escuchaba. Algo le retenía en aquella habitación, delante de aquella mujerzuela que era hermana suya y que para mantenerse en un cierto grado de frenesí pegaba de vez en cuando a sus labios el gollete de la botella de coñac.

—Ni siquiera somos advenedizos, porque los verdaderos advenedizos tienen dinero y nosotros nunca tuvimos sino deudas, y de nuestras deudas hemos vivido siempre en cierto modo...

Precisamente por eso nos era necesario deslumbrar... Tu padre pensaba que era necesario deslumbrar a la gente y no sabía qué inventar de nuevo para lograrlo.

¿Acaso nuestra casa ha parecido alguna vez una verdadera casa? ¡Dime! ¿Te has sentido a tus anchas en ella, salvo en tu habitación? ¡Pero tampoco!... Te endosaron, a guisa de cama, una especie de catafalco porque en él había escudos de armas.

Siempre rae he preguntado por qué nuestro padre soportaba los humores de mamá, por qué no se divorciaba a su vez, y creo que acabé por descubrir la razón: en primer lugar, porque había sido la esposa de un diputado, de un hombre que fue ministro y que podía volverlo a ser. Luego —y eso es sin duda lo más importante— porque tenía necesidad de ella, porque él no estaba al corriente de los usos, mientras que ella había vivido durante varios años, y antes que él, aquella vida de recepciones y conocía las reglas elementales.

Todo eso no nos salva de ser los nietos de nuestro abuelo, Alain. Y no tenemos nada que ver con toda esa gente que nos rodea ni podemos esperar nada de ella. Tenlo

presente...

Nos detestan y nos desprecian. Y es por eso que no me dejaré humillar por una Chuchú...

Tengo la suerte de contar con algo con que ella no cuenta...

Estuvo a punto de hacer un gesto obsceno que se limitó a abocetar.

—Me serviré de ello y soy quien ganará la partida. ¡Yo seré la señora Fabien; ya lo verás! Me recibirán en sus casas y poco me importa lo que murmuren a escondidas...

¿Sabes de qué hacía la condesa de Estier antes de ser condesa?

Trabajaba en el Casino de París y no como danzarina, sino en calidad de mujer desnuda. Por otra parte, sin duda fue a causa de eso que Estier puso dinero en los negocios de papá, para evitar que nuestro padre empezara una campaña de ecos en los diarios...

Y allí la tienes condesa...

¿Empiezas a comprender?

Alain no respondió. La cabeza le daba vueltas. El aire olía a tabaco, a coñac, y en ciertos momentos le pareció que era él quien estaba borracho. A veces su mirada se posaba en el *Angelus* de Millet y aquellas gentes que estaban de pie en un campo con las manos cruzadas para la oración le parecían pertenecer a un mundo de ensueño.

Le parecía que en torno suyo todo estaba sombrío, que, salvo la habitación, aquel cubo de paredes blancas, sólo había obscuridad, frío, nieve derretida.

Se guardaba rencor por no saber erguirse, por no defender a su padre ante aquella moza que desde el fondo de su cama buscaba las palabras más crudas, y las más malévolas, y las imágenes más repelentes.

—Cállate, Corina —le suplicó Alain.

—Ya volverás a hablarme cuando hayas leído los papeles de la maleta.

—¿Cómo has podido leerlos tú?

—Porque la abrí un día que papá no estaba en casa.

—¿Tú registrabas sus cosas?

—¿Por qué no?

Alain la miraba fijamente, despavorido. No concebía que hubiese podido vivir a su lado sin sospechar su carácter.

—También podría decirte que mamá mintió, que si ella se fue tan ligera a París fue porque se llevaba la mayor parte de las joyas. ¡No las hubiera dejado vender nunca, bah! La conozco demasiado bien. Las defendía con encarnizamiento. He oído algunas veces a tu padre suplicarle que le permitiera empeñarlas, en parte por lo menos, para salir de un mal paso...

—¿Y qué haría yo si te sucediese alguna cosa? —le replicaba ella—. ¿Qué les sucedería a los niños?

A pesar de todo esto nos abandonó...

Ambos hacían trampas, y eso es también una cosa que no sabes. Cada cual

probaba de llenar su hucha...

¡No vale la pena de que llores, hombre!

—No lloro.

Era un resfriado incipiente que le ponía los ojos encarnados y le cosquilleaba en las narices.

La botella estaba vacía, y Corina estuvo a punto de pedirle a su hermano que bajara en busca de otra. Pero ya no se oía ruido alguno en la casa. Era muy tarde. Pasaban largos momentos sin que se oyeran pasos en la calle.

—Tú harás lo que querrás, y te convertirás en un empleado como tu hermano, si tu idiotez te lo pide... solamente te prevengo que no me impedirás hacer lo que me dé la gana.

¿Seré yo acaso la que haya heredado más de mi padre? Él se encarnizó contra todos ellos toda su vida... Me apuesto a que si no hubiese caído enfermo, si no hubiese sabido que estaba condenado, habría continuado...

¿Sabes lo que creo que le fue a pedir a Estier? Con que acabar tranquilamente su vida en una clínica.

—No es verdad.

—Como quieras. Pero no deja de ser mi idea que entonces, cuando vio que hasta eso le era imposible...

—¡Cállate, Corina!

Sentía deseos de pegarle. En pocas horas, Corina acababa de pisotear todo cuanto él había conocido hasta entonces.

Se acordaba de José Bourgues, que hablaba un lenguaje tan diferente.

En su paseo nocturno por la carretera, más allá de la Genette, él, Alain, se había fortalecido con la sensación de que ya era un hombre.

No obstante, Bourgues y Corina, ¿no habían dicho lo mismo? De otro modo, en otros términos; pero desde luego lo mismo.

Corina estaba saturada de rencor. Había vomitado su rencor, y Alain, salpicado, sentíase físicamente lastimado.

Ninguno de los dos se preocupaba de la hora que era.

—Hasta su misma enfermedad...

Alain estuvo a punto de imponerle silencio por fuerza, tanto miedo le daba lo que se diría.

—Tú no lo creerás, pero yo sé lo que me digo. Hablé de ello extensamente con Pablo. Su cáncer...

Alain abrió la boca para decir que no, porque adivinó.

—Le vino de una antigua sífilis...

El joven cerró los ojos y permaneció inmóvil.

Aquella palabra era para él la más atroz.

—No temas por ti. Ya me informé. Hice más. Me hice hacer un análisis de sangre y la Wassermann fue negativa. Daba de más lejos. ¿Comprendes? Sin duda de la

época de su primera mujer... Y como tú naciste después que yo...

Esta vez, Alain lloraba. Bastó una palabra, una palabra que desde ahora le atormentaría toda la vida. Se inclinó sobre el brazo de su butaca y con la cabeza en su brazo doblado sollozaba.

—¡Tú eres tan tonto como ellos!... Te has tragado lo otro, que era sumamente más grave y, ahora, por una sencilla palabra, lloras...

—¡Cállate!

Había gritado, con todas sus fuerzas. Estaba de pie, con lágrimas en los ojos y la boca retorcida. Apretaba los puños. De haber tenido algo al alcance de la mano hubiese golpeado a aquella moza con saña, y quizás la hubiera muerto.

—¡Cállate! ¿Me oyes? Si no, no sé lo que voy a hacer...

Y, con su cara cerca de la de su hermana y los puños siempre cerrados, jadeaba sin poder recobrar su aliento:

—Eres una... eres una... eres una...

Corina le soplab a la cara su aliento, que apestaba a alcohol y a nicotina. Era hermosa y ella lo sabía. Pero no para él. Alain detestaba aquel rostro de labios carnosos, de trémula nariz, de ojos preñados de fulgores.

—¡Una prostituta!... —acabó ella riendo—. Sí, ésa es la palabra. Chuchú me la ha dicho no hace mucho... ¡Grítala tú también, joven Malou, hijo de Malou!

Y soltó una carcajada y su garganta se hinchó de una risa que no podía contener.

Alain la amenazó.

—¡Cállate!

Y ella seguía riendo con aquella risa que le volvía loco. Ya no era su hermana, ya no era una mujer que reía, sino una hembra, una hembra inmunda que, por juego, por rencor, por asco, acababa de ensuciar todo lo que le quedaba en el mundo.

—¡Cállate!

Alain hubiera deseado calmarse. Casi suplicaba ante aquella risa que no se acababa nunca, que se volvía histérica; ante aquella garganta hinchada y aquella piel lechosa del cuello, del seno que desbordaba de la camisa.

—¡Cállate!...

Entonces llamaron a la puerta y a Alain se le heló la sangre en las venas. La risa también se cuajó, tan súbitamente que se produjo como un gran vacío en la habitación. Alain tragó saliva. No pudo hablar en seguida con su voz natural. Llamaron otra vez con golpecitos discretos e imperiosos al mismo tiempo.

—¿Qué hay? —llegó a articular pasándose la mano por el pelo.

—Abra... Soy yo, Melania.

Vaciló un momento. Le pareció que su hermana le hacía signos de que no abriera, pero la voz de la posadera era tan convincente que la obedeció sin darse cuenta. Descorrió la delgada aldaba pintada del mismo color que la puerta y Melania empujó la hoja diciendo:

—Esto apesta, aquí.

Sólo lanzó una rápida ojeada a la cama:

—¿No se dan cuenta de que son más de las dos y que impiden dormir a toda la casa?

—Usted perdone... —balbuceó Alain.

—Vamos, venga...

Alain se sorprendió, después, de la docilidad con que la había obedecido. No miró a su hermana. Se le olvidó recoger su abrigo y su sombrero. Siguió a la mujer por el corredor y no encontró raro que estuviese vestida aún.

¿Se habría vuelto a vestir expresamente, ya que no era de la clase de mujeres que se exhiben en ropas de noche? ¿Habría velado, hasta entonces? ¿Habría escuchado su conversación?

Melania abrió la puerta del 13 después de haber entornado la de la habitación de Corina y dio vuelta al conmutador.

—Va usted a acostarse inmediatamente.

Había severidad en su voz, pero no animosidad. Le habló como a un niño.

—Y me hará el favor de dormir, caballerito... En cuanto a ella, tanto si usted lo quiere como si no, mañana por la mañana tendrá que tomar soleta.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no le faltaba nada.

—¿Quiere que le suba algo para beber?

—Gracias.

Ya no tenía nervios, ni fuerzas. Sus miembros, su cabeza, estaban vacíos. Permanecía plantado en medio de la habitación sin darse cuenta ni de dónde estaba ni de lo que debía hacer.

Ya no lloraba, pero sentía un gusto salado en los labios, su frente estaba caliente y sus manos ardían.

—Y correrá el cerrojo cuando yo haya cerrado la puerta. Y, si ella tratase de venir a su encuentro, le prohíbo que la abra...

Alain prometió con un signo de cabeza.

—Duerma bien... Duerma tanto como pueda... No tengo, desgraciadamente, ningún medicamento para hacerle dormir...

Melania vaciló todavía un momento antes de alejarse. ¿Quizá sintió deseos de ponerle las manos en los hombros para animarle o quizá, ella que nunca tuvo hijos, de estrechar aquel muchacho delgado e inocente contra su blando seno?

Melania repitió al salir:

GEORGES SIMENON

—Duerma bien...

A través del tabique oyó que su hermana se levantaba y luego que se volvía a acostar. Oyó el tac del conmutador.

Cuando acababa de tenderse en la cama distinguió la famosa maleta y estuvo a punto de abrirla. Estaba demasiado fatigado. La cabeza le daba vueltas. Le pareció que iba a empezar una enfermedad grave, y eso le alivió. Porque entonces ya no

tendría que ocuparse de nada. Los otros tomarían las responsabilidades por él.

Le hubiera gustado estar enfermo mucho tiempo; en una habitación clara, con una enfermera que le impidiera hablar y le trajera de vez en cuando caldo o medicinas.

Se le hinchaban los labios. Se sintió aquella noche como un niño pequeño, y sin saberlo estrechó la almohada en su brazo como si fuese una persona, una persona humana que hubiera tomado por su cuenta todo el peso de su vida.

Sólo cuando oyó su respiración normal Melania se alejó de puntillas por el corredor. No se pudo abstener, al pasar frente a la habitación de Corina, de sacar la lengua.

IX

ALAIN no había pensado en si era sábado. Encontró la puerta abierta de par en par y a la señora Foucret lavando la casa a toda agua, en zuecos y con un delantal de basta tela azul sobre sus enaguas de color de rosa. La mujer se incorporó, confusa. En seguida se llevó las manos a su pelo enrollado con horquillas.

—Escúcheme, señor Alain.

El tiempo había vuelto a cambiar. Hacía sol aquella mañana; había helado durante la noche y el suelo estaba duro y la tierra crujía. ¿Por qué le miraba de aquel modo aquella mujer? ¿Por qué su silueta a contraluz parecía desmesurada? Estuvo a punto de abrir la boca y de decir algo; de decirle que le veía cambiado, y Alain lo adivinó. Sabía muy bien que se había producido en él un cambio, lo sentía en sí mismo, hasta en el ritmo de su marcha y de sus gestos, pero ignoraba que pudiera notarse a simple vista.

—Entre y le voy a preparar un asiento.

Escurió la bayeta en el cubo y explicó:

—Foucret se ha ido en bicicleta a Jamilly, a tres kilómetros de aquí, donde tiene las botas de caucho en reparación. Mañana por la mañana tienen una batida de conejos en el bosque de Ormeaux.

¿Había adivinado que esta vez no había venido Alain para ver a su marido?

—Entre primero a beber algo. El señor José está pescando. Si quiere verle le encontrará al pie de la cuesta, no lejos de los Tres Robles. Se instala siempre allí.

—Voy a su encuentro —dijo Alain.

—¿No quiere tomar un vaso de vino? ¿Algo caliente? Puedo hacerle café en un instante...

El domingo anterior hubiera cedido, para complacerla, porque no se hubiera atrevido a rechazar la oferta. Hoy dijo, con calma, con gravedad y también con mucha dulzura:

—Muchas gracias. Veré sin duda a su marido, cuando vuelva, al pasar.

No podía haber adelgazado porque acabara de pasarse unos días en la cama. Siempre fue delgado y apenas estuvo enfermo. Un simple resfriado que le dejó la nariz encarnada y húmeda y los párpados sensibles.

Fue como si, de común acuerdo, Melania y él hubiesen representado la comedia de la enfermedad. Cuando se despertó a eso de las doce ella debió de aguzar el oído desde abajo, porque subió en seguida.

—Tranquilícese usted, caballerito —le anunció Melania—. Se ha ido. Enséñeme la lengua... ¡Dios mío, qué calentura tiene!

Las sábanas estaban empapadas de sudor y la almohada y el pijama también.

—Ya me lo pensaba yo, que estaba empollando algo. Pero le vamos a curar y se le pasará pronto. Olga, trae sábanas y una funda de almohada...

Como expresamente para aturdirlo, Melania le cuidó, le mimó. Tan pronto le daba una taza de caldo como un flan, como una limonada caliente.

Pero ella sabía muy bien que Alain no estaba enfermo y que todo aquello, no tenía otro objeto que el de cambiarle las ideas.

A pesar de todo, aquella mañana se sentía un poco débil. En el tranvía de la Genette sufrió dos o tres sofocaciones y anduvo luego a pasos flojos por la carretera, que le pareció más larga que el domingo anterior.

Recorrió las avenidas del aparcamiento, divisó de lejos, en medio del estanque, el zócalo, que esperaba, que esperaría siempre, el busto de su padre.

No le costó trabajo encontrar los Tres Robles; al pie de la colina entró por un sendero que descendía serpenteando hacia la orilla del río. Una vez allí se quedó sorprendido y algo desconcertado al no distinguir a José Bourgues. Dio algunos pasos hacia la izquierda y descubrió el ribazo en una larga extensión, pero sin ver pescador alguno.

Dio la vuelta y entonces vio al hombre que buscaba, sentado sobre una piedra llana cerca de un sauce, con su caña en la mano y la mirada clavada en un minúsculo flotador encarnado fijo en las aguas saturadas de reflejos.

Bourgues no le había oído e ignoraba su presencia. Estaba tan inmóvil, tan silencioso, estaba todo tan inmóvil y tan silencioso alrededor de él que Alain se impresionó.

Una columnita de humo subía, en el aire tranquilo, de un cigarrillo que el ex presidiario tenía en los labios y que le colgaba casi sobre la barbilla. A veces, agachaba levemente la cabeza, sin duda para ver mejor el flotador, dispuesto a tirar.

No abandonó su inmovilidad sino cuando Alain se le quedó parado a unos metros de distancia, y no se levantó. Sólo movió la cabeza y dijo:

—¿Es usted?

—¿Ya no me tutea?

—Es verdad... Dispensa, Alain. Siéntate. Hay una piedra un poco más arriba.

Entre ellos también había algo cambiado. Seis días antes era un hombre maduro, casi un anciano, que iba con un niño por la carretera.

Hoy ya no había niño. Alain no se apresuraba a hablar, a formular las preguntas que se había propuesto formular. Permaneció inmóvil también él, sentado sobre su piedra, manteniendo dobladas sus largas piernas con las dos manos, mirando a la superficie del agua y de vez en cuando a su compañero.

—He leído los papeles de mi padre —dijo por fin.

—¡Ah!

José Bourgues esperó, sin volverse, y retirando lentamente la caña le cambió el cebo con cuidado meticuloso.

—Encontré una foto de mi abuelo.

En una cartera vieja que no contenía más que fotografías y papeles amarillentos con los pliegues rotos. Era una foto sobre placa de zinc que debió de ser tomada en

una feria. Los rasgos estaban borrosos. Se veía a un hombre con una maleza de pelo, con un pelo tan blanco y tan tupido que hacía pensar en las crines del caballo, con espesas cejas, ojos diminutos casi como presillas de ojal, una nariz gorda y bigotes lacios que le cubrían los labios.

Lo que chocaba más era el aspecto salvaje, a la vez tranquilo y desconfiado, con que miraba al objetivo. ¿Cómo se había logrado arrastrarle hasta la máquina de retratar e inmovilizarle? No estaba contento. Estaba allí para dar gusto a alguien, pero miraba con aire huraño al trapo negro bajo el que el operador estaría escondido.

Había otras fotografías en la cartera, especialmente una de Eugenio Malou, a los dieciséis o diecisiete años, en compañía de una chiquilla con el pelo a la griega mantenido en la frente por una cinta.

—Hay un aeroplano pintado en la tela del fondo, ¿no es verdad? —dijo José Bourgues—. Pues la conozco. Íbamos juntos. Yo llevaba también una chiquilla conmigo, pero no me acuerdo del nombre de ninguna de las dos.

Una foto de Eugenio Malou de quinto, con todo un grupo.

—En ésa yo no estaba porque tenía un año más que tu padre.

Luego un joven despejado, mejor vestido y con la mirada orgullosa: Malou en París.

Ambos hombres tenían tan poca prisa en hablar el uno como el otro. Un gardón se agitó al extremo del sedal e hizo saltar un poco de agua de la caja verde en la que el pescador lo dejó caer.

—¿Era mi padre un bribón?

La pregunta se había formulado por fin, lentamente, con una voz neutra. Alrededor de ellos, la calma de un bosque en una mañana de invierno, con alguna bellota podrida que a veces se desprendía de un árbol, y a veces también el lecho de hojas muertas que se estremecía al paso de un conejo.

—Escucha bien lo que te voy a decir, Alain...

Callóse un instante para dar más fuerza a lo que iba a decir.

—Tu padre fue un hombre. Y eso, créeme, tú te darás cuenta algún día, es más raro que un hombre honrado.

Era una vaguedad y, no obstante, Alain tuvo la impresión de haber comprendido.

—Un hombre, ya verás... Por desgracia eso no se explica, se siente.

—Sí —dijo el adolescente con convicción.

—No importa quién puede ser un hombre honrado, a veces sin quererlo. Hay montones de gente que es honrada simplemente porque tiene miedo, o porque está cansada o se encuentra mal. Otros lo son porque han nacido así, en casa de gente honrada, y nunca les ha venido la idea de cambiar de estado. ¿Me tienes a mí por un hombre honrado?

—Así lo creo.

—Pues bien, ¡tu padre valía cien veces más que yo!

Tú has visto la fotografía de tu padre, pero no la de su madre. Ahora bien: fue su

madre quien lo crió. En el pueblo la llamaban la loca. ¿Has notado que en cada pueblo, o en casi todos, hay un simple de espíritu o una loca? Tu abuela desempeñaba ese papel en el suyo. Nunca supo qué cosa era una cama; dormía en el suelo, sobre un montón de harapos, lo cual no impedía que los hombres fueran a encontrarla cuando estaban borrachos. ¡A veces, en banda!... Porque así era más divertido, ¿comprendes?

¿Y sabes lo que hizo célebre a tu abuelo en el cantón? Que se comiera los cuervos y las culebras, y en general, todas las bestias hediondas.

Se negó a creer que el hijo de la loca fuese suyo. Fue más tarde cuando tuvo la prueba, un día que le miró de más cerca, cuando Eugenio contaba doce años. El viejo notó una pequeña mancha, como una cabeza de alfiler, en la pupila izquierda, y él tenía exactamente la misma en el mismo lugar.

Entonces él recogió al niño.

Y aquel chiquillo, solo, se convirtió en tu padre, con su casa, su servidumbre, sus autos, sus obreros y montones de gente bien situada que iba a comer a su mesa.

Miró al joven al soslayo, pero no le fue posible adivinar lo que pensaba. En realidad, las palabras del ex presidiario se superponían a las de su hermana. Era como una composición a dos voces, de la que él seguía fríamente y meditabundo la doble línea melódica.

Estaba contento de haber encontrado a José en la orilla del agua, porque en la casa aquella conversación hubiera sido más difícil.

Y también le estaba reconocido al compañero por que siguiera pescando. Bourgues llevaba una chaqueta de cuero, y una gorra de visera de hule como la de los ferroviarios. Un gran pañuelo de seda se le enroscaba al cuello. De vez en cuando, se agachaba y echaba al agua, cerca de la caña, una bolita de tierra en la que había mezclado cañamones.

Las preguntas estaban clasificadas y bien ordenadas en el espíritu de Alain.

—¿Es verdad que empezó por hacer chantaje?

José se estremeció, pero permaneció inmóvil y evitó mirarle.

—Mira, Alain, yo tengo ahora cincuenta y ocho años. He pasado un año de mi vida en una celda y dos años en un presidio. He vivido exilado en La Habana y he conocido a hombres de toda clase. Así, pues, es difícil que tú y yo juzguemos a las gentes y a las cosas de la misma manera.

—Creo que yo comprendería...

—Hay gente bribona y gente honrada. Pero, lo que abunda, sobre todo en cierto ambiente, por poco que se suba en lo que llaman la escala social, es la falsa gente honrada o, si lo prefieres, la gente honrada que comete picardías a hurtadillas. Cuando tu padre se ganaba la vida escribiendo en periódicos de poca monta, conocía a gente de esa clase. Su director y sus compañeros sabían la manera de aprovecharse de ellos. En lugar de indignarse o de cerrar los ojos, se hacían pagar su silencio.

Un velo cayó sobre el rostro de Alain, que cerró los ojos un instante.

—No olvides de dónde salió Eugenio. ¿No has tenido nunca hambre? ¿No te has encontrado nunca en una población sin un céntimo en el bolsillo, sin un lugar, salvo la acera, donde acostarte? Te contarán historias enternecedoras sobre esos temas. Pero no las escribieron los que las vivieron. Porque entonces no se tiene más que una idea, una sola, ¿me oyes? —su voz se hizo grave—, y es la de no volver a caer nunca más tan bajo.

Porque abajo, a cierto nivel, ya no hay nadie para tenderte la mano. La gente pasa, bien alimentada, bien vestida, con dinero en los bolsillos, pero nadie piensa en agacharse...

Callóse. Callóse Alain también. Luego se sonó. Finalmente, después, al cabo de varios minutos, José volvió a tomar la palabra con una voz normal.

—Había en aquella época, y en París, gente que ganaba mucho dinero, tanto, que no sabía qué hacer de él y que cifraba su orgullo en ir a perder millones en una sola velada de Deauville.

—¿La Sociedad de Urbanización? —preguntó Alain, que había leído los papeles de la maleta verde.

—Pagando adehalas a los concejales y a personajes mejor situados también, falseando adjudicaciones, habían llegado a hacerse confiar la construcción, no de algunos inmuebles, sino de barrios enteros por la cuenta de la villa de París.

Yo estaba en la Guayana. No sé cómo tu padre obtuvo ciertos documentos.

Una campaña de prensa de nada hubiera servido, o más bien ningún periódico hubiera aceptado emprenderla. Ningún diputado se hubiera atrevido a llevar el escándalo a las Cámaras. Porque los diputados que cobraban se contaban por docenas.

Tranquilamente, con su papel en el bolsillo, tu padre se fue a pedir a la Sociedad una colocación de jefe de publicidad.

Si no hubiese poseído su papel se le habrían reído a la cara. Pero lo poseía, Y puso, descuidadamente, una copia encima de la mesa.

Comprendieron, y le dieron el cargo.

Así fue cómo ganó su primer dinero, que le permitió montar un negocio en Burdeos.

—Comprendo.

—Otros, que debutaron como él, han subido más alto. El primer marido de tu madre ha sido ministro y lo volverá a ser probablemente.

—¿No eran ustedes libertarios?

—Por extraño que parezca lo que te voy a decir, es verdad: libertario, lo soy aún, y tu padre siguió siéndolo toda su vida. Pero eso soy incapaz de explicártelo.

Es algo que se lleva dentro y que no puede cambiar.

Es fácil reírse de nosotros y decir:

—¡Una vez se llenaron la barriga y tienen una cuenta corriente en la banca, se vuelven peores que los burgueses!

Es falso, Alain...

Y la prueba de que es falso es que tu padre ha muerto y que el lunes se venden su casa y sus muebles en pública subasta, mientras que el conde de Estier sigue enriqueciéndose...

Siempre las dos voces... La de Corina, agriada, nerviosa, con grandes movimientos de pasión y relámpagos de odio, y la de Bourgues, monótona y calmada, que fluía como el agua del río.

Además, había las cartas, una, entre otras, de la Sociedad de Urbanización, que Alain se sabía de memoria y que todavía le avergonzaba.

«Querido amigo:

He recibido sus dos últimos mensajes y sus telegramas. No los he contestado antes porque estaba de vacaciones. Comprendo perfectamente sus dificultades actuales, pero siento no poder una vez más ponerle en situación de allanarlas.

En cuanto al negocio que me recuerda, permítame que le diga que data ahora de un cierto número de años y que no se podría volver a poner sobre el tapete sin caer en el ridículo. Nuestro Presidente del Consejo de Administración, el general B..., además, está dispuesto a llevar en lo sucesivo a los tribunales todo cuanto pudiera referirse a operaciones realizadas por un Consejo de Administración anterior.

Espero que en otros lugares encontrará usted la manera de salir de un mal paso, y le ruego que crea, mi querido amigo...».

¿Fue éste quien le dio el puntapié en el trasero de que habló Corina?

—Hay gente que ama el dinero y gente que no lo quiere por el dinero mismo —prosiguió Bourgues lentamente—. Eugenio lo amaba tan poco que lo echaba por la puerta y por las ventanas, lo distribuía, de una manera a veces ridícula, al primero que llegaba. Pregúntaselo a Francisco Foucret. Pregúntaselo a la hija de la empleada de Correos, que envió a Suiza durante cuatro años...

A causa de Corina, Alain iba a preguntar: «¿Había sido, su querida?».

Pero ello no hubiera venido a propósito, entre ambos.

Hubiérase dicho que allí, a la orilla del río, en el que se estremecía un pequeño flotador encarnado, las mismas palabras, tan sucias y humillantes en la boca de Corina, se volvían puras.

—Los hay a centenares, que le deben lo que hoy son, porque él era incapaz de denegar nada. Hubiera querido que todo el mundo fuese feliz, salvo los crápulas, los

cobardes, los...

¡Vamos, los otros! Sí. Alain empezaba a comprender, a subrayar aquellos «otros» con un trazo más preciso.

—No quería seguir siendo pobre. No quería tampoco vegetar en la mediocridad, porque para eso había salido de demasiado abajo. He ahí quizá la verdad; y es que, cuanto más bajo es el punto de partida, a más altura uno se ve obligado a subir. ¡Cueste lo que cueste! Mira, yo creo que él hubiese preferido la vida de su padre, la cabaña al lado del depósito de maderas, los cuervos asados, a la vida de tu hermano Edgardo.

Le era necesario o todo o nada, justamente porque era Eugenio Malou. Le era necesario Malouville y su estatua.

Le precisaba sentar a su mesa, servida por mayordomos, a aquella gente que jamás se hubiera imaginado que un hombre como ellos pudiera ser el hijo de la loca.

Necesitaba afanarse y subir más.

Le era imprescindible, en suma, el esfuerzo por el esfuerzo.

Es por eso que te he dicho que Eugenio Malou era un hombre. Aunque le hubiesen predicho que acabaría lamentablemente, hubiera cumplido un esfuerzo idéntico, porque para él era una necesidad.

Estaba solo; era el único que creía en él, sin nadie jamás en quien apoyarse, salvo los pequeños, salvo algunos, no todos, de los que recibían sus liberalidades, que le admiraran y creyeran en él.

Llevaba toda vuestra casa a costas. Tenía que encontrar dinero y más dinero cada mañana para tu madre, para tu hermana, para la servidumbre...

Ese dinero, él lo encontraba, lo encontró durante años y más años, él, el buen Malou, que ni siquiera tenía estado civil...

Claro está que no se lo regalaban. Al dinero le cuesta salir de los bolsillos, y mucho más salir de las cajas de caudales de los que poseen mucho.

A éstos hay que prometerles más aún. Ahora bien, Eugenio sabía prometer. De nosotros dos, era él quien vendía más «Té Indio», y yo le he visto vender diez paquetes a un cura viejo, que padecía de hemorroides, lo cual no le impidió vender otros a su sirvienta, afectada por un catarro...

¿Acaso se sonrió Alain? Su rostro se relajó. En un momento dado, estiró las piernas. Sintió deseos de decir como un niño a quien cuentan una bella conseja:

—¡Siga contando!

Estaban muy lejos de todo, pero no ya como con Corina, entre cuatro paredes rodeadas de negrura. Estaban allí con el río y sus cañas, con los árboles desnudos y vueltos más graves por el invierno, con algunos pájaros que apeonaban por encima de la hojarasca helada, de color dorado, que cubría completamente el suelo.

—Leí los prospectos.

Bourgues se volvió hacia el declive que tenían detrás y más allá del cual Malouville y sus casas claras permanecían invisibles.

—Los hay que se rieron y ríen aún. Se trataba a Eugenio de charlatán. No obstante, yo apuesto a que dentro de algunos años, Malouville gozará de gran popularidad.

Sin duda, un hijo del conde de Estier será entonces su alcalde, o cualquier otro de los que hoy exigen la liquidación judicial.

Porque se necesitan hombres como tu padre para ver grande, para impulsar a esa gente... Tenían tanto miedo por sus perras chicas, que si no se les prometía diez veces más no las hubieran expuesto nunca.

Yo también tardé mucho en comprender, pero Eugenio me ayudó.

Es necesario gente como él, apasionada, para que se haga algo nuevo.

Se les deja actuar durante cierto tiempo. Si precisa, se les da un golpe de mano. Hasta el momento en que se tiene la impresión de que se podrá pasar sin ellos y de que no se tendrá que repartir con ellos el provecho.

¿No me preguntabas si tu padre era un hombre honrado?

Y echó otra pelota de tierra con cañamones junto a su aparejo, en el que no tardó a prenderse un gobio.

* * *

Ciertas frases se le quedaron en la cabeza como subrayadas con tinta encarnada:

—Tu padre estaba siempre solo...

Sólo en llevarlos en vilo. Y eso era verdad. Podía atestiguarlo. Se acordaba de cuando su padre volvía, ciertas noches, con los hombros fatigados y la voz más ronca de haber discutido todo el día. Le volvía a ver desplomándose en una butaca.

Y Alain comprendió súbitamente que en aquel momento Eugenio Malou hubiera querido, tenerlos a todos, afectuosos y corteses, a su alrededor. Que, por ejemplo, Corina se hubiese agachado para quitarle los zapatos y ponerle los pantuflos... Que su mujer le hubiese preguntado, abrazándole:

«¿No estás demasiado cansado?».

Alain sentía vergüenza por él y por los demás de su familia. Él, las más de las veces, sin razón, quizá por timidez, quizá por pudor o porque no reflexionaba, o porque se tomaba las cosas en serio, se apresuraba a encerrarse en su habitación con un libro o un cuaderno.

¡Cuántas veces su padre le siguió con la mirada mientras él le dejaba así!

—¿Te vas?

—Tengo que estudiar mis lecciones.

Un beso en la frente, demasiado seco, porque no se atrevían a mostrarse cariñosos en extremo con un hombre como él.

—Adiós, hijito...

Y Corina tenía necesidad de dinero para salir. Y su madre lo necesitaba para la casa, para el modisto, para su hermana Juana, para Dios sabe qué.

¡Dinero! ¡Siempre dinero!

Y Eugenio cogía su gran cartera y sacaba de ella billetes. Y prometía:

—Mañana tendrás lo restante.

Porque mañana era otro día también, y también otra lucha, y, entretanto, le sucedía que a veces se dormía, aplastado por la fatiga y con la boca entreabierta, en su butaca.

No había nadie alrededor de él cuando se despertaba y se decidía a irse a la cama.

—Dinero...

Lo tendrían; era necesario que lo tuviesen. A él le tocaba ganarlo, conocer adonde irlo a buscar, encontrar un nuevo medio de hacerlo verter en su bolsillo de todos ellos.

—¿Comprendes, Alain?

Y José Bourgues inquirió solícito:

—¿No te vas a resfriar?

Ni una sola vez se preguntó lo que pensaba hacer. Y, no obstante, Bourgues debía de saber, porque todo se sabía en Malouville. Sin duda estaba al corriente de lo sucedido con Corina.

—Han venido a preguntarme por ti.

Fue casi al final de su entrevista, un poco antes de que el ex presidiario recogiera sus bártulos, cuando el sol estaba todavía alto en el cielo.

—Quizá tú no le conoces, pero has tenido que verle. Se trata de Rendon, el contable.

—Oí a mi padre hablar de él.

—Rendon le sirvió durante quince años. Tiene la cara de través, la mirada falsa y lleva bigotes lacios y delgados. Diríase que bizquea, pero es porque se presenta siempre de perfil. Rendon, que me conoce y está al corriente de todo, vino a preguntarme si tú eras un tipo con el que la gente se puede entender.

Ha ahorrado dinero. Tiene dos o tres casas, aquí, que le pertenecen, y debe poseer otras en la ciudad. Tu padre lo necesitaba porque se sabe el Código mejor que nadie, sobre todo las leyes referentes a las sociedades.

Entre los papeles que tu padre ha dejado, los hay que él quisiera poseer. En cierto modo, los heredaría, ¿comprendes?

Con él, es probable que la cosa echaría chispas. Hizo el viaje a París expresamente para ver a tu madre, y ella le dijo que la maleta verde la tenías tú.

Sabe que con los jóvenes o se obtiene todo o no se obtiene nada, y, como te conoce poco, vino aquí a informarse antes de abordarte.

Le dejé desembuchar. Tú le verás si te empeñas. Propone dos soluciones. O bien te comprará todos los papeles en bloque, y creo que te los pagaría bien, o haríais un contrato de asociación. Él se encargaría del trabajo y os partiríais los beneficios.

—¿Qué pensaba de él mi padre? —preguntó Alain, no sin cierta angustia.

—Le consideraba el más innoble de los reptiles.

—Yo también.

Bourgues repitió:

—Yo también.

Se miraron y casi estaban alegres.

—Antes de regresar a casa de los Foucret te he de dar otra noticia. Creo que éste es el momento, aunque tu padre no me precisara en qué circunstancias tenía que ponerte al corriente.

Era una prueba de confianza de Bourgues; un poco como si Alain hubiese aprobado su último examen.

—La víspera del día en que sellaron la casa, tu padre desclavó tres telas.

No era entendido en pintura. Compraba para complacer a los artistas y también para cubrir las paredes. Él, personalmente, sin duda hubiera preferido los cromos. Un día que se hizo peritar sus cuadros, porque quería empeñarlos, supo que sólo tres de ellos ofrecían un valor real.

Los descolgó la semana última. Los enrolló y me los trajo. Los tengo debajo de la cama.

No sé lo que puede suceder —me dijo—. Los otros siempre se las compondrán. Algunos de ellos ya han tomado sus precauciones.

—Mi madre... —pensó Alain.

—Alain es joven. Sospecho que lleva más ideas en su cabeza de las que quiere mostrar. ¿Quizá cierta cantidad le pondrá el pie en el estribo? Ya sabes lo que quiero decir: ¡Que no haya de empezar por abajo! Vendiendo las telas en París sacaré de ellas unos cuantos centenares de miles de francos.

Alain no respondió. Bourgues no le había formulado preguntas precisas.

—En todo caso, están a tu disposición —terminó—. Ahora lo mejor será que nos vayamos allá, porque la madre Foucret es una buena mujer, pero no le gusta que se sienten a la mesa con retraso.

¡Cuántas cosas empezaba a comprender Alain! ¡Hasta aquella sensación de alivio que tuvo el precedente domingo cuando Bourgues le hablaba por la carretera!

No solamente hablaba por su cuenta el ex presidiario. Era un mensajero que su padre había tenido el cuidado de dejar cerca de su hijo para cuando él ya no estuviera allí.

¿No había dicho Bourgues, en el curso de la entrevista matutina, que su padre tenía el pudor de un niño? Y hablaba de su padre, de Eugenio Malou, que una Corina, como tantos otros, trataba de aventurero y de chantajista.

¿No era por pudor que su padre no le había cogido nunca por los hombros, en conversación íntima, para hablarle con el corazón abierto?

Había rodado cien veces en torno de su hijo, y éste se daba cuenta ahora, con la esperanza de saber lo que pensaba aquel mocetón del que nada sabía.

Y era a otro a quien encargaba, para después de su muerte, que estudiara al adolescente y lo ayudara si era necesario.

El abuelo hirsuto que comía cuervos parecía un hombre de las cavernas y vivía al margen de la aldea en su casucha del corral de madera.

Eugenio Malou, bajo y rechoncho, de rasgos irregulares, de ojos globulosos y voz ronca, era un inclasificable que hacía volver la cabeza cuando, vestido por los mejores sastres, se apeaba de su automóvil.

Alain, el tercero de la línea, pudo frecuentar el colegio más rico de la ciudad sin llamar la atención. Hasta al lado del hijo de Estier, por ejemplo, era él con su rostro, ovalado y su mirada tranquila quien tenía cara de aristócrata.

¡Y su mismo padre no se atrevía a hablarle!

Por miedo de una pregunta, sin duda, de toda una serie de preguntas; por miedo a una de aquellas sonrisas de las que una Corina era pródiga y que enviaban a Malou a la barraca del viejo, por miedo de un juicio demasiado duro, de una mirada.

Del otro, de Edgardo, el primogénito, él se burlaba abierta, agresivamente a veces, como de alguien que no era de su raza, que había hecho traición, como de un cordero balante y estúpido, nacido por accidente en la guarida de los lobos.

Alain era el misterio. Alain era el tercer eslabón, era el futuro de quien el padre lo ignoraba todo. Era el desconocido a quien, a veces, lanzaba a hurtadillas una mirada ansiosa.

Alain era la continuación de una historia de la que Eugenio había escrito los primeros capítulos y cuyo final no conocería.

Anduvieron juntos el mensajero y el adolescente. Alain se había ofrecido a llevar la caja del pescado y su compañero no se había opuesto. El joven estaba agradecido.

Hacía claro. El sol era alegre. Se formaban gotitas en la corteza de hielo friable que recubría las hierbas y la tierra descoloridas.

—Recuerda solamente que era un hombre...

Bourgues estuvo a punto de añadir algo, pero él también era un púdico. Se contuvo, no sin que su compañero completase interiormente:

—Era un hombre y te quería mucho...

Sólo a él le quería, en suma, porque era el único que todavía no le había traicionado.

¿Era eso lo que debía comprender?

Y él, durante años, no se había dado cuenta, había vivido solitario en una casa cuyos misterios prefería no conocer. Había vivido como un forastero cerca de aquel hombre que le observaba, con angustia.

—No quiero molestar a los Foucret.

—Los disgustarías si no vinieras a comer con ellos. A ellos también los quiso mucho tu padre...

No obstante, Corina no había mentido; todo cuanto ella había dicho era verdad, constituía cierta verdad. Las dos voces se enmarañaban juntas, pero Alain ya casi no se turbaba.

Fuera de la casa, Francisco Foucret se probaba las botas de caucho que había

hecho remendar por la mañana y que le llegaban hasta la mitad de los muslos.

—Enhorabuena señor Alain. Ya sabía yo que almorzaría con nosotros. La burguesa estará contenta...

Aromas de buena cocina; el calor de una casa que se acababa de limpiar hasta sus más recónditos rincones, la llama de algunos leños para dar vida y alegría.

Los dos hombres, Bourgues y Foucret, se interrogaron con la mirada.

Bourgues parecía decir para tranquilidad del otro:

—¡Sí, hombre, sí! La cosa irá...

Como meridional que era, sin duda hubiese añadido, de haberse encontrado a solas con el antiguo contramaestre:

—¡Es un bravo muchacho!...

Y ser un bravo, o ser un hombre, en su lenguaje, equivalía a lo mismo.

X

FUE durante aquellos dos días como un convaleciente. Sus movimientos eran prudentes y lentos y tuvo también aquella sonrisa abocetada apenas, una sonrisa que se dirigía a las cosas como para ganarse su benevolencia o para darles las gracias de que no le fueran hostiles.

Prestaba atención a todo, a un olor que subiera de la cocina, a las idas y venidas de Olga, que arreglaba las habitaciones, a un rayo de sol deformado por el cristal. Lo saboreaba todo, todo lo agradecía con aquella sonrisa un poco pálida que inquietaba a Melania.

Las campanas, por ejemplo. Jamás había oído tantas campanas como en aquel domingo cuando estuvo sentado solo en la bodega, con la maleta verde al lado, el calorífero abierto al alcance de su mano, con las llamas que le lamían, los grandes tubos cubiertos de emplastro como miembros enfermos.

Quemaba los papeles de puñado en puñado y, en cierto momento, las campanas de la ciudad se pusieron a tocar todas a la vez. Las parroquias se respondían unas a otras por encima de los tejados. ¿Era porque el aire tenía una resonancia especial, porque el hilo lo hacía más puro? Había repique de campanas que venía de muy lejos en anchos círculos, de los suburbios, y acaso de los campos.

Veía las lumbreras doradas por el sol. Pasaba gente de la que sólo percibía la parte baja del cuerpo, pero los sentía endomingados, con el paso más alegre que entre semana, adivinaba la salida de misa, las mujeres con el corsé apretado, las jóvenes perfumadas, y luego las pastelerías, de donde salían con un paquete blanco colgando de un cordón encarnado.

Era otro mundo que tampoco conocía, el de aquellos domingos con la multitud que después de comer se dirige al velódromo y a los campos de fútbol, a los cines, que se llenan poco a poco, a los cafés empañados que huelen a aperitivo.

La posada de «Las Tres Palomas» estaba casi vacía. Aquel día él fue el único huésped de la casa. Por primera vez vio a Melania con gafas ante los ojos que leía su diario en la sala, cerca del mostrador, y el viejo Poignard debió de sentirse desgraciado al no tener compañero con quien beber su vino rosado.

—¿Beberá un vaso de vino, señor Alain?

Lo bebió para complacer a Poignard. Hubiera deseado complacer a todo el mundo. Husmeaba todos los olores de la casa y quizá experimentaba ya añoranza. ¿Acaso no hubiera debido quedarse allí definitivamente? ¿Por qué no escogió la vida más humilde posible? Había un mozo de cuadra que también estaba encargado de sacar vino en la bodega. Vivía en familia con los dueños y las criadas. Tenía su rincón caliente. ¿No hubiera podido Alain convertirse en un mozo de cuadra o cualquiera otra cosa al amparo de la buena Melania?

Almorzó con ellos y casi estuvo alegre. Luego tomó por última vez el tranvía de

la Genette. Había ido a Malouville, donde sus amigos le acogieron; comió con ellos el pastel azucarado a las cuatro, con largos momentos de silencio apacible alrededor de la mesa, donde el vino, temblaba en las copas.

Con Bourgues y Foucret, entre ambos, dio la vuelta por el aparcamiento y se detuvo ante el zócalo sobre el que quizá jamás no habría busto alguno; volvió a ver la plaza, la orilla del río donde la víspera José pescaba con caña.

Todo aquello no ocurría en el mismo plan que los otros días. Hubo tanta diferencia entre aquellas dos jornadas y la vida ordinaria como, entre una misa sencilla de las seis de la mañana y un tedeum. Parecía como si unos órganos invisibles dieran amplitud y majestad al paisaje y ritmo a los pasos y a los gestos hasta convertirlos en hieráticos.

No se perdió nada. Cada detalle quedó grabado para siempre.

El regreso hasta la Genette, entre los dos hombres, la plataforma del tranvía, que estaba abarrotada, el Café de París, donde entró y tomó un vaso de cerveza, no porque tuviera sed, sino porque quiso sentarse allí una vez más.

Como todavía estaba un poco resfriado, Melania le subió un ponche a la cama, y por la noche olió el ron, sus sueños tuvieron como un ligero perfume de ron, que volvió a encontrar en la habitación y en sus sábanas al despertarse por la mañana.

Hasta el encuentro con Corina tuvo aquel mismo sesgo afelpado. No creía volverla a ver. Cuando salió, a las once, mientras la vida bullía en la posada, ella le esperaba fuera, en la esquina de la calle. Debió de hacer mucho tiempo que le acechaba, porque Corina tenía amoratada de frío la cara. No había osado entrar. Tenía miedo de Melania.

—Quisiera decirte algunas palabras, Alain.

Éste aceptó. Andaba, y Corina calcó su poso del suyo.

—Me han dicho que te vas.

Alain no manifestó sorpresa alguna y siguió escuchándola con una especie de lejana indulgencia. Porque él estaba muy lejos y muy alto. Tan lejos y tan alto que le parecía que hubiera podido entrevistarse con su padre. ¿No tenía por ventura conciencia de su presencia? ¿No era a él a quien dirigía su pálida sonrisa?

—Sé que papá ha dejado cuadros.

Corina lo había sabido sin duda por Rendon, el cual sin duda fue a encontrarla y no se estaría quieto hasta que hubiera sacado un último beneficio de los herederos de Malou.

—¿Piensas servirte de este dinero?

—No.

—Sabes mi posición aquí. No es muy cómoda. Fabien vendrá, pero eso puede tardar semanas. ¡Poco importa!... No te gusta que hable de eso...

—Tanto me da.

La actitud de su hermano la turbaba, la inquietaba; Corina se dio prisa por acabar.

—He pensado que podrías cederme una parte. Es indispensable que yo aguante el

golpe, que no parezca que mendigo.

Alain dijo simplemente:

—Puedes llevártelos.

Corina no se atrevió a creerlo. Tenía miedo de que se desdijera.

—¿Dónde están?

—Dame tu dirección y te los traerán.

Ella la borroneó en un pedazo de papel, la mitad de un sobre que sacó de su bolso. Era en una casa amueblada a la orilla del Parque, que no tenía muy buena reputación, pero que era la más lujosa de la ciudad.

—¿Verás a mamá?

—No lo sé.

No se habían fijado en el camino que seguían y se encontraron en la plazuela donde habían vivido, con su fuente central y sus casas ilustres.

Frente a la suya, la que había sido suya, había gente, curiosos y vecinos, y todo el inundo levantaba la cabeza hacia un hombre encaramado en una tribuna improvisada.

Había comenzado la venta.

—Es horrible —dijo Gorina—. No puedo ver eso. ¿Vienes?

Alain hizo un signo negativo.

—¿Volveré a verte?

—No lo sé.

—¿No te olvidarás de los cuadros?

Otro signo de cabeza. No la besó. No le estrechó la mano. No obstante, en aquel momento, Alain no le guardaba rencor. No era de ella la culpa.

—Hasta la vista, Alain.

—Hasta la vista.

Alain se quedó allí, en pie detrás de los otros, para ver desfilar los objetos sin valor, porque se empezó por éstos, por los utensilios de cocina, los bocales, los objetos heteroclíticos, con los que se hacían lotes y cuya visión provocaba risas.

¿Por qué tenía que entristecerse? Todavía tenía que hacer algo antes de comer. A las doce en punto esperó en la esquina del patio de los Jaminet porque, el lunes y solamente el lunes, la señorita Germana comía en la ciudad con una amiga.

La vio llegar llevando un sombrero encarnado y un abrigo azul marino. Vio también la puerta del despacho y pensó en la otra puerta, la que fue cerrada con tanta ira.

—He querido despedirme de usted...

—¿Se va? ¿Va a vivir con su madre?

Dijo que no, y, como no dio más explicaciones, ella no se atrevió a interrogarle.

—Quería solamente que supiera que la recordaré con placer.

Le hubiera gustado estrechar la mano del señor Alberto. Allí hubiera podido vivir. Allí también había un rincón en el que intentó acurrucarse.

Comió de prisa y llegó a casa de su hermano antes de las dos. Acababan de

levantarse de la mesa. Vestían a los niños para ir a la escuela.

—¿Eres tú?

—He venido a despedirme.

—¿Te vas con tu madre?

¿Por qué le preguntaban todos lo mismo? ¿Y por qué nadie pensaba en su padre que, en cierto modo, vivía?

—¿Quieres tomar una copita? ¡Sí, hombre!

Edgardo sacó la bandeja del aparador con las copitas minúsculas orladas de oro, y el garrafón que contenía un poco de «marc».

—Te deseo buena suerte. Tienes razón de irte; aquí tendrías demasiada gente contra ti. Hasta mi posición es difícil, y sin la autoridad de mi suegro no sé lo que haría y acaso me vería obligado a pedir un traslado...

Era Edgardo quien se sentía confuso y miraba sin cesar el carillón de Westminster. Alain sonreía, con una sonrisa apenas perceptible, y su mirada era serena y suave.

—Hasta la vista, Edgardo.

Besó a su cuñada. Jamás había visto la ciudad tan limpia, tan clara, tan alegre, gracias a la helada y al sol de invierno. Detrás de la pared de una escuela oyó el alboroto de una hora de recreo y se detuvo pensando en todas las horas de recreo que había vivido.

No estaba triste. Ya nunca más estaría triste. Había comprendido lo que José Bourgues quiso decir cuando exclamó:

«Tu padre era un hombre».

Un hombre, he ahí la palabra. Un hombre que descendía de otro hombre.

Estuvo a punto de volver a la subasta, pero prefirió ir al encuentro de Peters, el pelirrojo que fue su mejor condiscípulo y que había asistido al entierro.

—¿Es verdad que trabajas?

—Trabajé... Trabajaría todavía si...

—¿Cambias de casa?

—Me voy.

—¿Te vas a vivir con tu madre?

No era posible explicarle una cosa que, no obstante, era tan sencilla. No, no se iba a vivir con su madre, no se iba a vivir con nadie.

—He querido despedirme de ti y decirte que fuiste un buen amigo...

¡Bueno! Terminada su peregrinación, no le quedaba sino ir a «Las Tres Palomas» y preparar su equipaje. Allí le dijeron que un tal Rendon, un tipo de bigotes caídos, había venido a encontrarle y que se le había rogado que volviera al día siguiente.

La buena Melania reía:

—De ese modo, caballerito, le dejaré tranquilo.

Y tuvo que ocupar las horas, poco a poco, comiendo, bebiendo una última copa con todo el mundo, besando a Melania, que le estrechó contra su enorme pecho hasta

casi ahogarle.

Fue a ella a quien, después de haberse contemplado largo rato en el espejo, rogó que le examinara el ojo izquierdo.

—¿Tengo una manchita en la pupila?

—¿Qué idea se le ocurre ahora?... No, no tiene nada.

—Mire bien...

Melania fue a buscar sus gafas.

—¿Le duele?

—¿Ve usted algo?

—¡Apenas! Vamos, no se atormente por eso. ¡Eso debe de ser una mancha de nacimiento!

—¡Exacto! ¡La mancha de los Malou!

Él la tenía como su padre, como su abuelo, y le producía una grave alegría.

Eran las once de la noche cuando frente a la puerta se detuvo un taxi del que se apeó Francisco Foucret en compañía de Bourgues. Se cargaron las maletas en el coche. Recorrieron las calles, en donde los mecheros de gas ponían guirnaldas de luz, y percibieron el gran reloj de la estación.

Se sentía cansado; pero no estaba triste. Sólo tenía deseos de detener un instante el curso del tiempo. Sentía una vaga angustia en la boca del estómago, como en el momento de meterse en el agua fría.

Pero tenía que hacer un montón de cosas, comprar su billete, facturar su equipaje, buscar un compartimiento, y luego ir a la cantina a comprar agua mineral y unos emparedados. Los dos hombres le seguían, y él les hablaba con naturalidad. Les dijo:

—El tren llega a las seis y media, ¿no es verdad? No habrá luz de día todavía. Me gusta la estación de Lyon. Es la que prefiero.

Encargó a José que enviara los tres cuadros a su hermana, cuya dirección le dio sin pensar en copiársela para sí. ¿Para qué?

Cortaba las amarras. Todas las amarras. Melania estaba al otro lado de la pared y la señorita Germana y el señor Alberto. Dentro de unos momentos, el expresidiario y el bravo Foucret se hundirían también en el pasado.

Ahora que los miraba en el andén de la estación, ya no tenían la misma consistencia que en Malouville. La verdad era que no estaban en su sitio, que se sentían torpes, que José respiraba algo angustiado.

Las saetas del reloj avanzaban a sacudidas y el tren soltaba el vapor de sus frenos. Unos empleados martilleaban entre las ruedas de los vagones.

—¡Al tren, señores pasajeros!

¿Nada más que apretones de manos?

Las palmas de Foucret eran tan callosas que dejaban la impresión de una escofina. La mirada de Bourgues se hundió profundamente en los ojos de Alain.

Solamente entonces, cuando les vio desde arriba, acodado a la portezuela, estuvo a punto de llorar. Buscó algo para decirles, No lo encontró. Se contentó con

balbucear, en el momento en que arrancaba el tren:

—¡Él estará contento!

El compartimiento estaba vacío. No quiso viajar en primera clase como antes, pero tampoco en tercera. Iba en segunda y le pareció que era mejor.

Su padre, antaño, se apeó en París de un vagón de tercera clase. Pero él era el hijo del viejo Malou o Malowski y de la loca.

Luego, su padre viajó en primera y quizá su sola equivocación fue la de no pasar por la transición de la segunda.

Alain había bajado la pantalla azul de la luz. Se había tendido en el asiento con la cabeza apoyada en su maletín. No cerró los ojos. Las luces desfilaban detrás de las cortinillas. Por el corredor pasaba todavía gente.

—¿No es verdad, papá?

Sabía muy bien lo que quería decir. Nadie más, ni el mismo José, era capaz de comprender.

Era algo a ajustar entre él y su padre. En vida no se habían conocido, pero nunca es tarde.

Ante todo, le precisaba ser un hombre, y él había decidido serlo. Le parecía que ya había empezado.

Por eso se iba, para huir de la tentación de hundirse en «Las Tres Palomas» o en la cálida amistad de Bourgues y de Foucret.

Tenía que huir también de la tentación de odiar, y ni siquiera odiaba a su hermana. La víspera fue amable con ella, aunque no la hubiese besado.

Iría a ver a su madre, un día, como fue a ver a Edgardo y a su mujer; pero más tarde, cuando hubiera arreglado su vida. Iría de visita al bulevar Beaumarchais, a casa de su tía Juana.

No odiaba a nadie. Era demasiado fácil.

Se había trazado, solo, su camino. Quizá no del todo solo, puesto que pensaba en su abuelo, en su padre y en la loca.

Tenía que encontrar una verdadera colocación y creía haberla encontrado. En todo caso, trataría de lograrlo honradamente, con toda su energía.

Las sacudidas del tren le mecían, y se amodorró poco a poco, sin perder del todo conciencia; sabía que era Alain Malou, que estaba allí, tendido en un compartimiento de segunda clase, y que Alain Malou iba a París al encuentro de su destino.

Haría cualquier cosa, de acomodador en un cine, de mozo de café, todo lo que quisieran. Pasaría sus exámenes unos después de otros, no tanto porque deseara instruirse como porque eso era lo más difícil.

¿No hay, por ventura, millares de jóvenes en París que estudian y se ganan la vida? ¿Por qué no estudiaría para médico?

Eso no se sitúa ni demasiado bajo ni demasiado alto.

Y en casa de los Malou siempre se estuvo o demasiado bajo o demasiado alto, porque se tenía necesidad de ir aprisa.

Ahora, él disponía de tiempo. Y tenía tiempo de dormir.

El tren silbaba atravesando los campos blancos de escarcha, y pequeñas estaciones oscuras eran tragadas por el pasado unas tras otras; toda la casa de la plazuela de la fuente era tragada también; y tantas otras cosas, y tanta otra gente.

Quedaba un Malou que dormía, que se despertaría luego a una vida nueva, que, en su sueño, movía a veces los labios.

Un Malou que iba a hacer todo lo posible, todo cuanto puede hacer un hombre.

—¿No es verdad, papá?

FIN



GEORGES SIMENON, nació en 1903 en Lieja, Bélgica, en una familia de escasos medios. Estudia sólo hasta los 15 años porque tiene que buscarse la vida. Tras vivir un año de toda suerte de trabajos, no siempre legales, entra, en 1919, como reportero en *La Gazette de Liège*. En 1921, publica su primera novela, *Le Pont des Arches*. Al año siguiente, parte hacia París, donde empieza a colaborar en *Le Matin*. Tras diez años de intensa vida bohemia, durante la que escribe por encargo más de mil novelitas populares, reportajes y artículos, consigue, en 1931, firmar su primer contrato con una editorial literaria y escribe la primera de las **117 novelas** que finalmente le llevarán a la fama. Curiosamente, ese mismo año concibe al hoy célebre personaje del comisario Maigret que protagonizará una serie de 76 novelas policíacas, clásicas ya del género.

Notas

[1] Los condenados a presidio en La Guayana y en Cayena, una vez habían cumplido los años de la pena de su sentencia, estaban obligados a permanecer otros tantos años en la colonia, en calidad de libertos. El doblamiento «doublage» dictado con miras a la civilización, fue, en realidad, una pena más cruel que la principal, por cuanto los libertos vivían en condición de parias. (N. del T.). <<